



Maggie Cox

Escucha mi canción



Maggie Cox

Escucha mi canción



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Escucha mi canción, n.º 2380 - abril 2015
Título original: A Rule Worth Breaking
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

I.S.B.N.: 978-84-687-6277-7
Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Capítulo 1

Qué te parece? –incapaz de reprimir esa sensación de decepción que le embargaba, Jake Sorenson levantó la vista hacia el escenario y miró a Rick, su cómplice en el crimen, que no hacía más que caminar de un lado a otro con sus botas de tacón cubano.

Las audiciones no estaban saliendo bien.

Rick dejó de deambular de repente y se pasó una mano por el cabello.

–¿Me preguntas que qué me parece? –exclamó, mirando a Jake–. Me parece que Rosie Rhys-Jones, o como se llame, no es lo bastante buena. Dios sabe que es difícil reemplazar a Marcie, pero Rosie…

–Josie.

–Josie. Lo que sea –frunciendo el ceño, Rick cruzó sus musculosos brazos antes de continuar–. Estaría muy bien en un crucero, entreteniendo a la gente que tiene más dinero que gusto, pero no tiene madera de vocalista principal, y eso es un hecho. Además, Jake, ninguna de las cantantes que hemos visto hasta ahora tiene lo que hace falta para estar al frente de una banda tan grande como Blue Sky, ¿no crees?

Jake se limitó a escudriñar el horizonte e hizo un repaso mental de todas las chicas que habían pasado por allí hasta ese momento. No podía negar que Rick tenía razón. Se volvió hacia su amigo y le miró con esos ojos azules que atravesaban de lado a lado. Ese hoyuelo tan característico apareció junto a la comisura de sus labios.

–Tienes razón. Claro. Simplemente tenemos que seguir buscando.

Jake casi nunca daba muchas explicaciones, a menos que no tuviera más remedio que hacerlo, pero sabía que la decisión final dependería de él. Aunque Rick llevara mucho más tiempo en la industria de la música que él, en la cumbre de su carrera había llegado a ser el productor con más éxito de la escena musical y sabía que Rick valoraba mucho su experiencia y su juicio.

–¿No queda nadie ahí fuera? –bostezando, Jake se puso en pie y estiró los brazos por encima de la cabeza.

El movimiento hizo que se le levantara un poco la camiseta, dejando ver un vientre plano y unas caderas estrechas.

Rick bajó del escenario de un salto y fue a su encuentro.

–No, a menos que estén escondidas en el cementerio –dijo, bromeando y fingiendo un estremecimiento exagerado.

Su expresión burlona reflejaba con gran exactitud cuál era su opinión respecto a la idea de llevar a cabo una audición en un sombrío salón de iglesia en el corazón de la Inglaterra rural. Pero Jake sabía que hacer las cosas de esa forma al menos les daba una cierta privacidad que no era posible tener en Londres.

La prensa musical y los tabloides siempre estaban deseando saber qué se traía entre manos. Él era el hombre que había llevado a muchos artistas ingleses a lo más alto, pero había visto truncada su meteórica carrera por culpa de un escándalo destructivo. Después de aquello, había dejado la producción y la promoción de grupos musicales. Se había recluido en casa y había pasado mucho tiempo lamiéndose las heridas y reflexionando sobre su vida.

Durante unos años se había dedicado a viajar por todo el mundo, como un nómada, y aunque hubiera llegado a pensar que jamás iba a volver a la industria de la música, finalmente, había empezado a escuchar y a estudiar la música de otras culturas. Así se había dado cuenta de que no podía dejar a un lado la música. Siempre había sido su mayor pasión y lo seguiría siendo para siempre. Era aquello por lo que merecía la pena vivir.

Por lo tanto, al regresar a casa, había decidido volver a sus orígenes. Había empezado llevando a una banda humilde y finalmente se había convertido en productor. De eso hacía quince años y el círculo se había cerrado con Blue Sky.

Mirando el reloj, hizo una mueca.

–De todos modos, creo que ya he oído bastante como para saber que no hemos encontrado a nuestra cantante todavía. ¿Quieres que lo dejemos por hoy?

Apoyando las manos en las caderas, Jake miró a los tres miembros del grupo. Todos esperaban que les dijera qué iban a hacer a continuación.

–Estos chicos también han tenido bastante por hoy, así que vamos a tomar una cerveza y a comernos un trozo de tarta. Podemos retomarlo mañana bien temprano. Hay una chica de Birmingham que podría ser una posibilidad. Es la vocalista principal de una banda que ha tenido cierta notoriedad en su ciudad natal.

Aunque intentara sonar esperanzado, Jake sabía que su tono de voz le traicionaba y que dejaba entrever lo que realmente pensaba de la chica de Birmingham. Lo que estaba buscando, lo que todos estaban buscando, era a una persona extraordinaria, una chica que destacara entre las demás, que fuera capaz de ponerse al frente de una banda que había estado a punto de alcanzar el éxito justo antes de la abrupta marcha de Marcie.

Era una auténtica pena que la chica hubiera decidido casarse con su amor de toda la vida en el último momento e irse a cultivar uvas a

Dordoña, en vez de liderar una banda de rock. Pero así era el negocio musical. Todo el mundo lo sabía. Sin embargo, a veces se podían hacer milagros, y Jake sabía que él podía hacerlo. Lo único que tenía que hacer para demostrarlo era encontrar a una cantante excepcional.

De repente se oyó el golpe de una puerta al cerrarse bruscamente. Toda la estancia vibró. El sonido reverberó por todo el techo abovedado como si acabaran de disparar un cañón.

¿Quién podía ser?

Jake se quedó estupefacto al ver a la culpable de semejante estruendo. Era una joven alta, delgada y morena. Forcejeaba con el cinturón de su chubasquero, pero no conseguía desabrocharlo porque se había quedado encajado entre las puertas traseras del vestíbulo. Jake alzó la vista lentamente y descubrió unas botas negras de ante y unas piernas cubiertas por pantis del mismo color. Se detuvo en la rodilla una fracción de segundo. Algo de piel blanca asomaba por debajo de un agujero del tamaño de una moneda pequeña. Mientras intentaba soltar el cinturón, la chica emitió un sonido disimulado y suspiroso que podría haber sido una palabrota.

Jake se volvió parcialmente y vio que Rick sonreía. Sabía que no era solo porque la chica estuviera pasando un mal rato con la puerta y el abrigo.

Cuando logró soltar el cinturón por fin, la chica levantó la cabeza y murmuró unas palabras de disculpa. Al verla de frente, Jake sintió que el aire se le escapaba de los pulmones de golpe, como si acabaran de darle un puñetazo. Era absolutamente espectacular. Incluso a esa distancia podía ver que tenía los ojos verdes, color esmeralda. Eran los ojos más hermosos que había visto en toda su vida, pero también tenía unos pómulos perfectamente redondeados y unos labios carnosos del color de las cerezas.

Rick fue el primero en recuperarse.

–Hola. ¿Puedo ayudarla? –le preguntó con entusiasmo.

–Aquí son las audiciones, ¿no?

Mirando a su alrededor con nerviosismo, la chica vio a los cinco hombres que la rodeaban. Había sillas de plástico contra la pared, el suelo estaba polvoriento y el techo abovedado tenía el estucado agrietado y amarillento. La expresión de su rostro era de perplejidad, como si aún no pudiera creerse que estuviera allí. Todavía permanecía inmóvil junto a la puerta. No se había separado ni un centímetro.

–¿Llego demasiado tarde? Siento no haber podido venir antes, pero tenía un inventario –se alisó la falda negra que llevaba y tiró del borde del abrigo, como si tuviera miedo de haber enseñado demasiado.

–¿Has dicho «inventario»? –la sonrisa pícara de Rick se hizo aún más grande–. A mí me puedes hacer inventario cuando quieras, cielo.

«Hora de tomar las riendas», pensó Jake, impaciente.

La chica podía ser muy guapa, pero seguramente sería igual a todas las que habían pasado por allí esa tarde; una absoluta pérdida de tiempo. Ya tenía más que suficiente con cuatro días seguidos de audiciones.

Además, por si todo eso fuera poco, la joven le recordaba a una chica con la que había estado en el pasado, una chica que le había dejado para perseguir un sueño de fama y dinero y que estaba dispuesta a hacer cualquier cosa para conseguir su meta.

En cualquier caso, la joven que tenía delante debía de ser otra de tantas.

Sin embargo, mientras la observaba, sintió el azote de un deseo repentino que le sacudió por dentro. Casi llegó a marearse y, en ese momento, vio la advertencia con claridad. Algo le decía que debía andarse con cuidado porque la fuerza seductora de una belleza como esa sin duda debía de ser casi imposible de resistir.

La idea de sentirse realmente tentado le asustaba. La tentación nunca era algo sencillo. Para Jake no era más que debilidad, y a él siempre le había gustado tomar el control de las cosas. Desde una edad temprana había aprendido a cuidar de sí mismo y a poner barreras allí donde nadie más iba a ponerlas.

–En realidad, llega tarde.

En cuanto las palabras salieron de su boca, él mismo se traicionó. Incapaz de hacer otra cosa, terminó avanzando hacia la hechizante joven y, de alguna manera, el deseo de que se fuera se desvaneció sin más. Todo su instinto le decía que aprovechara la oportunidad de admirar su belleza mientras pudiera. Después de todo, que un auténtico ángel se presentara ante sus ojos no era algo que ocurriera todos los días.

–Lo que quería decir es que llega tarde hoy a las audiciones, pero puede volver mañana, si realmente le interesa. Si no, lo único que puedo hacer es agradecerle el interés y desearle suerte.

–¿Me está preguntando si realmente me interesa? Si no me interesara de verdad, ¿por qué iba a venir hasta aquí?

Sorprendido con la contestación que la chica acababa de darle, Jake suspiró. Su instinto innato le decía que debía protegerse y su mente trataba de buscar una razón legítima para no permitirle hacer la prueba ese día.

–Bueno, si ese es el caso, entonces no le importara volver mañana, ¿no? Llevamos todo el día haciendo pruebas. Empezamos muy pronto y no nos vendría mal parar ya.

La joven pareció titubear durante unos segundos. Se sujetó un mechón de pelo detrás de la oreja, pero al retirar la mano el pelo volvió a soltársele. Era evidente que no sabía qué hacer a continuación.

–Tenía la esperanza de que pudieran hacerme la prueba esta noche. No puedo venir mañana.

–Entonces, a lo mejor no es tan importante para usted hacer la audición, ¿no?

Las mejillas de la muchacha se tiñeron de rojo, pero no era por vergüenza. Estaba claro que no se había tomado bien su comentario.

Jake, que no quería dejarse conmover por su rostro angelical, hizo todo lo posible por mantenerse firme.

–¿Cómo se llama? –terminó preguntándole.

–Caitlin. Caitlin Ryan.

–Bueno, Caitlin… –Jake cruzó los brazos sobre el pecho y no pudo evitar mirarla de arriba abajo–. Como le he dicho, si realmente le interesa hacer la prueba, puede volver mañana, que es cuando nos viene mejor hacerla. ¿Le viene bien a las once y media?

–Lo siento –la mirada verde esmeralda de la joven se encendió de repente–. No quiero ser una molestia, pero de verdad que no puedo venir mañana. Una amiga muy cercana, la gerente de la tienda donde trabajo, tiene que ir al dentista a que le saquen una muela del juicio, y yo soy la única que puede sustituirla.

Jake aguantó la risa como pudo. Se le habían ocurrido muchas excusas posibles, pero jamás hubiera imaginado una como esa.

La muela del juicio…

Casi podía sentir la risotada de Rick, creciendo a sus espaldas, a punto de escapársele de la boca sin remedio.

«Maldita sea», pensó. Iba a ser muy difícil negarle algo a Caitlin Ryan si continuaba mirándole como una niña perdida, con esos ojos verdes llenos de esperanza y decepción al mismo tiempo.

–Venga, hombre –Rick se plantó junto a Jake. Sus rasgos amables adoptaron una expresión persuasiva–. La banda sigue aquí, así que no tenemos nada que perder.

«Mi cordura, por una parte», pensó Jake, aunque no dijera nada. Si Caitlin Ryan parecía un animalillo triste sin haber cantado todavía, solo Dios sabía qué haría cuando se disculpara con ella y le aconsejara que no dejara su trabajo diurno.

Soltando el aliento con impaciencia, Jake se tocó el cabello sin dejar de mirar a la chica.

–Muy bien –dijo finalmente, resignado–. Le daré diez minutos para que me enseñe lo que sabe hacer.

«O más bien lo que no sabe.»

El corazón de Caitlin dio un doble latido.

«Muy bien. Puedo hacerlo. Cantar es pan comido para mí», se dijo.

Avanzó hacia el escenario. Los tres miembros de la banda tomaron

sus instrumentos sin mucho entusiasmo. ¿A cuántas cantantes les habrían hecho la prueba a esas alturas?

Caitlin se fijó un instante en el nombre de la banda, impreso en el bombo. Al ver que no le sonaban de nada, sus labios esbozaron una sonrisa disimulada. El guitarrista solista fue el primero en presentarse. Le dijo que se llamaba Mike y la ayudó a subir el último peldaño de la escalera de madera que conducía al escenario. Tenía un semblante abierto, amigable, muy distinto al del hombre que la había recibido y al que ya había bautizado como el Capitán Ahab.

¿Por qué se había empeñado en acudir a esa prueba? ¿Por qué le había parecido una buena idea? Que le gustara cantar no significaba que tuviera suficiente talento como para llegar a vivir de ello.

–Por cierto, soy Rick. El hombre que te dijo que volvieras mañana es el mandamás. ¿No te vas a quitar el abrigo?

Al pie del escenario estaba el rubio que había convencido a su jefe para que le diera una oportunidad. Le dedicó una sonrisa ganadora y le guiñó un ojo.

El Capitán Ahab permanecía al fondo de la sala, en silencio y con cara de pocos amigos. Caitlin, sin embargo, se dio cuenta de que la estaba mirando.

«Tu actuación va a tener que ser excepcional si pretendes impresionarme», parecía querer decirle.

¿Pero quién era? ¿Acaso era alguien famoso? A esas alturas, Caitlin no podía negar que se sentía intrigada. Parecía estar claro que era la persona a cargo de las pruebas, pero no había dicho su nombre en ningún momento.

–Prefiero dejármelo puesto, si no te importa –le dijo a Rick–. Tengo un poco de frío.

Se agarró del pie de micro como si necesitara algo sólido a lo que aferrarse.

¿Por qué se había puesto esa falda tan corta?

Su amiga Lia se había empeñado en que debía hacer un esfuerzo y dar una buena imagen para la prueba. Por eso había decidido ponerse esa ropa, pero si de ella hubiera dependido, se hubiera puesto unos vaqueros y una camiseta.

–¿Qué nos vas a cantar? –le preguntó Rick.

Caitlin contestó a su pregunta. Era una canción considerada un clásico del rock. Tenía un ritmo lento y pulsante, pero era un tema con mucha fuerza y sentimiento.

–Buena elección.

Caitlin no pudo evitar sonrojarse, así que se volvió hacia la banda para que no pudiera ver el efecto que había tenido su comentario.

–¿Os viene bien la canción?

El batería, un rubio con barba llamado Steve Bridges, le contestó

con un redoble preciso. El bajista, un escocés corpulento que se hacía llamar Keith Ferguson, tocó un par de acordes.

–Hagamos un poco de rock and roll, ¿no? Todo tuyo, cielo. A por ello.

«Puedo hacerlo», se dijo Caitlin mientras esperaba a que los músicos introdujeran el tema.

Durante un par de segundos, cerró los ojos y apretó los párpados. Si quería conservar las fuerzas no podía mirar al señor Darth Vader.

Sin embargo, en cuanto la música empezó a sonar, el miedo se desvaneció y un deseo de cantar irrefrenable se apoderó de ella. Conocía esa canción a la perfección, pero jamás les hubiera dicho que solo la había cantado en el baño y en la intimidad de su habitación.

Su falta de experiencia les hubiera espantado si se lo hubiera dicho antes de poder cantar. Reprimiendo unas repentinas ganas de sonreír, esperó a que llegara su entrada, abrió los labios y comenzó a cantar.

Un chorro de electricidad recorrió a Jake por dentro como un relámpago. Los músculos del estómago se le contrajeron. Mientras escuchaba aquella voz sexy y aterciopelada se dio cuenta de que habían encontrado una mina de oro. No necesitaba esperar al final de la canción para saberlo, pero la dejó terminar, como no podía ser de otra manera.

La voz potente y elegante de Caitlin se mezclaba con la instrumentación rica y empastada de la banda. Su actuación era simplemente increíble. Hacía temblar las rodillas.

Los miembros del grupo intercambiaron sonrisas disimuladas y Rick dibujó la palabra «eureka» con los labios, al tiempo que se volvía hacia Jake para levantar el pulgar. Ninguna de las voces que había escuchado durante esos cuatro días se acercaba al extraordinario talento de Caitlin Ryan. En realidad, llevaba más de dos años sin escuchar cantar a nadie de esa manera. Era algo natural en ella. Le salía del alma.

Maravillado, Jake movía la cabeza de un lado a otro mientras la observaba. Su cuerpo se movía de una forma tan natural y sexy, siempre al ritmo de la música. De repente, sintió que volvía a emocionarse con la música. Estaba entusiasmado, ilusionado, y cuando se sentía así era capaz de trabajar sin descanso durante veinticuatro horas seguidas si era necesario, con tal de conseguir su propósito.

A partir de ese momento, trabajaría sin parar para llevar a lo más alto al grupo. Estaba dispuesto a ello por primera vez en mucho tiempo.

Cuando los últimos acordes de la canción se fueron perdiendo, Caitlin tomó un último suspiro de alivio y soltó el micrófono.

Detrás de ella, Steve Bridges silbó con fuerza.

–Eso ha sido increíble. No se puede hacer mejor.

Caitlin sintió un calor repentino en las mejillas al oír el cumplido. Los dos hombres que la habían estado observando durante la actuación echaron a andar hacia el escenario.

–¿En qué otros grupos ha estado? –le preguntó Jake.

Mientras contemplaba esos ojos de color azul hielo, Caitlin sintió que el corazón se le caía a los pies.

–No… no he estado en otros grupos –admitió sin más.

–Tienes que estar de broma –Rick parecía completamente estupefacto.

Sorprendida al ver que no la creía, Caitlin abrió los ojos.

–No mentiría sobre algo así. Lo cierto es que siempre he cantado como hobby y porque no puedo evitarlo. Me encanta la música. Me apasiona.

Jake sintió que los músculos del estómago se le contraían aún más.

–Entonces, ¿nunca ha cantado profesionalmente?

–No. Nunca.

Sus ojos verdes no escondían artificio alguno.

–Bueno, ¿cómo alimenta el cuerpo y el alma entonces?

–¿Se refiere a cómo me gano la vida? –Caitlin suspiró–. Soy dependienta. ¿Recuerda que le dije que tuve que sustituir a la gerente esta mañana?

–¿Y dónde está la tienda?

–Está aquí, en el pueblo. Claro.

Jake estaba realmente sorprendido. Muchas chicas habían hecho un viaje largo para hacer la prueba. Algunas vivían en Escocia incluso, pero ella, sin embargo, había salido de ese pequeño pueblo donde habían organizado las pruebas.

Riéndose a carcajadas, Rick se dio una palmada en el muslo.

–¡Bueno, vaya sorpresa! Llevamos cuatro días tirándonos de los pelos porque no encontrábamos a nadie y tú estabas aquí al lado.

–Me enteré de las pruebas cuando vi el anuncio en la oficina de correos. No me lo podía creer. En este pueblo nunca pasa nada tan emocionante. Me pareció… –Caitlin se sonrojó un poco–. Me pareció una señal –se sujetó un mechón de pelo detrás de la oreja y sonrió con timidez–. Bueno, en cualquier caso, gracias por haberme escuchado y por haberme dado la oportunidad de cantaros esta canción. Pase lo que pase, he disfrutado mucho.

Dio media vuelta y comenzó a bajar los peldaños. Jake levantó una mano y la hizo pararse en seco.

–Un momento.
–Tengo que volver al trabajo. Ya… ya se lo dije. Hoy tenemos inventario. Terminaremos bastante tarde.
–¿Quiere cantar con esta banda o no?
–¿Quiere decir…? ¿Me está diciendo…?
La expresión de su rostro era casi cómica, pero Jake no estaba para reírse en ese momento.
–Teniendo en cuenta la calidad de la actuación que acaba de ofrecernos, creo que sería una locura por mi parte no ofrecerle la oportunidad de cantar con el grupo. Creo que todos estamos de acuerdo y sabemos que es usted lo que estamos buscando.
Miró a sus compañeros fugazmente, pero en realidad no necesitaba confirmación. Además, él era quien tenía la última palabra al fin y al cabo.
–Pero, si la aceptamos, tiene que ser consciente de que hay muchísimo trabajo por hacer. Puede que sepa cantar muy bien, pero tiene muchas cosas que aprender antes de que pueda salir al escenario. ¿De verdad que nunca ha cantado profesionalmente?
Caitlin se dio cuenta de que Jake no la creía. Por muy emocionante que fuera la idea de cantar con la banda, Caitlin sabía que, si aceptaba el trabajo, jamás llegaría a tener una relación cordial con el jefe.
Se aclaró la garganta. Estaba algo nerviosa.
–Estuve en un grupo en el instituto desde los quince hasta los dieciocho años, pero no he hecho nada desde entonces. Solo actuábamos en sitios de la zona, en fiestas de Navidad, cumpleaños, aniversarios y cosas así.
–¿Y era la cantante principal?
–No. Quiero decir que… todos cantábamos. Éramos seis, pero yo a veces tocaba el piano y la guitarra.
Rick arqueó las cejas, mostrando su perplejidad.
–¿También sabes música?
–Sí. Bueno, leo música y sé tocar un poco. Practico cuando puedo, al menos con la guitarra. Ya no tengo piano.
En ese momento, Jake entendió por qué manejaba tan bien el instrumento vocal. Solo alguien que tuviera formación musical o que tuviera buen oído para la música de manera innata podía ofrecer una actuación como esa sin ensayar.
Al mirar a Rick, vio su propia sorpresa reflejada en el rostro de su amigo.
–Cielo, por lo que a mí respecta, no me cabe ninguna duda de que eres la cantante adecuada para esta banda –el americano sonrió y le dio un apretón de manos con entusiasmo–. Por cierto, mi nombre completo es Rick Young. Soy el recadero oficial y burro de carga de Blue Sky. Eso quiere decir que organizo los bolos, me aseguro de que

todo esté en orden antes de salir al escenario y recojo el dinero de las entradas al final del concierto. El hombre que está a tu lado con cara de póker es Jake Sorenson, un productor muy conocido, y también es el mánager del grupo. Tienes que haber oído hablar de él. Bueno, algún día nos hará ricos a todos, como lo es él. Puedes apostar por ello. Si hay alguien que puede hacer milagros por aquí, ese es él. Lleva tanto tiempo en la industria de la música que seguramente se merezca ya una placa en el Salón de la Fama del Rock.

–Muy gracioso.

Jake no le ofreció la mano a Caitlin. Mientras los otros miembros de la banda le daban la bienvenida, miró a Rick de reojo y vio que no dejaba de mirarla.

–Venga a mi despacho, señorita Ryan –le dijo una vez terminaron–. Tenemos que hablar en privado.

Dando un salto, echó a andar hacia el fondo de la sala.

Después de ayudar a Caitlin a bajar los escalones, Rick fue detrás de su jefe a toda prisa.

–Oye, ¿no quieres que te acompañe?

Jake se volvió un momento y sacudió la cabeza. Un músculo se contrajo justo debajo de sus pómulos.

–Ahora mismo no, amigo mío. Ya tendremos tiempo de repasar el calendario de ensayos luego. Nos reuniremos mañana por la tarde para hablar de todo. Ahora mismo necesito hablar en privado con la señorita Ryan.

–¿Señorita Ryan? ¿Por qué no Caitlin?

Ignorando el comentario, Jake dio media vuelta y abrió la puerta de su despacho.

Caitlin fue tras él. Un enjambre de mariposas revoloteaba en su estómago. Toda aquella experiencia le parecía surrealista de repente. El despacho del carismático mánager de Blue Sky no era mucho más grande que un cuartito de la limpieza. Dentro solo había dos sillas de plástico y una caja de color naranja que hacía las veces de mesa. A través de una pequeña ventana se veía un pedacito de cielo.

Humedeciéndose los labios, Caitlin respiró profundamente. Por alguna razón, estar tan cerca de Jake Sorenson le causaba mucha más tensión que cualquier audición a la que pudiera asistir.

–Siéntese, por favor.

Caitlin obedeció.

–Ya me ha dicho que tiene un trabajo. Supongo que es un trabajo a tiempo completo –abrió el cuaderno negro que estaba sobre la caja y comenzó a escribir.

–Sí.

–Ha dicho que trabaja en una tienda. ¿Qué clase de tienda es? –Jake levantó la vista y la atravesó con su mirada de color azul.

–Es una tienda que se llama Morgana. Es de libros esotéricos y de autoayuda, pero también vendemos cosas como incienso, bisutería de los nativos americanos, música de ambiente y cristales.

«Y me encanta trabajar allí», pensó, aunque no lo dijera en alto. Se movió un poco en la silla. Iba a ser una pena tener que dejar la tienda, pero su gran pasión siempre había sido la música y ya era hora de hacer algo al respecto. Su amiga Lia sabía lo mucho que le gustaba cantar.

Caitlin le había dicho lo del anuncio.

Se busca cantante femenina versátil de entre veinte y treinta años para grupo consolidado de rock melódico.

Las pruebas se iban a celebrar en la iglesia de St Joseph, en el mismo pueblo donde vivían, y Lia la había animado a presentarse.

–Supongo que tiene claro que, si quiere cantar en este grupo, no puede trabajar a tiempo completo en una tienda.

Jake no dejaba de mirarla ni un segundo mientras hablaba.

–Los ensayos empiezan mañana por la tarde y habrá ensayo todos los días durante las próximas tres semanas, que es cuando la banda hará su primera actuación. Después de eso, estaremos por todo el país, de gira durante tres semanas. ¿Está preparada para asumir un calendario tan apretado, señorita Ryan?

–Realmente no había pensado nada más allá de la audición, pero entiendo que cualquier persona que acepte el trabajo tendrá que estar preparada para hacer bolos con regularidad y salir de gira, así que, sí. Estoy dispuesta a comprometerme, señor Sorenson. Nunca he deseado nada con tanta intensidad.

–¿Y es consciente de que eso significa tener que dejar su actual trabajo?

–Claro.

Aunque su respuesta hubiera sido rápida y contundente, la pequeña arruga que surcaba su entrecejo no pasó desapercibida para Jake. De pronto, tuvo la impresión de que Caitlin Ryan desconocía los entresijos del negocio musical.

–¿Eso le preocupa?

Levantando la barbilla, Caitlin se esforzó por sostenerle la mirada.

–Le mentiría si le dijera que no me asusta la idea de un cambio tan grande, pero quiero aceptar este desafío, sobre todo si eso me va a ayudar a conseguir aquello que siempre he deseado tanto: convertirme en una cantante profesional. Además, los cambios son inevitables, ¿no? Todo cambia.

–No hay nada que temer. Hay muchas cantantes que darían lo que fuera por tener una oportunidad como esta. Blue Sky se ha quedado

sin vocalista, pero siguen siendo una banda consolidada. Justo antes de la marcha de Marcie, habían sido invitados a tocar en uno de los programas más famosos de la televisión.

–Por favor, no piense que soy una desagradecida.

Al no parar de moverse en la silla, Caitlin se enganchó las medias en una astilla de madera de la caja. Al echarse hacia delante para soltarse, no pudo evitar sonrojarse. La mirada de Jake se posó en su rodilla de inmediato.

Una fría gota de sudor corrió por la espalda de Caitlin.

–Creo que todavía no me lo creo. No pensaba que llegaría a ser seleccionada. Todavía estoy intentando asimilarlo.

–Bueno… –apartando la mirada de su rodilla, no sin reticencia, Jake se esforzó por mostrarse profesional–. No le estoy pidiendo que firme esta noche, pero eso tampoco significa que le esté dando una oportunidad para cambiar de opinión. Cuando decido que algo me interesa, Caitlin, no descanso hasta conseguirlo, así que la espero aquí mañana a las cinco. Vamos a ensayar hasta última hora de la tarde. ¿Trato hecho?

Caitlin se mordió el labio.

–Sí. Sí. Trato hecho. ¿Pero puedo venir a las seis menos cuarto? Tengo que cerrar la tienda a las cinco y media. No tardaré más de eso. Puedo estar aquí en diez minutos si vengo en coche.

–A las seis menos cuarto entonces. Y, antes de que se vaya, será mejor que me dé su número de teléfono y su dirección, por si acaso.

Caitlin le dio la información que le pedía. Jake tomó nota de todo y, entonces, se puso en pie. Ella hizo lo mismo.

–Le veo mañana entonces, señor… –dijo, abrochándose el abrigo con manos temblorosas. De repente había olvidado el apellido del mánager.

–Llámame Jake.

–Muy bien.

–Solo una cosa más antes de que te vayas.

–¿Qué?

–Será mejor que te explique una de las reglas más importantes. No puede haber compadreo con los demás miembros de la banda fuera de las horas de trabajo, y no estoy hablando precisamente de tomar unas cervezas. ¿Me he explicado con claridad?

Caitlin sintió que las mejillas le ardían e hizo todo lo posible por esquivar su mirada.

Si realmente creía que tenía intención de confraternizar con los chicos del grupo, entonces estaba muy equivocado. Ya no había lugar para los hombres en su vida, sobre todo después de lo ocurrido con su ex, Sean. No se iba a arriesgar a tener otra relación destructiva con un hombre, por muy efímera que fuera.

–Lo único que quiero es cantar. No tengo interés en ninguna otra cosa. Se lo puedo asegurar.

Jake no pudo evitar preguntarse por qué. Acababa de ver dolor y furia en esos ojos verdes.

–Muy bien. Solo una cosa más entonces.

–¿Qué?

Esa vez Caitlin le miró a los ojos sin miedo, como si le retara a inmiscuirse un poco más en su vida privada.

Jake esbozó una sonrisa pícara.

–Yo me pensaría seriamente la posibilidad de invertir en un nuevo par de medias, si fuera tú.

La vergüenza la hizo tartamudear.

–Es que no hago más que engancharlas en todos sitios. No son muy prácticas. Normalmente prefiero llevar vaqueros.

–Créeme… –la voz de Jake se volvió más grave y aterciopelada–. Las medias son mejores.

Capítulo 2

El timbre sonó y las campanillas que colgaban del techo color lila tintinearon con la ráfaga de aire. Según había entendido Caitlin, Nicky, la chica de media jornada, iba a estar en la tienda. Había clientes, pero la joven debía de haber ido al aseo un momento.

Pensando que aparecería en cualquier momento, decidió no ir a buscarla. Suspiró suavemente y siguió limpiando la mancha que había encontrado en la balda inferior de la estantería de libros, temporalmente vacía. La suciedad, sin embargo, se resistía a desaparecer, así que Caitlin tuvo que dejar el paño húmedo que había tomado y se puso a rascar con la uña. De repente se dio cuenta de que eran los restos de un chicle que alguien había tirado y una ola de rabia la recorrió por dentro.

¿Cómo se atrevían a entrar en un sitio tan bonito para tirar un chicle?

–Hola.

Caitlin se quedó inmóvil al oír esa voz grave y aterciopelada. Tensa de pies a cabeza, volvió la cabeza y levantó la vista hacia Jake Sorenson. ¿Había pasado un día desde que le había visto por última vez? ¿Era posible que hubiera olvidado lo increíblemente atractivo que era y lo turbadora que le resultaba su presencia?

Irritada consigo misma, Caitlin tardó unos segundos en darse cuenta de que le estaba mirando de una forma poco discreta. Además, la había sorprendido con esos viejos vaqueros andrajosos que habían encogido en la lavadora y se le pegaban al cuerpo como una segunda piel.

Una ola de calor ascendió por su espalda. ¿Qué estaba haciendo en la tienda Jake Sorenson? ¿No podría haber llamado por teléfono si quería hablar con ella? Tenía una ventaja injusta al haberla sorprendido de esa manera.

Dejando el paño en la estantería, se dio la vuelta abruptamente y se puso en pie. Algunos mechones de pelo se le escaparon de la coleta y cayeron sobre sus mejillas sonrosadas. Tenía una mancha de polvo en la nariz.

–Hola. Lo siento, pero me has pillado en un momento bastante raro. Estaba…

–Déjame adivinar… ¿Haciendo inventario?

Caitlin tragó en seco.

–Limpiando. Solo estaba limpiando. El inventario fue ayer.

–Me alegra ver que te empleas tan a fondo. Parecía que estabas dándolo todo –sonriendo, miró a su alrededor–. Una tienda interesante –añadió, metiendo las manos en los bolsillos traseros de sus vaqueros.

El aroma intenso del sándalo perfumaba el aire y Caitlin se preguntó, por primera vez, si no se habían excedido un poco en la cantidad.

La mirada de Jake se posó en algunos de los títulos que descansaban en las estanterías que estaban a ambos lados de aquella que había estado limpiando Caitlin.

Vivir tu destino y otros títulos esotéricos llamaron su atención, y una sonrisa discreta apareció en sus labios. En otra época había conocido a muchos hippies a los que les encantaba esa clase de literatura. Levantó la vista. Del techo pintado colgaban muchos cristales y campanillas, y el hilo musical era una pieza de percusión de los nativos americanos.

–La tienda es de mi amiga Lia.

Caitlin cruzó los brazos para esconderse un poco de la mirada de Jake. Por alguna razón, le parecía que sus ojos no hacían más que extraviarse en esa dirección. ¿Por qué se había puesto esa camiseta roja tan vieja que se le ceñía demasiado?

–Como te dije, está en el dentista. Si no, te la hubiera presentado –Caitlin miró en dirección al mostrador de manera automática.

Lia, su amiga pequeña y rubia, siempre estaba allí, atendiendo a los clientes.

–Bueno, ¿qué puedo hacer por ti?

Jake se quedó mirándola unos instantes.

«No tienes ni idea de todas las cosas que podrías hacer por mí», dijo una voz inesperada dentro de su cabeza.

–Respecto al ensayo de esta tarde, solo quería decirte que igual nos quedamos hasta muy tarde esta noche, quizás hasta la madrugada. Si tienes un novio en casa esperándote o algo así, espero que sea de los comprensivos. Si no, todos nos vamos a meter en líos.

–No hay novio en casa.

–Bien.

Caitlin frunció el ceño. Se frotó los brazos y volvió a mirar esos ojos azules que la tenían hipnotizada. ¿Y si se había equivocado? ¿Y si realmente no estaba hecha para ser una cantante profesional? De repente se vio invadida por una ola de pánico y las dudas se apoderaron de ella.

–No te asustes tanto –le dijo él, como si pudiera leerle la mente–. Te prometo que no voy a ser muy duro en tu primera noche de ensayo. Pero, después de eso, me temo que vas a tener que aguantar el chaparrón, igual que todos los demás. Cualquier persona que quiera perseguir un sueño, tendrá que estar dispuesto a hacer sacrificios, y el

negocio musical es un juego duro, Caitlin. Es muy competitivo, a veces despiadado, e igual me he quedado corto. Si quieres tener éxito en este juego, tienes que ponerte un buen escudo y llevarlo siempre. Blue Sky ha pasado dos años tocando por todo el país, intentando consolidarse en el panorama musical, y han logrado un buen número de seguidores. Cuando la cantante, Marcie, dejó la banda, fue un duro golpe para todos. Más que nada, fue una traición. Pero yo aún tengo que cumplir con mi promesa de llevarles a lo más alto. Se lo debo a ellos. Y puedes creerme cuando te digo que eso es exactamente lo que voy a hacer. El fracaso no es una opción para mí. ¿Entiendes lo que te digo?

Caitlin le entendía muy bien. Seguramente hubiera sido más fácil inscribirse en el ejército. Trató de esbozar una sonrisa, pero lo único que consiguió fue hacer una mueca nerviosa. ¿Siempre hablaba tan en serio Jake Sorenson?

–Haré todo lo posible para no defraudarte… Jake.

Él frunció el ceño.

–Eso no es suficiente. Dime: «No te defraudaré, Jake».

Sonrojándose, Caitlin se apartó un mechón de pelo de la mejilla. La tenía ardiendo.

–No te defraudaré, Jake.

–Mucho mejor así. Bueno, ahora ven aquí.

Sin darle tiempo a reaccionar, la atrajo hacia sí y le limpió la mancha de polvo que tenía en la nariz. Caitlin se tambaleó al sentir la embriagadora mezcla del aroma del cuero de su chaqueta y la de su perfume masculino.

–Gracias. Seguro que estoy cubierta de polvo y hecha un desastre, ¿no? –le preguntó, nerviosa.

Las palabras se le salieron de la boca y Jake esbozó una media sonrisa.

–Te veo esta noche –le dijo, dirigiéndose hacia la puerta–. A las seis menos cuarto. No llegues tarde.

Las campanillas de la puerta tintinearon de nuevo al cerrarse y Caitlin soltó el aliento de golpe. Era como si llevara toda una vida conteniéndolo.

Aunque supiera que tenía un motivo legítimo, Caitlin se puso furiosa consigo misma al darse cuenta de que llegaba tarde. Aparcó el coche sobre el paseo de grava que conducía al salón de la sombría iglesia victoriana y se mordió el labio para no dejar escapar una palabrota mientras intentaba meter las llaves en el bolso. Dio un portazo.

Para colmo de males, había empezado a lloviznar. Miró el reloj una

vez más. Eran las seis y cuarto. Llegaba muy tarde. ¿Pero cómo iba a saber que un cliente iba a entrar en la tienda un minuto antes de las cinco y media? No podía decirle que se fuera, sobre todo después de que la chica le dijera entre lágrimas que acababa de romper con su novio y que alguien le había recomendado que comprara cuarzo rosa para sentirse mejor.

Lia le había dicho muchas veces que era como un imán para los que tenían mal de amores, pero su naturaleza compasiva le impedía quedarse de brazos cruzados cuando veía sufrir a alguien.

Haciendo acopio del poco coraje que le quedaba, empujó la chirriante puerta de madera que daba acceso al porche. El aire olía a moho y a humedad. Se oían sonidos de instrumentos al ser afinados.

Al otro lado de la puerta, Jake parecía estar probando el micrófono, tal y como hacían todos los artistas.

–Uno, dos, uno, dos…

Murmurando una oración, Caitlin empujó la puerta. Habían atenuado un poco las luces del techo. De repente, Rick Young apareció de la nada. Su expresión era seria, pero los ojos le brillaban.

–Llegas tarde, guapa. No es una buena forma de empezar. Creí que era mejor decírtelo.

Señaló a Jake haciendo un gesto con la barbilla. El enigmático mánager de Blue Sky bajó del escenario de un salto y fue hacia ella. No hacía falta ser un genio para darse cuenta de que no estaba precisamente contento.

Caitlin sintió los dedos helados de repente. Tenía una justificación para su tardanza, pero no podía saber con certeza cómo iban a terminar las cosas en ese momento.

–Siento llegar tarde. Yo…

–Creo que el otro día te hablé con toda la claridad que pude.

Sorprendida, Caitlin miró a Rick.

–Sé que me dijiste que fuera puntual.

–Y creo que quedamos en que estarías aquí a las seis menos cuarto. Son las seis y veinte ahora mismo. Llegas treinta y cinco minutos tarde. Eso no puede ser. No puede ser.

Jake cambiaba el peso de un pie a otro y un músculo contraído asomaba en su mandíbula.

–Una clienta entró en la tienda justo cuando me estaba preparando para marcharme.

–¿No podías decirle que volviera mañana?

Insultada, Caitlin abrió los ojos.

–Yo nunca hago eso. La gente no solo entra en nuestra tienda para comprar cosas. Muchos de ellos vienen buscando algo que les consuele. La chica que vino hoy acababa de romper con su novio de toda la vida y buscaba algo que la aliviara un poco. No tengo un

corazón tan frío como para decirle que volviera mañana en un momento como ese.

La respuesta fue tan contundente que el enojo de Jake pareció disiparse de golpe. Tomó aliento y lo soltó lentamente, sacudiendo la cabeza.

Caitlin esbozó una sonrisa vacilante y su mirada chocó con la de él, al tiempo que un hoyuelo sexy aparecía en una de sus mejillas. Jake sintió una punzada en el corazón.

–Bueno, ya hemos perdido tiempo suficiente –dijo–. Quítate el abrigo y sube al escenario, por favor. Tenemos mucho que hacer esta noche y a lo mejor estamos aquí hasta la hora del desayuno, así que no digas después que no te lo advertí.

Después de disculparse con el resto de la banda, Caitlin se enfrascó en una animada conversación sobre música con ellos. Les preguntó si componían todas sus canciones, si alguna vez hacían alguna versión y, finalmente, les pidió el repertorio de ensayo para esa noche.

Los tres estuvieron encantados de contestar a sus preguntas y Mike Casey, el guitarrista, le dijo que era él quien arreglaba muchas de las canciones y que tendría que reunirse con ella para trabajar las armonías. Después le dijo que habían alquilado una casa en el pueblo entre los tres y que podía pasarse por allí cuando quisiera para trabajar con ellos en las canciones.

–¿Caitlin?

Caitlin se dio la vuelta bruscamente al oír la voz de Jake. Él le entregó una copia de una partitura con la letra debajo. Caitlin tomó la hoja sin hacer ni un comentario. Se fijó en el título. Era otro estándar de rock que se sabía de memoria.

La letra estaba llena de pasión y ella siempre la había cantado con mucho sentimiento porque se identificaba con la protagonista de la historia. Era una chica cuyos sueños se habían hecho añicos. El hombre al que amaba la había tratado mal y le había quitado toda la confianza en sí misma…

Cuando examinó el arreglo musical, el corazón le dio un salto. Había llegado el momento de demostrarles que podía hacer lo que todos esperaban que hiciera. Las cosas empezaban a ponerse serias.

–¿Conoces la canción? Podemos tocar algo más actual, si quieres.

–Esta canción está bien. La conozco.

–Bien. Adelante, chicos.

Mientras la banda tocaba la introducción del tema, Caitlin escuchó con atención, aferrándose al pie de micro. Su cuerpo estaba tenso como una vara, pero no necesitaba mirar la letra mientras esperaba a que le dieran la entrada. Las palabras estaban grabadas en su alma.

No tenía que ponerse en la piel de la protagonista de la canción porque ya había estado ahí. El hombre al que había amado una vez la

había utilizado y despreciado, pero algo había aprendido de todo aquello. Había aprendido a no bajar la guardia. Se había hecho más fuerte.

Cubriré de acero mi corazón para que tus flechas de veneno no puedan entrar. Y seré el fénix que renace, ese al que nunca viste venir…

Esa era la letra.

De repente, abrió los ojos y su mirada recayó en Jake Sorenson. Estaba vestido de negro de pies a cabeza y su expresión era hermética y seria. Cuando llegó al final de la canción, Caitlin sintió un gran alivio. Necesitaba tomar el aire desesperadamente. Su corazón latía con fuerza y los recuerdos dolorosos que la canción había rescatado la asediaban. Volvió a mirar a Jake, pero no rehuyó su mirada inmediatamente al ver que él se la devolvía. De pronto, se dio cuenta de que Jake Sorenson había empezado a fascinarla sin remedio.

–No ha estado mal –le dijo él.

Caitlin sintió que el corazón se le caía a los pies.

–¡Vaya! Cielo, con una voz como esa, nunca vas a ser pobre –le dijo Rick, parándose junto a Jake.

El contraste entre ambos era acusado. Rick llevaba el pelo un poco largo, alborotado, aclarado por el sol. Jake, por el contrario, tenía el pelo castaño oscuro y su fisionomía era totalmente distinta. Tenía las espaldas anchas. Era delgado y esbelto y parecía estar muy en forma, mientras que Rick era más bajo y musculoso. No podían ser más distintos, pero era evidente que eran buenos amigos.

–Ha estado formidable –dijo Rick, volviéndose hacia Jake–. He sentido toda la emoción que le ha puesto a la canción. La ha hecho suya.

–Puede que sea cierto –dijo Jake, apartando la mirada de Caitlin de manera deliberada–. Pero no será suya hasta que la conozca de pies a cabeza. Hagámosla de nuevo, chicos. Después podréis hacer las vuestras.

Pasaron tres horas hasta que hicieron un descanso. Apoyada en el borde del escenario, con las piernas colgando, Caitlin se dispuso a comer la comida china que había pedido Rick, aunque no tuviera mucho apetito. La cabeza le daba vueltas y tenía tanto sueño que podría haberse quedado dormida de pie.

El carismático mánager de la banda no le había dado ni un minuto de descanso hasta ese momento y se sentía como si acabara de bajar del ring de boxeo.

–¿No tienes hambre?

De repente, Jake estaba a su lado. Caitlin levantó la mirada y contempló esos ojos azules que la hechizaban. Era injusto que un hombre tuviera unas pestañas tan negras y largas. Jake Sorenson, sin duda, había estado al comienzo de la cola cuando Dios había repartido la belleza.

Caitlin respiró de manera entrecortada. El aroma de su perfume no le daba tregua.

–Pensaba que sí –le contestó. Encogiéndose de hombros, dejó el contenedor de cartón a un lado y se llevó una servilleta a los labios–. Solo tomé un sándwich a la hora de comer… y tampoco estaba muy bueno que digamos.

–Supongo que sabías que esto no iba a ser fácil. ¿Seguro que quieres seguir adelante? Hace falta algo más que talento en este juego, Caitlin. Hace falta garra y aguante.

–Puedo hacer acopio de mucha garra y aguante cuando es necesario. Solo ponme a prueba.

Un relámpago iluminó sus ojos verdes momentáneamente y Jake se rio suavemente. Se había soltado la coleta y el pelo le caía por la espalda como una manta de seda negra.

–Es obvio que me va a llevar un tiempo aprenderme todas las canciones nuevas, pero me llevaré una copia de la música y la letra a casa y las practicaré con la guitarra.

Jake casi había olvidado que Caitlin también era guitarrista. No sabía si era muy buena, pero a juzgar por su talento vocal, su habilidad con la guitarra no debía de andar muy lejos.

–Buen intento, pero la primera cosa que vas a tener que hacer es avisar en la tienda y decirles que no vas a volver. No puedes compaginar un trabajo a tiempo completo con la actividad musical. Dentro de tres semanas estaremos en la carretera y tendrás que decirle adiós a este pequeño pueblo.

Sus palabras sonaron tan definitivas que Caitlin no pudo evitar estremecerse. Sin embargo, la oportunidad que se le había presentado era única y no podía desaprovecharla.

Había vivido en ese pueblo durante la mayor parte de su vida. Su familia había dejado Londres cuando no era más que un bebé y sus padres se habían ido a California tres años antes para reunirse con su hermano Phil y su esposa. Ella no había querido marcharse con ellos, no obstante, pero la situación era muy distinta esa vez.

Caitlin tragó con dificultad.

–Bueno… ¿Eso significa que me estás ofreciendo un trabajo a tiempo completo con la banda?

El estómago se le encogió mientras esperaba la respuesta de Jake.

–Eso parece, ¿no? –le dijo él con una sonrisa.

De repente, se puso en pie y fue a reunirse con los demás.

Capítulo 3

Nos vamos a Pilgrim's Inn para tomar algo. ¿Quieres venir?

Mike Casey se detuvo y esperó mientras Caitlin se ponía el abrigo. Todos los demás estaban fuera. Steve y Keith estaban cargando la furgoneta con el equipo y Rick y Jake estaban enfrascados en una discusión. Rick ya la había invitado unas horas antes y ella le había dicho que se lo pensaría. Sin embargo, la idea de volver a ese pub, después de lo que había pasado con Sean en aquel lugar, no la entusiasmaba mucho.

Sean estaba muy mal aquella noche. La mezcla de alcohol y drogas le había hecho un efecto terrible, tanto que Caitlin había llegado a temerse lo peor, y no se había equivocado. Las palabras crueles y las pullas no habían hecho más que empeorar a medida que avanzaba la noche y, por si eso fuera poco, toda la gente que estaba en el pub había presenciado la humillación de su ataque verbal.

–Te agradezco la invitación, pero prefiero irme a casa. Ya es un poco tarde –le dijo a Mike.

Al mirar el reloj, vio que eran más de las diez y media. Tenía la garganta seca y el cuerpo le dolía después de todo el esfuerzo que había hecho.

–¿Las diez y media es muy tarde para ti? Es sábado. No me digas que todo el pueblo se va a la cama tan pronto –Mike arqueó las cejas–. Debes de haber llevado una vida muy ordenada, si eso es muy tarde para ti.

Caitlin esbozó una sonrisa tímida.

–Debes de pensar que soy una aburrida, ¿no? No encajo mucho en el estereotipo de la rockera. Eso está claro, pero supongo que tendré que empezar a acostarme más tarde en cuanto la banda salga de gira.

–¿Estáis listos? –Rick apareció en la puerta. Sus ojos color avellana les miraban con curiosidad e interés–. Tengo que cerrar. ¿Caitlin? Jake quiere hablar contigo.

«¿Pero qué querrá ahora?», se preguntó ella, y suspiró. Estaba agotada.

Estaba inclinado contra su todoterreno, esperándola. Se había puesto su chaqueta de cuero encima de la sudadera que llevaba ese día. Al verla acercarse se puso erguido. Había empezado a llover y las voces de los otros miembros del grupo flotaban en el aire.

–Rick me ha dicho que querías hablar conmigo.

Jake se dio cuenta de que estaba temblando de frío. El abrigo que llevaba era insuficiente.

–¿Vienes a tomar algo o no?

–¿Era eso lo que querías decirme?

Asiendo los lados del cinturón del abrigo, se lo ciñó aún más alrededor de la cintura. Trató de apartarse el pelo de la cara y entonces se dio cuenta de que le temblaban las manos. ¿Qué tenía Jake Sorenson para producir semejante efecto en ella?

–Ya le dije a Mike que no iba. Me voy a casa. Quiero acostarme pronto. No te preocupes. Mañana estaré aquí a las tres en punto para ensayar.

–Quiero que vengas a tomar algo.

Las pupilas de Jake se habían vuelto más oscuras de repente.

–Así podremos conocernos un poco mejor. Mañana es domingo. Puedes quedarte a dormir hasta tarde.

Aunque su corazón revoloteara inquieto ante la idea de pasar la noche en un bar junto a Jake Sorenson, Caitlin no fue capaz de alegar nada ante ese argumento.

–Preferiría no ir, si no te importa –dijo por última vez.

Presentarse en el Pilgrim's Inn no era buena idea. En el sitio solía haber gente de fuera del pueblo, pero la mayor parte de la clientela estaba constituida por lugareños que, sin duda, recordarían cómo la había humillado Sean aquel día.

–No tienes elección. No era una invitación, sino una orden. Vas a tener que acostumbrarte a irte a la cama más tarde si quieres cantar con esta banda. Sube al coche, por favor. Puedes venir con Rick y conmigo.

Así fue cómo Caitlin terminó sentada en un asiento gastado de terciopelo rojo en un rincón del local, con Rick a un lado y Jake al otro. El resto de miembros de la banda estaban alrededor del fuego de la chimenea, calentándose las manos y bebiendo pintas de cerveza.

En la gramola sonaba una canción de Sting.

–Bueno, cuéntame, Cait. ¿Qué clase de música te gusta?

Rick había empezado a acortarle el nombre desde que habían llegado al pub y Caitlin lo aguantaba con estoicismo. Así la llamaba Sean. Miró a su alrededor con inquietud. Había varios grupos de gente joven sentada en torno a las mesas, pasando un buen rato. Afortunadamente, nadie había reparado en ella. Detrás de la barra, dos camareras atendían a los clientes y una de ellas, una rubia voluptuosa llamada Tina Stevens, llevaba un escote tan bajo que casi podrían haberla arrestado por exhibicionismo.

Se volvió hacia Rick para contestar.

–Oh, tengo gustos muy heterogéneos. Si tuviera que hacer un resumen, diría que me gusta la música con un buen ritmo y las

grandes canciones con buenas letras. ¿Y a ti? ¿Qué tipo de música te gusta escuchar?

Rick se encogió de hombros y bebió un sorbo de cerveza.

–Creo que soy muy parecido a ti, cielo. Está claro que tenemos muchas cosas en común.

–La que habla es la cerveza –dijo Jake con ironía–. Solo quiere ganar puntos.

–Eso no es justo, hombre. Un hombre como yo no necesita ganar puntos con ninguna chica. Si las atraigo como la miel a las abejas. Tengo un don especial. Hablando de eso…

De repente, se puso en pie y se dirigió hacia la barra. Caitlin se dio cuenta de que su mirada estaba puesta en Tina Stevens. La rubia sonreía y se inclinaba sobre la barra para charlar con un cliente. El top rojo ceñido que llevaba ofrecía unas buenas vistas de su canalillo.

–Disculpadme, chicos. Veo que el honor de una dama corre peligro y si no voy a rescatarla…

Respirando con alivio, Caitlin se alegró de tener algo más de holgura en el asiento. La cercanía de Jake la turbaba demasiado.

–Hará lo que quiera con él –dijo Jake, sonriente.

Al levantar la vista, Caitlin se encontró con esos ojos azules y el aire se le quedó atrapado en los pulmones. De pronto, reparó en la fina barba que le cubría la mandíbula. Tenía una nariz recta y había un pequeño hoyuelo en su barbilla.

–A mí me parece que sabe cuidar muy bien de sí mismo.

–Bueno… –Jake bebió un sorbo de cerveza y la miró–. ¿Cómo es que no tienes novio?

–No sabía que fuera obligatorio.

–¿He dicho yo que tiene que serlo?

Ella no contestó. Recuerdos de Sean la asaltaron de repente.

Jake la observaba con atención y el destello de tristeza que cruzó su mirada no pasó inadvertido.

–Bueno, ¿qué te pasó?

–¿Qué quieres decir?

–Un hombre te hizo daño. ¿Quién era?

–¿Te importa que hablemos de otra cosa?

Caitlin tomó su copa de vino y bebió un sorbo. Las mejillas le ardieron de repente. El alcohol empezaba a hacer efecto.

–Vamos a pasar mucho tiempo juntos durante las próximas semanas, y los próximos meses. Las cosas van a salir al final. ¿Por qué no me lo dices ahora y acabamos con ello?

–Puede que sí, pero mi vida privada no es objeto de discusión. Por favor, no insistas.

Jake se arrepintió de la imprudencia que acababa de cometer nada más oír el temblor que sacudía su voz. Sin pensar en lo que hacía,

extendió el brazo y puso su mano sobre la de ella.

–Lo siento mucho.

Caitlin no sabía si se estaba disculpando por haberla presionado, o por lo que acababa de imaginarse respecto a su relación del pasado. En cualquier caso, no obstante, su empatía no fue bienvenida. Era más fácil lidiar con su enfado.

Además, le resultaba imposible no fijarse en la mano fuerte y grande que cubría la suya propia. Mientras la observaba, reparó en el anillo de azabache que llevaba puesto. Se componía de dos piedras negras que formaban una figura en forma de ocho.

–Es un anillo muy bonito.

–Sí. Lo es. Fue un regalo.

Probablemente debería haberse librado del anillo a esas alturas. Además, no lo llevaba por motivos sentimentales. Sin embargo, no iba a decirle a Caitlin que la joya se la había regalado su ex, Jodie, un año y un día después de su boda y seis meses antes del divorcio.

De repente, se preguntó si habría leído algo acerca de aquella sórdida ruptura en los periódicos de la época.

Retiró la mano abruptamente y miró a Rick, que aún seguía enfrascado en una conversación con la exuberante camarera. El pub se estaba quedando vacío y el otro admirador de la rubia había desaparecido.

–¿No quieres más? –le preguntó, mirando su copa de vino, todavía medio llena.

–¿Quiere eso decir que quieres marcharte?

–Creo que debería llevarte a casa. Pareces cansada.

–No tienes por qué llevarme. Puedo…

–¿Por qué no te pones el abrigo?

Fuera hacía mucho viento. Caitlin caminaba por la acera desierta junto a Jake y le observaba con disimulo. Él mantenía la vista al frente y avanzaba con paso tranquilo y una mano metida en uno de los bolsillos traseros de sus vaqueros. Su perfil serio estaba parcialmente escondido detrás del cabello que le agitaba el viento.

–¿Vives muy lejos de aquí? Podemos ir en mi coche si estás cansada. Yo casi no he bebido nada.

–Vivo a diez minutos por esa carretera y prefiero ir andando, pero no tienes que acompañarme.

Caitlin no pudo evitar sentirse tensa. Era casi imposible averiguar lo que estaba pensando o sintiendo.

–Bueno, ¿qué te parece cómo van las cosas?

Tomándola por sorpresa, se volvió hacia ella y la miró mientras andaban. Caitlin tardó unos segundos en poner en orden sus propios pensamientos.

–¿Te refieres a los ensayos? Creo que van bien. Quiero decir que sé

que todavía tengo mucho que aprender, pero aparte de aprenderme las canciones cuando estoy con el grupo, las estoy trabajando en casa cuando tengo tiempo.

Se sujetó un mechón de pelo detrás de la oreja y trató de relajarse un poco, pero resultaba difícil conseguirlo cuando la expresión hermética de su compañero no revelaba nada.

Jake suspiró.

–Lo estás haciendo muy bien, Caitlin. No me cabe ninguna duda de que eres la cantante perfecta para Blue Sky. Tienes una gran voz, eres preciosa y sexy… Lo tienes todo. Pero el talento por sí solo no es suficiente. Blue Sky no es una de esas bandas que tienen un minuto de gloria. No es un grupo prefabricado como todos esos que inundan las listas de éxitos. Muchas de esas bandas son el producto de una estrategia de marketing bien diseñada, con el solo propósito de hacer dinero. No están compuestas por músicos de verdad, entregados y unidos por su pasión por la música. En todo caso, creo que va a ser más difícil todavía para nosotros. Hay mucho trabajo que hacer antes de empezar con las giras y, entonces, será cuando venga la presión. Supongo que solo quiero saber si tu compromiso es total, o si no preferirías quedarte en tu pequeño pueblo, trabajando en tu pequeña librería. No me malinterpretes. Entiendo que algo así puede resultar muy atractivo para una chica como tú.

–¿Qué quieres decir con lo de una chica como yo? –Caitlin se puso a la defensiva nada más oír ese tono condescendiente–. Ni siquiera me conoces.

Jake arqueó una ceja y sonrió.

–Sé que te gusta fingir que eres más dura de lo que eres en realidad, que puedes con cualquier cosa que te echen, pero…

–¡Basta! ¿Fingir que soy dura? ¿Crees que soy una frágil damisela que se viene abajo ante la más mínima presión? Para tu información, sobreviví durante dos años al infierno de vivir con un hombre que era un drogadicto y un alcohólico, alguien que me quitó todo el dinero que tenía. Incluso tuve que vender mi piano, y era lo más preciado que tenía. También perdí mi casa, mi coche y mi dignidad. Sí. Fui una tonta, pero un día me desperté y encontré la fuerza que necesitaba para decirle que todo se había acabado. Entonces recogí los pedazos rotos que quedaban de mi vida y empecé de cero. He sobrevivido a muchas cosas, a mucho dolor, y ahora soy mucho más fuerte, así que no te atrevas a decirme que me gusta fingir que soy una chica dura.

Se detuvo para tomar aliento.

–En cuanto a lo de formar parte de esta banda, cantar es, y siempre ha sido, mi mayor pasión en la vida y haré todo lo que sea preciso para intentar que la música sea mi profesión. Canto porque siento que tengo que hacerlo, no porque quiera ser famosa y ver mi foto en la

prensa. Lo único que quiero hacer, lo único que siempre he querido hacer es… cantar, así que, si me preguntas acerca de mi compromiso, te contesto con rotundidad y te digo que es total.

Para cuando terminó con el airado discurso, estaba al borde de las lágrimas.

–Oye… –Jake extendió el brazo y deslizó las yemas de los dedos sobre su mejilla–. No te estaba insultando. Siento que te haya parecido de otra manera.

El tacto de su mano apaciguó la rabia que se había apoderado de ella.

–Yo también lo siento.

Sacudiendo la cabeza, se apartó de manera automática. Echó a andar de nuevo, pero Jake no tardó en alcanzarla. La agarró del brazo y la hizo detenerse.

–No huyas de mí. Solo quiero ayudarte.

Su mirada azul la atravesó.

–Ayudarme… ¿Cómo?

Inclinando la cabeza hacia delante, Jake le contestó con un beso repentino y volcánico.

Dejándose llevar por el roce de sus labios, Caitlin terminó devolviéndole el beso como si su propia vida dependiera de ello, e incluso llegó a enredar las manos en su cabello en un intento por aferrarse a él.

El instinto era como un río salvaje que se había desbordado y era casi imposible pensar en otra cosa que no fueran los furiosos latidos de su corazón.

La deliciosa sensación de sus labios aterciopelados y el roce cálido de su lengua suscitaba emociones dentro de ella que nunca antes había experimentado. Y fue precisamente en ese momento cuando se dio cuenta de que la barrera de seguridad que había construido laboriosamente alrededor de su corazón estaba en peligro.

Justo cuando se vio asaltada por esos pensamientos, Jake interrumpió el beso y la miró con unos ojos turbios, llenos de confusión y exaltación.

–No te avergüences de haberme contado tu historia –le dijo en un murmullo–. La industria de la música está llena de historias como la de tu ex. No creo que sean mala gente. Una adicción seria es una enfermedad, no una debilidad. No me dejes fuera porque me has revelado algo que preferirías no haberme dicho, Caitlin.

Ella respiró profundamente y retiró las manos de su cabello. Había empezado a llover de nuevo y las gotas de agua se depositaban con rapidez sobre las sedosas hebras negras de su pelo, cubriéndolas de una capa brillante como el rocío.

Se había mostrado tan preocupado y amable… Era como si hubiera

sido capaz de ponerse en su lugar y sentir su dolor como propio. Todo en él era irresistiblemente seductor y Caitlin no podía evitar desear abrazarle. Podía llegar a provocar otro beso o, tal vez, podía invitarle a tomar una taza de café… De repente el sentido común la golpeó como una mano abierta. Hacer tal cosa era un acto temerario que seguramente tendría nefastas consecuencias. ¿No había soportado ya suficiente dolor?

Se soltó de él.

–Para dejarte fuera, primero tendría que dejarte entrar, Jake, y eso no lo voy a hacer, ni aunque me prometieras el mundo entero.

–Ahora que ha llegado este momento, no quiero que te vayas –afirmó Lia.

Después de revolver el café que había preparado, se llevó su taza a la mesa de hierro forjado en la que solían sentarse para almorzar. No había mucho espacio en el sótano, que hacía las veces de almacén, pero Lia había colocado una mesa y un fregadero, y además había instalado una nevera y un horno microondas para poder comer algo caliente de vez en cuando.

Absorta en sus propios pensamientos, Caitlin volvió al presente al tiempo que la pequeña rubia sacaba una silla de enfrente y se sentaba en ella.

–He dicho que no quiero que te vayas –Lia dejó escapar un suspiro pesado y rodeó la taza de café humeante con las dos manos. Sus ojos marrones no escondían la emoción.

Caitlin se conmovió de verdad. Lia había sido su amiga durante muchos años y habían vivido muchas cosas juntas, tanto buenas como malas. Para ella también iba a ser un mal trago tener que renunciar al trabajo en la tienda. La librería esotérica siempre le había parecido el mejor sitio del mundo para trabajar.

Pero, a lo largo de la semana anterior, Blue Sky se había convertido en algo más que una oportunidad extraordinaria para llevar a cabo aquello con lo que siempre había soñado. Se había convertido en algo personal. No solo había llegado a respetar y a admirar profundamente a sus compañeros de banda, sino que también había empezado a tomarles un cariño especial. Trabajaban tan duro y sentían tanta pasión por la música que hacían… Estaban tan entregados a su profesión… La marcha de Marcie Wallace había sido un duro golpe para ellos y Caitlin quería arreglar las cosas. Quería ayudarles a hacer realidad sus sueños también.

–No va a ser fácil para ninguna de las dos –dijo, poniendo su mano sobre la de Lia–. Pero no me voy para siempre. Puede que ya no vaya a trabajar más en la tienda, pero eso no quiere decir que no esté por

aquí. Seguiré viviendo en el pueblo, y cuando regrese a casa después de las giras, nos veremos todos los días porque vendré a visitarte y a tomarme un café contigo.

–Eso lo sé –Lia apartó la mano y se tocó el cabello con impaciencia–. Pero, si quieres que te diga la verdad, he estado muy preocupada por ti.

–¿Por qué? –Caitlin estaba muy sorprendida.

–Bueno… Irse con un puñado de extraños a Dios sabe dónde. ¿Cómo sabes que puedes confiar en esta gente?

–Lia, poco a poco les he ido conociendo. Ya no son extraños. Son músicos profesionales. Jake Sorenson, el mánager, es…

–De Jake quería hablarte –Lia respiró profundamente–. ¿No le reconociste cuando le viste por primera vez? ¿No recuerdas que hubo un escándalo sentimental sobre él en la prensa hace unos años? Su esposa le dejó por uno de los rockeros más famosos del mundo y después se dedicó a contar las intimidades de su matrimonio con Jake en los medios.

De pronto, las palabras de Lia comenzaron a resultarle familiares. El recuerdo de una fotografía del hombre al que se refería apareció en su mente.

–Le recuerdo –dijo, perpleja–. Ella le dejó por Mel Justice… el cantante del grupo Heart and Soul. No me había dado cuenta de que el productor con el que estaba casada era Jake.

–Bueno, pues sí lo era. Y la imagen que dio en los medios de su vida con él no fue precisamente un camino de rosas. ¿Sabías que era modelo? No era una de las más famosas, pero sí era un rostro familiar en las revistas. La razón principal por la que se dedicó a hablar de él en los medios fue que él le había prometido que la convertiría en una estrella y no lo hizo. Al parecer, ella quería dejar las pasarelas y convertirse en cantante, pero, cuando se casaron, él no cumplió su promesa y ella tuvo una aventura con Mel Justice. Al final terminó divorciándose de Jake para casarse con Mel.

–Y entonces le vendió su historia a los periódicos –dijo Caitlin tranquilamente.

Le sorprendía caer en la cuenta de que había estado casado.

–En cualquier caso, ¿qué tiene eso que ver con lo que yo te estoy contando, Lia? ¿Por qué me estás contando esa vieja historia acerca de Jake Sorenson?

–¿Por qué? Porque quiero que sepas en lo que te estás metiendo. Por eso.

Lia levantó la taza de café y se la llevó a los labios, pero volvió a dejarla sobre la mesa sin beber ni un sorbo.

–Soy tu mejor amiga, y no puedo evitar sentirme responsable. La gente del mundillo musical está expuesta a toda clase de tentaciones y

comportamientos malos. No suelen tenerse mucha lealtad entre ellos. No quisiera que pasaras a formar parte de ese grupo y que las cosas se torcieran si la prensa decide volver a sacar esa vieja historia y empiezan a preguntarse si tú vas a hacer lo mismo.

–Pero yo no tengo una relación personal con Jake, ¿no? Solo canto en la banda de la que es el mánager. Además, yo jamás vendería una historia a la prensa, aunque la tuviera. Tengo veintiséis años, ¿recuerdas? No soy una adolescente tonta. Puedo cuidar de mí misma.

A pesar de todo lo que había dicho, el corazón se le había acelerado sobremanera. Hasta ese momento, Lia no le había dicho lo que opinaba respecto a su decisión de unirse al grupo.

«Sigue tu gran pasión. No dejes que nada se interponga en tu camino», le había dicho siempre.

–Muy bien. Entonces, si es cierto que puedes cuidar de ti misma, ¿qué pasa con Sean? –los ojos de Lia brillaban.

Caitlin no daba crédito a lo que acababa de oír.

–Eso ha sido un golpe bajo, Lia. De acuerdo. He tomado algunas decisiones equivocadas en mi vida. ¿Tú no? ¿El resto de la gente no? Eso no significa que todo lo que haga esté condenado al fracaso, ¿no crees?

–No debería haber dicho eso, Caitlin. Me refiero a lo de Sean. Lo siento. Debería haber medido mis palabras, sobre todo teniendo en cuenta a qué me dedico. Pero es que es difícil aplicar los conocimientos cuando se trata de alguien que te importa. Ya sabes cómo pueden llegar a ser los hombres. Tienen una mente que solo va en una única dirección cuando se trata de una mujer como tú, y te lo digo como un cumplido. Eres preciosa. Tienes talento y tu naturaleza es confiada y dulce. Seguro que van a intentar aprovecharse de ti… y tú vas y te marchas a la aventura musical con cinco de ellos.

–Bueno, tienes que intentar dejar de preocuparte, Lia. Voy a estar bien. Estoy haciendo lo que quiero hacer. Nadie me está obligando. Si yo soy capaz de confiar en que todo va a salir bien, ¿por qué no puedes hacer tú lo mismo?

Caitlin se puso en pie y llevó su taza al fregadero. La enjuagó y la puso a secar boca abajo.

–Será mejor que suba y releve a Nicky para que pueda venir a comer. Hoy es mi último día en la tienda, así que no lo estropeemos discutiendo.

–Lo siento. Es que me siento un tanto inquieta por lo que estás haciendo. No te enfades conmigo, por favor –Lia también se levantó.

–¡No seas tonta! –sonriendo, Caitlin le alborotó el pelo–. ¿Cómo iba a enfadarme contigo por preocuparte por mí? Precisamente es preocupación por parte de la gente lo que me ha faltado en mi vida, así que te aseguro que estoy abierta a recibir todo el cariño y el afecto

que me puedan dar –le dijo con entusiasmo.

Sin embargo, mientras se reía, no pudo evitar recordar lo que Lia le había contado acerca de Jake. Esa vieja historia la turbaba. No solía leer la prensa rosa y, en ese momento, se alegraba de no tenerlo como hábito. Fuera lo que fuera lo que hubiera pasado entre Jake y su esposa, debía de haber sido muy doloroso. Tenía que concentrarse en su papel como vocalista de la banda y perseguir su sueño.

Lo demás no era de su incumbencia.

Capítulo 4

Al final de un día cargado de emociones, Caitlin se hundió en la bañera humeante y suspiró. Las velas arrojaban sombras caprichosas sobre las paredes del cuarto de baño pequeño y humilde.

Cerrando los ojos, aspiró el perfume exótico que despedían las velas, mezclado con su aceite de baño aromático favorito. Deslizó las yemas de los dedos sobre la superficie del agua, trazando dibujos aleatorios, y se dejó divagar un poco. Aunque se hubiera marchado de la tienda, tampoco se había cerrado una puerta porque Lia le había dicho que podía volver cuando quisiera. Sin embargo, todavía la asustaba la idea de haber dejado algo estable en pos de un empleo que era totalmente lo contrario.

Echándose un poco de agua sobre los hombros, Caitlin abrió los ojos y observó cómo corrían las gotas de agua sobre su piel, aromatizada por las fragancias que saturaban el aire. Frunciendo el ceño, pensó en los ensayos de esa tarde. Jake no había hecho más que llamarle la atención, reprochándole una falta de concentración. En más de una ocasión, además, había levantado el tono de voz más de la cuenta, tanto que el resto de miembros del grupo había intercambiado miradas de desconcierto, como si no se atrevieran a preguntar qué estaba pasando.

¿Acaso se estaba comportando así con ella porque se arrepentía de haberla besado? Ella no le había pedido que lo hiciera. Puede que no hubiera estado todo lo concentrada que debiera haber estado esa tarde, pero… ¿Qué era lo que esperaba si acababa de dejar el trabajo que le había dado una seguridad de vida durante más de cinco años? No era tan fácil separarse de los sitios y las personas que le importaban.

Al menos Rick y los otros se habían mostrado más comprensivos. Incluso le habían llevado una botella de champán para celebrarlo, pero Jake no se había unido al brindis que habían hecho durante el descanso. Había tomado su chaqueta de cuero y había salido fuera un rato.

–¡Maldito seas, Jake Sorenson! Me estoy esforzando todo lo que puedo. Dame un respiro, ¿quieres?

Caitlin agarró el patito amarillo de plástico que flotaba sobre el agua y lo lanzó con impotencia. El juguete impactó contra el agua, salpicándola. Sin embargo, no fue suficiente para aplacar la ira que

crecía en su interior.

De repente, sonó el timbre de la puerta.

Caitlin masculló un juramento y esperó, decidida a ignorarlo, pero cuando sonó por segunda y tercera vez, ya no fue capaz de quedarse quieta. Salió de la bañera rápidamente, agarró el albornoz azul que colgaba de la puerta y se lo puso, refunfuñando sin parar.

Atravesó el salón, bajó los fríos peldaños de linóleo y se dirigió hacia la puerta principal. ¿Quién osaba interrumpir su pasatiempo favorito de esa manera?

Jake.

Toda la fuerza que había recuperado tras darse ese balsámico baño la abandonó de repente al verse cara a cara con el inesperado visitante. Iba vestido de negro de pies a cabeza y su silueta se veía realzada por el resplandor dorado de una farola cercana. Ningún otro hombre tenía el poder de alterarla tanto. Su presencia siempre le producía un cortocircuito mental y cada vez que le tenía delante le costaba respirar.

–¿Qué pasa? ¿Ocurre algo? –le preguntó, mirándole a los ojos.

–¿Puedo pasar?

Como la petición la había tomado por sorpresa, Caitlin terminó asintiendo sin saber muy bien qué hacía. Retrocedió hacia el pasillo poco iluminado, con su papel de pared de estampados dorados y la vieja alfombra roja. Se había recogido el pelo de cualquier manera, pero aún lo tenía muy húmedo y varios mechones se le habían escapado del moño y le caían sobre la mejilla. No había tenido tiempo de secarse apenas, así que también tenía casi todo el cuerpo mojado.

Jake pasó por su lado esbozando una sonrisita disimulada que no hizo más que agravar la inquietud que ya sentía.

–Por las escaleras –le dijo al tiempo que cerraba la puerta.

–Tú primero –le dijo él, contemplando las escaleras que conducían a su apartamento.

Caitlin temía que dijera eso y, en ese momento, su peor temor se hizo realidad. Con las mejillas ardiendo, pasó por su lado y comenzó a subir las escaleras.

Cada paso que daba con sus pies descalzos era una agonía, sobre todo porque era consciente en todo momento de la cercanía de Jake a sus espaldas.

–Entra –le dijo, al llegar al salón.

Jake miró a su alrededor para no pensar mucho en lo que había ocurrido entre ellos la noche anterior.

Había una antigua chimenea de estilo victoriano en un rincón, ocupada en ese momento por un calefactor eléctrico que sin duda era demasiado pequeño para calentar todo el lugar. Había un jarrón de cerámica de color rosa con hojas de palmera a un lado de la repisa y

un sofá rojo con cojines multicolor contra la pared. Encima había una reproducción de *Sol ardiente de junio,* de Frederic Leighton.

Jake absorbió toda la información en cuestión de segundos, pero su mirada se vio inevitablemente arrastrada de vuelta a Caitlin.

Al ver que no decía nada, ella se alisó el frente del albornoz con las manos y señaló el sofá.

–¿Por qué no te sientas? Tengo que ir a vestirme. Me estaba dando un baño cuando llamaste al timbre.

–No hace falta que vayas a vestirte por mí –le dijo él, permaneciendo de pie.

Caitlin sintió que la cara se le ponía al rojo vivo.

–Todavía estoy mojada.

Nada más pronunciar las palabras, se arrepintió de lo que acababa de decir. Jake parecía desnudarla con la mirada una y otra vez.

–Quiero decir que tengo que…

Caitlin sintió que la mano le temblaba. Los ojos de Jake acababan de oscurecerse hasta límites insospechados. Sentía su mirada sobre los labios.

–¿Qué vamos a hacer, Caitlin? –le preguntó él en un tono suave.

–¿Sobre qué?

–Sobre nosotros. No finjas que no sabes a qué me refiero. Dios. El beso que nos dimos la otra noche cuando te llevé a casa no fue un beso inocente de buenas noches. Me dio la impresión de que lo habías disfrutado tanto como yo.

–Mira, de verdad que tengo que ir a vestirme. Espérame aquí un momento. Voy a cambiarme, preparo café y después podemos hablar.

Jake sonrió. Ella le miraba como si estuviera hipnotizada.

–Bien, porque tarde o temprano tendremos que hacer algo al respecto.

Caitlin sintió que las mejillas se le ponían todavía más rojas. Dio media vuelta y huyó hacia el dormitorio para vestirse.

Suspirando, Jake se dejó caer en el sofá rojo. Agarró un cojín y entonces lo tiró al suelo, enojado consigo mismo. ¿Qué estaba haciendo allí? Había ido hasta su casa para disculparse por la forma en que la había tratado durante el ensayo, pero nada más verla con ese albornoz, se había dado cuenta de que no llevaba nada más debajo y todo su autocontrol se había ido por el desagüe en un abrir y cerrar de ojos. Impaciente, se puso en pie y comenzó a caminar de un extremo a otro de la estancia. El salón era muy pequeño. Había algunas fotos de familia sobre la repisa y también una jarra llena de cristales de colores.

Jake estaba demasiado distraído como para examinar las fotos de cerca, así que miró a su alrededor. Había una estantería de libros que abarcaba toda una pared, y todas las baldas estaban repletas de libros.

Miró algunos de los títulos y vio que la temática predominante era la autoayuda y la filosofía. ¿Se habría interesado por esos temas antes o después de la nefasta relación con el drogadicto? Seguramente habría necesitado algún tipo de ayuda para superar el mal trago. Le había confesado que lo había perdido todo, incluyendo su casa.

Sin darse cuenta, Jake cerró los puños y apretó los dedos hasta que los nudillos se le pusieron blancos.

–¿Qué quieres tomar? ¿Un café? ¿Un té?

La voz de Caitlin le tomó por sorpresa. Al darse la vuelta, no pudo evitar mirar sus piernas largas y bien formadas. Se había puesto unos vaqueros desgastados y un top de color rosa con botones perlados. Debido a la prisa, se había dejado los dos últimos sin abrochar y la hendidura entre sus pechos quedaba a la vista.

–Ninguna de las dos cosas. ¿Por qué no vienes aquí para que podamos hablar?

Caitlin accedió y, entonces, reparó en el cojín que estaba en el suelo. Frunció el ceño. Su corazón latía sin ton ni son.

–Hoy he sido un poco duro contigo –todavía de pie en el medio de la habitación, Jake se frotó la barbilla, cubierta de una fina barba de unas horas–. Siento que te debo una disculpa.

–¿Por qué?

–Porque te he llevado al límite. Me he excedido un poco.

–No tienes por qué disculparte. Sé que tengo mucho por hacer y necesito toda la ayuda y la orientación que me puedan dar. Rick dice que tú eres el mejor, y los demás también. Yo tengo ganas de aprender, Jake. No te has excedido tanto, y, si lo hubieras hecho, puedes estar seguro de que te lo hubiera hecho saber en el momento.

Apretando los dientes, Jake intentó contener esas ganas irrefrenables de abrazarla que no era capaz de mantener a raya.

–¿Siempre eres tan razonable? –le preguntó, arqueando una ceja.

–No –le dijo Caitlin. Una sonrisa asomaba en la comisura de sus labios–. Sean solía decirme que era muy poco razonable todo el tiempo.

–¿Sean?

–Mi ex.

–El drogadicto.

Caitlin se puso en pie de repente y comenzó a juguetear con los pequeños botones perlados del top que llevaba.

–Bueno, entre otras cosas, también era pintor y decorador, pero no tenía trabajo con regularidad, por motivos evidentes –su expresión fue de dolor momentáneamente–. Pero, como me dijiste, que fuera un adicto no significa necesariamente que tuviera que ser mala persona. Se dejó llevar por las malas compañías. Ese fue el problema principal.

Caitlin bajó la cabeza y Jake no pudo evitar dar un paso hacia ella.

–Entonces, ¿fuiste poco razonable porque trataste de alejarle de esos supuestos amigos?

–Sí… Por eso y porque no le daba dinero con la suficiente frecuencia para que pudiera comprarse sus drogas. Yo intentaba no perder la casa. Tenía un piso muy bonito que había comprado con una herencia que me había dejado mi abuela, pero al final me vi obligada a venderla por culpa de Sean. Tenía unas deudas enormes por las drogas.

–¿Y dónde está ahora?

–Cuando rompimos me dijo que se iba a Londres. Su hermano vive allí y se iba a quedar con él una temporada para ver si podía poner algo de orden en su vida. Yo espero que lo haya logrado, pero me alegro mucho de que haya salido de mi vida. Creí que iba a volverme loca estando con él. Ya no sabía ni quién era yo. A veces no puedo ni creerme que haya sido tan estúpida como para confiar en él y creer que cambiaría. Una cosa está clara… No volveré a darle mi confianza a un hombre con tanta facilidad.

Sus ojos color esmeralda emitieron un destello y Jake tragó con dificultad.

–En cualquier caso, no sé por qué estoy aquí parada, contándote todo esto.

–Yo te lo pedí. ¿Qué me dices de tu familia? ¿Te apoyaron cuando averiguaron lo que te estaba pasando?

–Mis padres y mi hermano están en los Estados Unidos. Él fue el primero que se fue y mis padres fueron detrás. Han montado un negocio allí. De todos modos…

Caitlin se encogió de hombros y le miró a los ojos un instante.

–No quería que se preocuparan por mí, así que no les dije nada. Me las arreglé yo sola. Ellos querían que me fuera con ellos, pero yo preferí quedarme. Además, siempre me decían que era importante saber mantenerse en pie por uno mismo, y no iba a salir corriendo tras ellos en cuanto tuviera un problema. Quería demostrarme a mí misma que podía darle un giro a mi vida y estar orgullosa de mí misma.

–Bueno, eso es muy loable, pero yo entiendo que las familias están ahí para ayudar cuando algún miembro tiene problemas, ¿no?

–¿La tuya lo hace? ¿Te ayuda cuando tienes problemas?

Jake no esperaba que le diera la vuelta a la pregunta y, durante una fracción de segundo, se encontró inmerso en un maremágnum de emociones que normalmente intentaba suprimir.

–No… No lo hacen. No pueden hacerlo. No sé quiénes son. Me crié en un centro de acogida para niños.

La mirada de Caitlin se ablandó de inmediato.

–Oh, Jake, lo siento.

–No tienes por qué. No tardé mucho en aprender a no depender de

la gente para obtener felicidad o bienestar. Sobreviví a la experiencia. Eso es todo lo que necesitas saber. Eso es lo único que tiene que saber la gente.

Caitlin entrelazó las manos y las retorció un poco antes de hablar.

–Has hecho algo más que sobrevivir, Jake. Has tenido una vida exitosa.

–¿Eso crees? –la pregunta era dolorosamente irónica.

–Bueno, en cuanto a mi familia, estamos… Digamos que respetamos nuestras diferencias. Ellos tienen su vida y yo tengo la mía.

–¿Quieres decir que no les has dicho que te has unido a la banda?

–Se lo diré… más adelante. Pero ahora mismo no.

Jake se encogió de hombros.

–Es cosa tuya.

–Dijiste que habías aprendido a no depender de nadie para ser feliz. ¿Pero qué pasa con las relaciones? ¿Te has llevado alguna que otra decepción?

–¿Quién no?

Una sonrisa reticente dejaba claro que lo último que quería era hablar de sus propias experiencias.

Caitlin, no obstante, respiró hondo y se decidió a hacerle la pregunta que llevaba un tiempo queriendo hacerle.

–Mi amiga Lia, la dueña de la tienda donde yo trabajaba, me dijo que una vez leyó en los periódicos que habías estado casado.

Tal y como esperaba, Jake se cerró como un libro.

–Entonces, ¿por qué me preguntas si he tenido alguna relación que no haya funcionado? Es evidente que mi matrimonio no funcionó, si tu amiga leyó algo en los periódicos.

Jake dejó escapar un suspiro de irritación, pero Caitlin también detectó algo de cansancio en su voz.

–Supongo que también te habrá dicho que mi esposa me dejó y que se fue a venderles una sórdida historia a los medios.

Caitlin se sonrojó. De repente se sentía tremendamente culpable.

–Sí… Me lo dijo.

–Entonces, debió de quedarte claro que ese matrimonio fue una mala elección. Mi ex era una mentirosa manipuladora. ¿Qué más quieres saber?

–Por favor, no te pongas a la defensiva. Yo esperaba que me contaras la otra versión de la historia. No conozco los detalles. No he leído nada. Si te soy sincera, ni siquiera te reconocí cuando te vi por primera vez, y no suelo consumir mucha prensa de sociedad. Puedes estar seguro de que no pienso decirle nada a nadie de esta conversación… ni siquiera a mi amiga.

–Entonces, ¿tengo tu palabra?

Con el corazón latiendo a toda velocidad, Caitlin asintió.

–Claro.

–Se llamaba Jodie. Era una modelo que quería convertirse en cantante de pop. Por aquel entonces, yo no sabía cuál era su mayor ambición. Bueno, en cualquier caso, nos conocimos en una fiesta y salimos unas cuantas veces. Era preciosa y supo captar mi atención muy bien. Durante un fin de semana que pasamos en Roma, fui lo bastante estúpido como para pedirle que se casara conmigo.

Jake sacudió la cabeza con incredulidad.

–En cuanto nos casamos, empezó a presionarme para que le consiguiera un contrato discográfico. No paraba de decirme que yo era lo mejor que le había pasado y que estaba locamente enamorada de mí. Debería haber sido más inteligente –Jake dejó escapar una risotada amarga–. Ella no sabía cantar, y cuando se dio cuenta de que yo no iba a ayudarla con su carrera tuvo una aventura con Mel Justice, el guitarrista de la banda de rock más famosa del planeta. Aprovechando que yo estaba de viaje por Suramérica, se fue a vivir con él y, al volver, me dijo que quería el divorcio. Entonces, cuando las cosas llegaron a los tribunales, ella alegó crueldad mental porque yo supuestamente le había prometido que la ayudaría a ser una estrella y no lo había hecho… En la historia que se inventó, yo era una especie de Svengali que se había aprovechado de su inocencia y la había llevado por mal camino. Si las cosas no hubieran sido tan dolorosas para mí y, si no hubiera arruinado mi reputación, casi hubiera resultado gracioso. Bueno, gracias a la ayuda de un abogado americano, pagado por su nuevo novio, logró el divorcio que quería y me obligaron a pagarle un dineral absurdo por daños y perjuicios. Después, se casó con su nuevo amante y se convirtió en la señora Justice.

Aliviado por haber terminado de contar la historia, Jake se acercó a ella. Dejando escapar un suspiro, le acarició la mejilla con los nudillos y, nada más hacerlo, supo que estaba perdido.

Aunque la hubiera besado, tocarla era toda una revelación. Su piel tenía la textura de la seda más pura.

–Bueno, creo que ya he dicho bastante. Gracias por contarme lo de Sean. Espero que no hayas pasado por un mal trago contándomelo.

–No. No tiene importancia –le dijo ella, alejándose un poco y poniéndose a salvo del turbador influjo de su mirada–. Estoy muy cansada –fingió un bostezo, pero entonces se vio asaltada por uno de verdad.

Jake se puso en pie de inmediato.

–Casi había olvidado lo tarde que es. Sé que no hemos hablado de esta situación que tenemos, pero eso tendrá que esperar. Al final del día, el grupo es la prioridad. Te veo mañana en el ensayo. A las tres, en el sitio de siempre.

–Allí estaré –Caitlin se puso en pie.

–Muy bien. Me marchó. No hace falta que me acompañes. Conozco el camino.

Caitlin le acompañó hasta el rellano y le observó mientras bajaba las escaleras.

–¿Jake?

Él se detuvo al llegar al piso inferior. Levantó la vista hacia ella.

–Gracias por pasarte y por… la pequeña charla que hemos tenido.

–De nada.

Como si tuviera una prisa repentina, Jake abrió la puerta bruscamente y se marchó dando un pequeño portazo.

Capítulo 5

El sonido de un claxon hizo saltar a Caitlin. Había un coche justo delante de su puerta. Mientras se preparaba a toda prisa para salir, miró el reloj que estaba sobre la repisa. Era mucho más tarde de lo que esperaba. Mascullando un juramento, se cepilló un poco el pelo y se pintó los labios con el nuevo pintalabios color ciruela que se había comprado. La mano le temblaba y, para colmo de males, acababa de darse cuenta de que el tono era demasiado dramático, pero no le quedaba más remedio que sonreír y llevarlo puesto. Ya empezaba a ponerse tensa de nuevo ante la idea de llevarse otra reprimenda por su tardanza. Hubiera sido la tercera vez esa semana y a lo mejor resultaba ser la gota que colmaba el vaso para Jake.

Corriendo por la casa, agarró su chaqueta de cuero de la silla donde la tenía colgada y se la puso. Tomó su cartera, se la metió en un bolsillo y bajó por las estrechas escaleras como si la persiguieran mil demonios. Sin aliento, se dirigió hacia el ominoso Jeep negro que la esperaba junto a la acera, con el motor encendido.

Jake se inclinó para abrirle la puerta del acompañante.

–Hola.

Su expresión no revelaba nada y la incertidumbre de Caitlin se disparó. Iban a ver a una banda esa noche e iba a tener que pasar mucho tiempo con él… y solo con él. Sin duda la experiencia iba a ser una auténtica prueba para los dos.

–Hola.

Había tres asientos en la parte de delante del vehículo, así que Caitlin se sentó en el más próximo a la ventana de manera automática. Cerró la puerta con fuerza.

–Siéntate a mi lado.

–¿Qué?

Caitlin se sintió atravesada por su mirada penetrante. Hubiera querido aducir algún motivo para negarse, pero la mente se le había quedado en blanco bajo el influjo de su mirada.

–Hoy nos sentimos un poco solos, ¿no? –le dijo, y entonces se cambió al asiento más cercano a él.

Jake esbozó una sonrisa de oreja a oreja.

–Ya no.

–Bueno, me alegra haberte hecho feliz –al inclinarse para abrocharse el cinturón de seguridad, su cabello color azabache le

acarició la mejilla–. Por una vez.

Riéndose a carcajadas, Jake puso la primera marcha y se incorporó a la vía. Caitlin debería haber tomado como una buena señal el hecho de que pareciera estar de buen humor esa noche, pero su corazón se lo impedía. El desconcierto y el deseo más repentino ya se habían apoderado de ella, cosa que siempre le ocurría cuando estaba junto a él. Además, llevaba todo el día recordando una y otra vez ese beso que se habían dado. La atracción entre ellos no hacía más que crecer y bastaría con una pequeña chispa para desencadenar una conflagración.

Caitlin no podía evitar mirarle con disimulo de vez en cuando. Siempre fiel a su estilo, iba vestido de negro y no parecía haberse puesto nada especial para esa noche, aunque tampoco necesitaba ponerse ropa llamativa para captar la atención de una mujer. Jake Sorenson despedía carisma por los cuatro costados. No obstante, como si todo eso fuera poco, tenía ese halo de misterio que acompañaba a una persona que había pasado la mayor parte de su vida rodeada de músicos, alguien que lo había visto todo, peleas entre los miembros, habitaciones de hotel destrozadas, los excesos del alcohol, las drogas, las *groupies*… y que había sobrevivido para contarlo. Jake había estado ahí.

Suspirando, Caitlin se alisó el frente de los vaqueros que se había puesto. ¿Qué pensaría la gente de ella cuando se parara en un escenario a cantar? ¿La pondrían en el saco de las cantantes prefabricadas automáticamente? ¿La creerían una inocente sin experiencia de nada? En ese caso no podían equivocarse más.

Jake debió de notar su estremecimiento porque en ese momento se volvió hacia ella.

–¿Todo bien?

–Sí. Todo bien.

–Entiendo que tu ropa no se va a convertir en harapos si no te llevo a casa antes de medianoche.

Las mejillas de Caitlin se enrojecieron de repente. Era evidente que se refería a su hábito de acostarse pronto, si le era posible. Cuando estaba con Sean había vivido largas noches de espera e inquietud. Si le hubieran dado una libra por cada oración que había pronunciado durante esos dos años infelices, a esas alturas hubiera sido una mujer rica.

Cuando no llegaba a casa a la hora habitual, solo podía esperar que la policía no le hubiera detenido, o que un traficante no le hubiera dado una paliza por no pagar, o algo peor. Cuando le mentía y le robaba dinero, rezaba para tener la fuerza suficiente para soportar todo aquello, creyendo que podía rescatarle, salvarle de ese oscuro camino. Pero llegó el día en que comenzó a atacarla, a amenazarla, y

finalmente iba a terminar golpeándola.

Había tenido que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para abandonarle, pero lo había conseguido. Había acabado con la relación, antes de que la relación acabara con ella.

–Bueno, hay tantas posibilidades de que eso ocurra como de que te conviertas en el Príncipe Azul.

Para sorpresa de Caitlin, una sonrisa apareció en los labios de Jake. No fue más que una pequeña mueca, apenas perceptible.

Frunciendo los labios, Caitlin miró al frente al tiempo que un aguacero repentino empapaba el parabrisas. Jake tuvo que activar los limpiaparabrisas porque no se veía nada.

–Y yo que pensaba que íbamos a tener una noche despejada, con una luna romántica y llena de estrellas.

–¿De verdad era eso lo que esperabas?

Encogiendo un hombro, él volvió a sonreír, esa vez con más libertad.

–¿Por qué? ¿Crees que no puedo ser romántico?

–¿Cómo quieres que lo sepa? No te conozco lo bastante bien.

–Bueno, entonces es el momento de hacer algo al respecto, ¿no crees?

Jake no se volvió hacia ella para mirarla. Las palabras provocativas se quedaron suspendidas en el aire, como un cable de alta tensión a punto de romperse.

–Bueno… –dijo Caitlin, ansiosa por cambiar el tema de conversación–. ¿A qué banda vamos a ver esta noche? No me lo has dicho.

–Se llaman Ace of Hearts. La cantante principal es Nikki Drake y me gustaría que la vieras. No es la mejor cantante del mundo, pero lo que no tiene en cuanto a registro vocal, lo compensa con su actuación. Es algo increíble. La banda es su vida y se nota.

–¿Y albergas la esperanza de que tome algunas ideas?

La lluvia cesó tan repentinamente como había empezado. Jake la miró un momento.

–Sí. Claro.

–¿La conoces bien? A Nikki, quiero decir.

Al oír la curiosidad que teñía su voz, Jake sonrió.

–Sí. La conozco bien. Pero conozco bien a mucha gente en este negocio.

No por primera vez, Caitlin reparó en el hecho de que Jake era un hombre parco en palabras. Sin embargo, lo poco que decía estaba cargado de significado.

De repente, y de la manera más absurda, se dio cuenta de que había empezado a envidiar a esa chica a la que ni siquiera había visto cantar todavía. Aunque le costara reconocerlo, sabía que hubiera dado

cualquier cosa por oírle hablar de ella alguna vez tal y como acababa de hablar acerca de Nikki Drake.

–Bueno, entonces estoy deseando verla –dijo, esbozando una sonrisa que esperaba fuera lo bastante cordial y convincente.

No había nadie en toda la sala cuyos ojos no estuvieran puestos en la cantante sexy que se paseaba por el escenario. Era una rubia pequeña y con curvas, con unos ojos azules cautivadores a rebosar de perfilador negro. Nikki Drake sostenía el micrófono con fuerza y se hacía dueña del pequeño escenario elevado a golpe de caderas, pero su voz, grave y algo ronca, tampoco dejaba indiferente.

Su cuerpo esbelto y escultural estaba perfectamente dibujado por un vestido de satén negro y ceñido acompañado por un cinturón ancho de color rojo alrededor de su cinturilla de avispa. Sus pechos, grandes y turgentes, estaban bien sujetos por un sostén tipo *pushup*.

La actuación resultó ser extraordinaria. Mientras la música vibraba a su alrededor, Caitlin experimentó una descarga de adrenalina increíble, algo que nunca había sentido en un concierto. ¿Era eso lo que Jake quería para ella? ¿Quería que fuera sexy, enérgica, que llevara ropa ceñida y provocativa?

Tenía la garganta seca y un sudor caliente le corría por la piel. Había demasiada gente en aquel local diminuto. Mientras bebía un sorbo del ron con cola que había pedido, Caitlin se sobresaltó. Jake acababa de moverse a sus espaldas. De repente le sintió demasiado cerca, pegado a su espalda. Su aliento caliente, con sabor a bourbon, le llegaba desde atrás.

–¿Qué te parece? –le preguntó.

–¿Qué? –Caitlin fue capaz de pronunciar las palabras a duras penas.

–Nikki y la banda. Claro. ¿A qué creías que me refería?

Caitlin casi pudo ver la sonrisa de Jake, aunque no le tuviera delante. Se lo estaba pasando muy bien a su costa.

–Es muy buena. Todos tienen mucho talento. Estoy disfrutando mucho de la música.

–Sin duda alguna, tú cantas mucho mejor. Lo único que tenemos que hacer ahora es encontrar la imagen adecuada para ti.

–Siempre y cuando no tengas pensado meterme en un vestido de esos, no hay problema. Ahí están mis límites, me parece.

Para hacer acopio de coraje, Caitlin levantó su copa y se bebió lo que le quedaba. La cabeza le dio algunas vueltas en cuanto el alcohol hizo efecto, pero eso no era nada comparado con la inquietud que sentía ante la creciente cercanía de Jake.

–Creo que deberíamos buscar algo con un poco más de clase. Sexy… pero con clase.

Caitlin sintió su mano cerca de la cadera y después sobre la cintura. Sus dedos se deslizaban suavemente sobre la fina seda del vestido blanco que se había puesto. Contuvo la respiración y levantó la mano con la intención de apartar la de él, pero fue en vano. Jake atrapó sus dedos rápidamente y los sujetó con fuerza. Las palabras que estaba a punto de decir no llegaron a salir de su boca. Cerró los ojos y le sintió acercarse un poco más. Un estremecimiento sutil la recorrió de pies a cabeza cuando él le apartó el cabello para darle un beso en la base del cuello.

La caricia, inesperada, desencadenó emociones que la atravesaron de pies a cabeza y casi la hicieron gemir de placer. Los pezones se le endurecieron y un deseo impaciente comenzó a gestarse en su interior.

Empeñada en recuperar la compostura, no obstante, Caitlin se puso erguida y se dio la vuelta hacia él.

–No. Por favor, no.

Mientras pronunciaba las palabras, pensó que no tenían sentido. Nada de lo que hacía tenía sentido. El susurro se perdió en el ritmo de la música pulsante y también entre las risas de la pareja que estaba situada junto a ellos.

–¿A qué te refieres? –le preguntó Jake, tirándole de la mano y atrayéndola aún más hacia él.

La miró a los ojos y todo se desvaneció a su alrededor; la vibración de la música, las ovaciones del público, el tintineo de los vasos de cristal proveniente de la barra… Todo desapareció. En ese momento solo quería hacerle el amor y olvidarse de todo lo demás, pero sabía que eso solo iba a llevarle al desastre. Además, aún no estaba listo para volver a confiar en una mujer, no después de lo que Jodie le había hecho.

Haciendo acopio de todo el autocontrol que fue capaz de encontrar dentro de sí mismo, Jake deslizó las manos hasta los hombros de Caitlin y las mantuvo ahí durante unos segundos.

–No quiero hacerte daño –le dijo.

Sorprendida, Caitlin se mordió el labio e inclinó la cabeza, asintiendo. Se volvió hacia la banda y cruzó los brazos como si quisiera protegerse.

–Oye, eso ha estado muy bien. ¿Dónde has aprendido a tocar así?

Mike Casey estaba sentado en el suelo del salón con las piernas cruzadas, descalzo y con el pelo alborotado. Tenía la guitarra apoyada sobre los muslos y observaba a Caitlin con admiración. Ella acababa de ofrecerle una versión muy personal de una conocida canción. Había hecho todos los cambios de acordes más complejos y también había introducido algunos propios. Se preguntaba si Jake o Rick la habrían

oído tocar…

Caitlin no solo tocaba «un poco», tal y como había dicho durante la prueba, sino que sabía tocar el instrumento con la soltura de alguien para quien la guitarra era una extensión de sus brazos.

Dejando el instrumento a un lado para beber un sorbo de la bebida que le había dado Mike, Caitlin contestó a su pregunta.

–Fui a clases cuando era pequeña. Le di la lata a mi madre hasta que se cansó de oírme y me dejó ir a clase de guitarra. En realidad quería que aprendiera a tocar el piano, así que yo me comprometí a aprender a tocarlo también –sonrió de oreja a oreja–. Después de un tiempo dejé de ir a clase y seguí aprendiendo yo sola.

Se encogió de hombros. No quería alardear de su habilidad. Había aprendido a tocar ambos instrumentos porque había querido. Lo cierto era que la música y los libros se habían convertido en un refugio en el que perderse cuando la vida se complicaba. Gracias a ellos había sobrevivido a momentos tan difíciles como la marcha de sus padres.

Su hermano Phil siempre había sido el hijo predilecto, el que nunca se equivocaba. Caitlin apretó los labios y reprimió esa punzada de resentimiento que tan familiar le resultaba ya. Entonces se había sentido abandonada y la música había sido su único anclaje en un mundo en el que todo había perdido el sentido. Muchas veces se había preguntado si había terminado con Sean por ese motivo. Él había entrado en su vida en un momento en el que era especialmente vulnerable y la había engatusado con su sonrisa de niño, sus bromas divertidas y su actitud rebelde.

Mike se quedó pensativo. Estaba realmente entusiasmado con Caitlin y todo lo que podía aportar al grupo.

–Lo que acabas de hacer ha estado más que bien, Caitlin. Sabes tocar muy bien.

–Gracias –la sonrisa de Caitlin fue tímida, pero agradecida.

Después del humillante incidente que había vivido con Jake la noche anterior, definitivamente necesitaba ese elogio.

¿Cómo había podido hacer el ridículo de esa manera? Su corazón empezó a latir más lentamente a medida que llegaban los recuerdos. Había sido un error dejarle ver cuánto le deseaba.

–¿Has tenido oportunidad de aprenderte las dos nuevas canciones que te di? –le preguntó Mike, recorriéndola con la mirada rápidamente.

–Cuando me fui a casa después del concierto, me puse a mirarlas –le dijo ella, reprimiendo un bostezo. Sacó un papel doblado del bolsillo de sus vaqueros desgastados–. ¿Quieres probarlas?

–Sí. Claro. Eso estaría genial –agarró su guitarra de nuevo y comenzó a afinar.

De repente sonó el timbre de la puerta. Mike se puso en pie de un

salto y fue a abrir. Durante su ausencia, Caitlin aprovechó para recostarse un poco en el butacón donde estaba sentada y estiró un poco las piernas. Sus dedos jugaban de manera inconsciente con las cuerdas y los ojos se le cerraban lentamente. Se preguntaba cómo iba a aguantar durante el resto el día sin…

De pronto sintió que alguien la observaba. Abrió los ojos y ahí estaba Jake.

Se incorporó de un salto y asió la guitarra como si fuera un escudo.

–Hola.

–Esta tarde no vamos a ensayar. Vamos a salir.

–¿Ah, sí?

Mike había regresado al salón. La mirada de Caitlin se dirigió hacia el guitarrista y después hacia Jake.

–Mike no –dijo Jake con rotundidad–. Solo tú y yo. Te voy a llevar de compras.

–Pero no quiero ir de compras.

–Bueno, esto sí que es increíble. ¿Una chica que no quiere ir de compras? ¿Pero dónde has estado durante toda mi vida? –le preguntó Mike, bromeando.

A Jake no pareció hacerle gracia la broma.

–Ve a por tu abrigo –dijo, con cara de pocos amigos.

Caitlin se puso tensa.

–Pero Mike y yo…

–Me da igual. Solo quiero que busques tu abrigo y que te des prisa, por favor. No quiero que tardemos más tiempo del necesario en esto.

Caitlin no daba crédito a lo que estaba oyendo. La noche anterior él mismo le había sugerido que practicara un poco con la guitarra y por eso había ido a ver a Mike.

–No puedes entrar aquí sin más y decirme lo que tengo que hacer.

El guitarrista de Blue Sky bajó la vista de repente como si sus zapatos se hubieran convertido en la cosa más interesante del mundo en cuestión de segundos.

–Bueno, pues eso es lo que acabo de hacer –Jake arqueó una ceja con desparpajo–. Bueno, y ahora, si quieres seguir en esta banda, te aconsejo que hagas lo que se te dice y que lo hagas rápido. Vamos en coche a Londres y a este paso no llegaremos antes de la una. No tendremos tiempo suficiente.

–Tiempo suficiente… ¿Para qué?

Claramente furiosa, Caitlin se puso en pie por fin, asiendo su preciada guitarra por el mástil como si fuera el cuello de Jake. Tenía las mejillas rojas y sus ojos verdes parecían en llamas.

Jake sabía que se estaba comportando así con ella porque estaba enfadado consigo mismo por desearla tanto. La vida podía llegar a ser muy dura. Si hubiera tenido alguna posibilidad de encontrar a una

cantante incluso la mitad de buena, se hubiera planteado seriamente la posibilidad de prescindir de ella. Rick y los miembros de la banda sin duda hubieran puesto el grito en el cielo, pero tener que enfrentarse a ellos siempre era mejor que perder el juicio por una mujer.

–¿Jake?

No contestó de inmediato, sino que la atravesó con la mirada, como si quisiera lanzarle una advertencia. ¿Por qué estaba tan furioso con ella? ¿Qué había hecho para merecer tanta hostilidad?

–Necesitas algo de ropa. Ropa de trabajo. La banda tiene el primer concierto en Londres la próxima semana y tenemos que dejar resuelto este tema. He quedado con una estilista con la que llevo años trabajando… alguien en quien confío mucho. Se llama Ronnie. Rick se ha ido al norte a resolver unas cosas, así que hoy es un buen día para ocuparnos de eso. Y ahora, ve a por tu abrigo, por favor…

Mesándose el cabello, Jake bajó la mirada un momento. Parecía que se le estaba agotando la paciencia. La mente de Caitlin corría a toda velocidad. ¿Iba a llevarla a comprar ropa?

Si era así, entonces tendría que desfilar ante él, y también ante la estilista. Tendría que cambiarse de ropa una y otra vez en probadores diminutos y acabaría sintiéndose culpable cuando las prendas no le quedaran bien.

¿Era estrictamente necesario que fuera con ella? ¿Realmente necesitaba una estilista profesional para comprar ropa adecuada? ¿Por qué no confiaba en su propio criterio para elegir el vestuario?

Bastó con mirarle a los ojos durante un instante y enseguida obtuvo la respuesta a todas sus preguntas. Su rostro era pura arrogancia.

Podía quedarse allí de pie, discutiendo con él hasta que se hicieran viejos, pero él seguiría insistiendo en acompañarla.

–Odio ir de compras –le dijo. Dio media vuelta y tomó su abrigo del respaldo del butacón–. Y si piensas que voy a meterme en uno de esos trajes horribles de gata, entonces es que andas muy desencaminado –añadió, y pasó por su lado con indiferencia.

Capítulo 6

Jake no recordaba la última vez que se lo había pasado tan bien. Y tampoco recordaba haber sufrido una tortura tan grande. La asistente, una pelirroja pequeña y delgada, le había hecho sentarse en una cómoda silla para que disfrutara del desfile mientras Ronnie, la estilista, seleccionaba las prendas de una percha móvil y se las entregaba a Caitlin para que se las probara.

Ella entraba y salía de los probadores una y otra vez, con vestidos diferentes y con cara de pocos amigos. Lo gracioso era, sin embargo, que incluso aunque le mirara como si quisiera estrangularle, era más sexy y hermosa que todas las mujeres a las que había conocido en su vida.

–No me habías dicho que este iba a ser uno de los encargos más divertidos que me has hecho jamás. Es una gozada vestir a esta chica, Jake.

La estilista, elegante y con un corte de pelo a lo *garçon*, se sentó junto a Jake, satisfecha.

–He vestido a las mejores artistas del mundo, pero si el talento vocal de esta chica es tan bueno como su aspecto…

–Sí. Lo es. Ya seas productor o mánager de una banda, las cantantes como Caitlin no aparecen más que una vez en la vida… si tienes suerte.

–Hay una cosa que está bien clara, amigo mío –le dijo Ronnie, dándole un golpecito en la rodilla–, la industria de la música se va a echar a temblar porque esta muchacha que has encontrado te va a devolver al sitio que mereces… a golpe de bombo y platillo.

Caitlin abrió la cortina del probador en ese preciso instante. Llevaba unos vaqueros de polipiel con una blusa blanca de gasa más que reveladora.

–Espero que estéis satisfechos. En mi opinión, estoy ridícula con este traje –Caitlin se echó el pelo hacia atrás, malhumorada. Tenía las mejillas en llamas.

Ronnie hizo ademán de ir hacia ella, pero Jake se puso en pie rápidamente.

–Créeme –le dijo, bajando la voz–. No estás ridícula.

–Bueno, no me voy a subir a un escenario con esta ropa. No me he puesto a cantar para que la gente me coma con los ojos. Si te gusta tanto, ¿por qué no te lo pones tú?

Fue hacia Jake como si quisiera borrarle esa sonrisa de la cara a golpe de bofetada.

Él cubrió la distancia que le separaba de ella y respiró profundamente.

–Cálmate. Te estás sofocando por nada. Ronnie y yo queremos probar diferentes estilos, pero eso no quiere decir que te tengas que poner algo que no te guste. Al final es tu decisión.

Caitlin se tranquilizó un poco al oír sus palabras.

–No me gusta llevar esta clase de ropa que enseña tanto. Es que no me siento cómoda exhibiendo tanto mi cuerpo –admitió.

Jake no dejaba de mirarla ni un segundo.

–¿Por qué? –le preguntó, sacudiendo la cabeza–. Dime qué tienes en la cabeza que te hace sentir tanta vergüenza de enseñar algo tan hermoso. Porque eso es lo que es, Caitlin, ni más ni menos.

Jake miró a Ronnie un instante. La estilista esperaba pacientemente a que se decidieran antes de dar su opinión.

–No es fácil de explicar –dijo Caitlin.

Jake se volvió hacia ella y le dedicó toda su atención.

–Eres preciosa, Caitlin. Si te doy un saco de patatas para que te lo pongas, seguirás siendo preciosa. ¿Por qué no disfrutas de tu juventud sin más? ¿Por qué no te permites disfrutar de la libertad de vestir de una manera un poquito provocativa?

–Bueno, es normal que un hombre diga algo así, ¿no? –Caitlin se sujetó un mechón de pelo detrás de la oreja. Estaba furiosa–. Las mujeres no dejan a los hombres solo porque se hacen mayores. Parece que somos muy modernos hoy en día, pero en el fondo las cosas siguen siendo como siempre. Los hombres mayores se vuelven «interesantes» y «experimentados», pero cuando se trata de una mujer las etiquetas son todo lo contrario.

Una media sonrisa asomó en la comisura de los labios de Jake.

Caitlin hizo una pausa. A lo mejor estaba exagerando un poco, pero lo que decía era innegable.

–No nos metas a todos dentro del mismo saco, Caitlin –extendiendo la mano, liberó el mechón de pelo que ella se había sujetado detrás de la oreja–. De verdad espero no ser tan superficial como pareces creer que soy. La atracción física es algo real, pero también hace falta algo más profundo para que ambas partes sigan interesadas en una relación. Si yo encontrara a una mujer con la que quisiera pasar el resto de mi vida, jamás la abandonaría, pasara lo que pasara.

Sus ojos azules la taladraban con tanta intensidad que Caitlin sintió cómo resonaban las palabras en su interior.

–Este es el último conjunto que me dio Ronnie. Creo que voy a cambiarme ya. De repente tengo mucho frío.

Dio media vuelta y se frotó los brazos, pero él la agarró y la hizo

volverse una vez más.

–Ese primer conjunto que te probaste… el top morado de terciopelo y la falda larga negra con el cinturón… Era muy bonito. ¿Empezamos con ese?

Caitlin vio cómo se contraía un músculo en su mandíbula. Ese también había sido uno de los conjuntos que más le había gustado.

–Muy bien.

–Y, por cierto, no nos vamos a casa ahora. Vamos a ir a casa de Ronnie y después te voy a llevar a un sitio. Cenaremos allí y disfrutaremos de la música.

¿Iba a llevarla a un sitio de conciertos?

–¿Por qué no me lo dijiste antes? ¿Qué clase de sitio es?

La expresión de Jake permaneció tan hermética como de costumbre. Había, sin embargo, un brillo especial en su mirada. Caitlin se preguntó qué se traía entre manos.

–Quería que fuera una sorpresa, una sorpresa que te iba a gustar mucho.

–No estoy vestida como para salir por la noche… y mucho menos de fiesta. ¿No podemos dejarlo para otro día?

Jake apretó la mandíbula y sacudió la cabeza.

–Lo siento, pero no te vas a librar de esta. Confía en mí. Esta noche va a ser justo lo que necesitas. Y en cuanto a lo de no tener la ropa adecuada, ¿por qué no escoges uno de los conjuntos que te has estado probando? Puedes prepararte en casa de Ronnie.

–¡Pero estos trajes son carísimos, Jake! No puedo permitirme…

–Invito yo. Puedes escoger lo que quieras, cualquier cosa. Tómatelo como un regalo.

Caitlin se quedó sorprendida ante tanta generosidad inesperada.

–Bueno… quiero decir que eres muy amable, pero… ¿A qué clase de sitio me vas a llevar?

Él esbozó una de sus sonrisas más arrebatadoras.

–Es un sitio muy elegante, con mucha clase. Eso es todo lo que tienes que saber.

–Déjame ayudarte a escoger el conjunto. Jake me ha dicho adónde vais, y sé cuál es el traje perfecto. También necesitarás zapatos y accesorios para completar el look.

Solícita y entusiasmada, Ronnie se detuvo a su lado de repente y Caitlin supo que era inútil seguir con las objeciones. Tenía sus reservas respecto a esa noche, pero todo intento de escapada sería una pérdida de tiempo.

Jake estaba sentado frente a Caitlin en el suntuoso local de un exclusivo club de jazz, frecuentado no solo por aficionados al género,

sino también por celebridades del mundo de la música y del cine. Ronnie la había ayudado a escoger el conjunto idóneo para la velada. Las posibilidades de un vestidito negro eran ilimitadas y Jake se había quedado sin aliento al verla dentro de ese sencillo traje que la estilista había seleccionado para ella. El escote era más que atrevido y el satén negro se ceñía a su piel como un guante. Las gloriosas curvas que tanto se esforzaba en esconder estaban expuestas al mundo esa noche.

El gerente del local, un francés con mucho estilo que se hacía llamar Dion, le había recibido con gran efusividad. Hacía mucho tiempo que no pasaba por allí. De hecho, la última vez que recordaba haber pisado el pequeño club de jazz había sido antes de que su ex hiciera esas declaraciones tan nefastas. Dion, sin embargo, le había reconocido sin vacilar, a pesar todo el tiempo que llevaba retirado de la vida pública.

–Me alegro mucho de verle de nuevo por aquí, señor Sorenson. Ha pasado mucho tiempo –se volvió hacia Caitlin–. Por este local pasan muchas mujeres hermosas, pero usted *ma chère*… ¡Me deja sin aliento!

Aunque el género musical predominante en el local era el jazz, esa noche estaba dedicada al *burlesque*, y por eso precisamente la había llevado allí esa noche.

–Vaya. Este sitio es increíble –comentó Caitlin.

–Y tú acabas de llevarlo a un nivel superior –le dijo él, sonriendo.

Caitlin bebió un sorbo del margarita que había pedido.

–Me siento tan culpable bebiéndome esto mientras tú te bebes ese refresco de lima.

–No tienes por qué. Hoy no tengo ganas de beber alcohol, sobre todo porque tengo que cuidar de algo muy preciado.

Jake suponía que era inevitable que se sonrojara, pero aun así experimentó un gran placer al ver cómo se le coloreaban las mejillas.

–He oído hablar del *burlesque*, pero no sé mucho sobre ello. ¿Es un tipo de espectáculo de variedades?

–Puede ser eso. Pero el *burlesque* es en realidad un tipo de arte… que celebra la belleza de las formas femeninas.

–Oh. ¿Entonces lleva un striptease y cosas así?

–Es mucho más que eso. A veces lo único que hace una chica es quitarse los guantes. Pero lo que lo convierte en un arte es cómo lo hacen. Además, los trajes que llevan y la forma en que se mueven es parte del espectáculo. Solo quiero que te acomodes bien y que disfrutes de ello… y que te sientas orgullosa de ser una mujer.

–¿Por eso me has traído aquí? ¿Para enseñarme que las mujeres pueden sentirse seguras de sí mismas mientras exhiben sus cuerpos en público? ¿Para que no sienta tanta vergüenza cuando actúe con el grupo?

–Sí. Ya te vas a hacer dueña del escenario con esa voz increíble que

tienes, pero no quiero que te sientas insegura de tu imagen. Quiero que disfrutes de cada segundo cuando te subas a un escenario.

Para sorpresa de Jake, Caitlin se bebió lo que le quedaba del margarita de un trago y después se relamió los labios.

–En ese caso, creo que voy a necesitar otra copa. No me vendrá mal sacar un poco de coraje de la botella esta vez. ¿Te importa?

–¿Lo dices en serio? –Jake se inclinó hacia ella y le tocó la mejilla con la yema del pulgar–. ¿Tienes idea de lo peligrosamente sexy que resultas con ese vestido? Si me pidieras la luna, haría lo que fuera para conseguirla.

–Oh, yo no esperaría tantas molestias.

Contento de ver que Caitlin comenzaba a disfrutar de la velada, Jake le hizo señas a una camarera para que les tomara nota. En ese momento dejó de sonar el sugerente saxo que salía de los altavoces y la intensidad de las luces disminuyó. Todas las miradas se volvieron hacia el escenario.

El espectáculo fue extraordinario. Caitlin quedó maravillada con el exuberante despliegue de baile y movimiento de todas esas mujeres tan voluptuosas, con sus trajes rutilantes y maquillaje exagerado.

–Oye, dormilona, hemos llegado a casa –Jake trató de despertar a Caitlin, pues se había quedado dormida durante el viaje de regreso a casa.

Agarrándola del brazo, la sacudió suavemente. Ella no tardó en abrir esos ojos hermosos y grandes que tenía.

–¿Me he dormido? Supongo que sí porque el viaje se me ha pasado volando.

Sacudiendo la cabeza, se desabrochó el cinturón de seguridad y se incorporó.

–Bueno, hemos llegado a casa y tienes que irte directamente a la cama. Dame las llaves. Te abriré la puerta.

El frío aire nocturno le golpeó en cuanto salió del coche. Eso era justo lo que necesitaba, no obstante, para bajar un poco la temperatura de su cuerpo. Metió la llave en la cerradura rápidamente, abrió la puerta principal y esperó a que ella entrara. Nada más hacerlo, se volvió hacia él. Se había puesto la chaqueta sobre los hombros y en ese momento se la cerró un poco más. Jake, sin embargo, tuvo tiempo de volver a verle el escote de refilón. Era hora de marcharse.

–Gracias por una velada estupenda –le dijo ella de repente, acercándose un poco–. Y también por el detalle de comprarme la ropa y todo lo demás. Me has hecho sentir como una princesa y nadie había hecho eso por mí jamás.

–No ha sido difícil, Caitlin. A mis ojos, eres una princesa.

Jake no fue capaz de resistirse más y la estrechó entre sus brazos. La besó con una pasión que ya no podía contener y el deseo irrefrenable que le consumía estalló en llamas como un hilo de pólvora. Caitlin apartó los labios y entonces pudo ver algo cercano a un anhelo en su rostro.

Con el corazón retumbando, Jake la soltó.

–Creo que es hora de decir buenas noches, ¿no crees? Ha sido un día muy largo para los dos y estamos a un par de días del primer concierto de la banda. Tenemos que descansar y estar en forma para lo que se avecina.

–Sé que tienes razón, pero…

Antes de que terminara la frase, Jake había salido y se dirigía al coche.

Los días posteriores a esa velada mágica fueron días de duros ensayos y, aunque lo hubiera pasado muy bien, Caitlin no fue capaz de olvidar cómo se había distanciado de ella nada más dejarla en casa. Le había dado un beso furtivo en el último momento, no obstante; un beso apasionado e impaciente. Sin embargo, al día siguiente había empezado a comportarse como si nada de aquello hubiera ocurrido. Era fácil ver que su atención volvía a estar centrada en la banda y en lo que tenían por delante, pero Caitlin no podía evitar sentir que de alguna manera la estaba abandonando.

Dos noches más tarde, Jake les sorprendió a todos dándoles un día libre. Habían tenido dos días más de duros ensayos y la oportunidad de relajarse un poco fue más que bienvenida. A pesar de ello, sin embargo, Caitlin ya había empezado a preocuparse por los conciertos, que cada vez estaban más cerca. La confianza en sí misma que había encontrado tras el espectáculo de *burlesque* se desvanecía por momentos.

Tomarse el día libre tampoco la ayudó mucho. Solo le sirvió para preocuparse aún más, y por eso terminó yendo a Pilgrim’s Inn esa noche. Albergaba la esperanza de ver a Jake y poder contarle todo aquello que le preocupaba. Solo había unos pocos habituales en el área de la barra y Caitlin sintió un gran alivio. Le había hecho falta reunir mucho coraje para ir a hablar con Jake.

Tina Stevens estaba limpiando la barra, mascando chicle sin parar. Sus uñas largas y rojas golpeaban la superficie de madera barnizada. Al ver a Caitlin la miró de arriba abajo con esos ojos marrones extravagantemente perfilados en negro.

–Disculpa…

–¿Qué te pongo, cielo? ¿Vienes sola o esperas a alguien?

Había una nota de desaprobación en su voz, como si creyera que las mujeres que entraban solas a un bar solo podían acarrear problemas.

Durante un momento de desconcierto, Caitlin se preguntó si Tina estaría trabajando allí aquella noche, cuando Sean se había puesto tan desagradable.

–No espero a nadie –se apartó el flequillo de la cara. Lo tenía empapado de lluvia–. Quería hablar con Jake Sorenson. Se hospeda aquí, ¿no?

Tina dejó de limpiar automáticamente y la miró a los ojos. La canción que sonaba se terminó y comenzó otra que Caitlin recordaba de la infancia. Era la canción favorita de su madre.

La música siempre había sido la gran pasión de Terry Ryan y solía poner esa canción una y otra vez cuando Caitlin era pequeña. Tomaba a su pequeña hija en brazos y bailaba por la habitación, acurrucándola contra su mejilla mientras cantaba suavemente. Phil, su hermano mayor, se burlaba de ellas mientras tanto. Nunca le habían gustado mucho las «cosas de chicas».

–¡El típico chico! –decía su madre, y se reía, perdonándole de inmediato como si tuviera derecho de nacimiento a ello.

–Tú debes de ser Cait, la cantante.

Tina dejó de mascar el chicle de repente y cruzó los brazos.

–Caitlin –la corrección de su nombre le salió de manera automática.

Rick también había empezado a usar la forma abreviada y al parecer sentía debilidad por la explosiva rubia.

–Sí. Eso. Todo listo para mañana, ¿no?

–Eso espero. ¿Puedo ver a Jake? –Caitlin intentó esbozar una sonrisa amigable.

–Habitación tres. Gira a la izquierda al final de las escaleras.

–Gracias.

–Un placer charlar contigo.

Caitlin pensó que, de ser así, se le daba muy bien aparentar lo contrario.

Se dirigió hacia la escalera cubierta por una gruesa moqueta con un desgastado estampado floral y fijó la mirada en el rellano superior. Había un imponente aparador de roble a un lado y una ostentosa lámpara victoriana. Las paredes estaban llenas fotos de vistas del pueblo en tono serpia. Al llegar al último escalón miró a su alrededor, cada vez más inquieta. Había una puerta a cada lado. Sin pensárselo mucho, no obstante, llamó a aquella que tenía el número tres y entonces oyó voces masculinas provenientes del otro lado. Eran Rick y Jake. Debían de estar hablando del concierto del día siguiente.

No sabía si quedarse o marcharse, pero finalmente no tuvo que tomar ninguna decisión porque la puerta se abrió de improviso. Rick apareció en el umbral.

–Hola, preciosa –le dijo, ofreciéndole una de esas sonrisas pícaras–. ¿Quieres unirte a la fiesta?

La miró de arriba abajo.

–No. Quiero decir… He venido a ver a Jake. ¿Puedo?

Miró por encima del hombro de Rick y le localizó. Estaba sentado en un butacón con una sonrisa de autosuficiencia en los labios. Parecía que esperaba su visita.

–Si he venido en un mal momento…

–Quédate ahí.

Pronunció las palabras con tanta autoridad que Caitlin se quedó inmóvil de inmediato. Suspirando, Rick se apartó y Jake dio dos pasos hacia ella.

Tenía la mandíbula cubierta por una fina barba.

–Pensé que igual venías a verme esta noche.

–¿Ah, sí? –Caitlin se dio cuenta de que su voz ya no sonaba enérgica.

–Sí –se volvió hacia Rick–. Danos unos minutos, ¿quieres? Bueno, pensándolo bien, creo que vamos a necesitar algo más de tiempo. Ve y tómate algo con Tina.

Algo indeciso, Rick se encogió de hombros.

–Me gustaría complacerte, Jake, pero ni siquiera sé si la señorita «fuego y hielo» va a querer servirme otra copa. Hemos tenido un pequeño malentendido.

–Tú te lo buscaste, Rick. Arréglalo.

–Por supuesto. Tú eres el jefe.

Claramente insatisfecho, Rick se calló y obedeció la orden. Al pasar junto a Caitlin, no obstante, le regaló otra de esas sonrisas y entonces cerró la puerta tras de sí.

Caitlin se estremeció al darse cuenta de que estaba a solas con Jake. Una inquietud sin nombre se apoderaba de ella por momentos.

–¿Quieres algo de beber? –Jake avanzó hacia otro aparador victoriano y sacó una botella de bourbon y dos vasos.

–No. Yo no. Gracias.

Jake se sirvió un trago en un vaso de chupito y caminó lentamente hacia ella sin quitarle la vista de encima. Sus ojos azules brillaban como dos estrellas.

Se bebió el líquido de un trago y entonces habló.

–Bueno… ¿te importaría decirme por qué has venido esta noche a verme, Caitlin? Es evidente que no has venido para charlar un rato, ¿no? ¿Qué es lo que te preocupa? Desde mi experiencia puedo decirte que solo hay una razón para que una mujer se presente en la habitación de un hombre a estas horas de la noche –añadió, y entonces la miró de arriba abajo como si la desnudara con la mirada.

–Bueno, no es esa la razón por la que he venido a verte, Jake… por

mucho que a tu ego le cueste encajarlo. He venido por razones puramente prácticas.

–¿Ah, sí? –dejó el vaso sobre una mesa cercana y se volvió hacia ella con una sonrisa perezosa en los labios–. Me rompes el corazón, Caitlin Ryan… pero creo que eso ya lo sabes, ¿no?

–¿Qué quieres decir? –Caitlin sintió que las piernas comenzaban a temblarle.

–Lo que me haces con esas miradas tuyas es… criminal.

Jake tiró de ella y la rodeó con sus brazos.

Capítulo 7

Criminal… Caitlin podría haber usado el mismo adjetivo para describir el beso de Jake. La forma en la que reclamó sus labios fue poco menos que salvaje y casi la hizo perder el equilibrio.

Dejando escapar un gemido gutural que brotaba desde lo más profundo de su alma, Jake le sujetó la cabeza y lamió los rincones más escondidos de su boca. Caitlin sentía su lengua cada vez más adentro, emulando así los detalles más íntimos del acto sexual entre un hombre y una mujer. Caitlin contenía el aliento y probaba su sabor. Sus sentidos estaban intoxicados por el aroma del bourbon y el calor. Se aferró a la seda de su camisa como si le fuera la vida en ello, como si estuviera a punto de caerse por un precipicio.

No había dudado ni una fracción de segundo en cuanto él había capturado sus labios. Todo su cuerpo se rebelaba contra la razón y buscaba ese contacto que tanto había anhelado. Por primera vez en mucho tiempo era capaz de recordar que estaba viva, que respiraba y que era capaz de amar y de sentir. Hacía demasiado tiempo que nadie la abrazaba y la hacía sentirse deseada. Hacía demasiado tiempo que la habían amado como una mujer desea ser amada por un hombre.

Casi sin pensar, empezó a empujarle con las caderas y entonces se oyó gemir a sí misma. Su cuerpo jadeaba y vibraba de deseo. Sedienta de placer, le dejó mordisquearla y lamerle los labios, encontrándose de vez en cuando con su lengua en un baile desesperado.

Jake comenzó a empujarla y Caitlin pudo sentir la solidez de su miembro erecto contra el abdomen. Estaba muy excitado, listo para ella.

De repente se apartó con brusquedad. Caitlin le miró a los ojos, sorprendida.

–No quiero que nuestra primera vez tenga lugar contra una puerta. Tienes que decirme qué es lo que quieres –al terminar de hablar, pasó el pestillo de la puerta–. ¿Quieres quedarte conmigo esta noche? Podemos irnos a la cama ahora y terminar lo que hemos empezado. Puedo tenerte despierta toda la noche y darte un placer que jamás has imaginado. ¿Es eso lo que quieres?

Con unos dedos hábiles, Jake le desabrochó los tres primeros botones del abrigo y apartó las solapas para tocarle el pecho a través del fino material de la camiseta. Sus pezones, duros y rígidos, le rozaban las yemas de los dedos.

Caitlin se preguntó por qué se detenía y le preguntaba qué quería. ¿Acaso no podía seguir adelante y tomar lo que le ofrecía?

Sus dedos largos le rodeaban el pezón del otro pecho en ese momento, apretando y pellizcando, impidiéndole pensar con claridad… pero Caitlin sabía que era una locura. Todo era una locura. Y una escena de seducción apasionada en una habitación de hotel difícilmente podía conducir a una relación personal estable y profunda. ¿Acaso era sexo todo lo que quería de ella? Si era así, entonces su actitud era poco menos que un insulto. Podía obtener sexo de cualquier mujer que quisiera.

Al darse cuenta de lo cerca que había estado de tirar por la borda algo tan preciado como el respeto por uno mismo, Caitlin le hizo apartar las manos y se alisó la camiseta.

–¿Qué sucede?

–No me voy a acostar contigo, Jake.

–No era eso lo que tenía en mente precisamente.

–Muy bien. Entonces te lo digo de otra manera –impaciente, Caitlin se apartó un mechón de pelo de la cara y le miró fijamente–. No voy a tener sexo contigo. No voy a poner en peligro mi relación con el grupo, ni tampoco dejaré que me uses porque sea un «consumible conveniente». Y, aunque puedas pensar lo contrario, no he venido aquí esta noche porque tuviera algo personal en mente. Lo único que quería era que me dieras un poco de seguridad de cara a la actuación de mañana, porque estaba un poco nerviosa. Eso es todo.

Jake masculló un juramento. Sus ojos azules, repentinamente turbios, la atravesaron.

–¿Es eso lo que crees? ¿Piensas que me aprovecharía de ti y que te utilizaría porque quiero sexo? Si es eso lo que piensas, Caitlin, entonces te he infravalorado mucho. Conoces todas esas historias tan malas sobre mí. Te las has creído como si fueran un hecho y me has condenado a pesar de que te conté lo que realmente pasó entre mi ex y yo. ¿No recuerdas que fue mi reputación la que se vio arrastrada por el lodo cuando escribió todas esas mentiras en aquel artículo? No fue su reputación la que se vio dañada, sino la mía.

Caitlin no sabía qué decir. ¿Era culpable de haberle juzgado injustamente? ¿Acaso no le había dado ni una oportunidad de demostrar su integridad?

Suspirando con inquietud, Jake se mesó el cabello.

–Bueno, en cualquier caso, quizás sea mejor que te vayas, no vaya a ser que tu respetabilidad se vea comprometida si te codeas tanto con alguien de una reputación tan dudosa como la mía. Será mejor que te vayas a casa y que descanses un poco. Ya sabes lo que nos espera mañana y quiero que te encuentres lo mejor posible.

Caitlin sintió que el corazón se le paraba un instante.

–Lo siento. Yo…

–No te castigues. Lo vas a hacer muy bien, Caitlin. Eso es lo que necesitabas saber, ¿no? Lo único que tienes que hacer es concentrarte en las canciones, en la música. Blue Sky es un gran grupo y te ayudarán todo lo que puedan. No va a ser tan duro como te imaginas. Confía en mí. Tienes una gran voz y eres una chica preciosa. Lo tienes todo para triunfar en este negocio. No puedes fallar.

A pesar de todos sus halagos, Caitlin no se quedó tranquila.

–Iba a decir que siento… –Caitlin se sonrojó.

–¿Qué es lo que sientes? ¿Haberme besado?

–Creo que debería irme.

–Aunque me duela estar de acuerdo contigo, seguramente tienes razón, pero desearía que no la tuvieras.

Caitlin se volvió y trató de abrir el pestillo de la puerta. Cuando lo consiguió, salió de la habitación como si la persiguieran mil demonios.

Jake se quedó allí de pie, solo una vez más, en silencio. La botella de bourbon que acababa de abrir era toda una tentación, pero era mejor no engañarse pensando que eso iba a ayudarle. Ya había sufrido bastante en la vida como para saber que esa no era la solución.

La de su ex no había sido la única traición que había tenido que soportar en la vida. Su madre se había quedado embarazada a la edad de dieciséis años y le había dado en adopción. El centro de acogida no había podido encontrarle unos padres adoptivos porque tenía un soplo en el corazón. Había pasado los primeros ocho años de su vida entrando y saliendo del hospital y a esas alturas ya se había acostumbrado a ser un niño solitario. Con el tiempo el soplo se había corregido por sí solo y había acabado resignándose a vivir en el centro hasta la edad de dieciséis años.

Pero a él nunca le había parecido algo negativo porque la necesidad le había enseñado a depender de sí mismo únicamente. Los únicos amigos que había tenido habían sido los libros y así había desarrollado una curiosidad insaciable. Siempre le había ido bien en los exámenes. Había conseguido una plaza en la universidad para estudiar antropología y había sido precisamente por esa época que la música había empezado a interesarle mucho.

Atravesó la habitación y abrió la ventana. Definitivamente necesitaba algo de aire. Una intensa ráfaga de viento le golpeó en la cara, sorprendiéndole. El calor que manaba de su cuerpo, no obstante, no disminuyó ni un grado.

Aunque Caitlin se hubiera marchado, todavía ardía por dentro después de ese abrazo que se habían dado. Era como si cada terminación nerviosa de su cuerpo vibrara con la electricidad y la tensión. Darse una ducha fría era la mejor solución, pero tal y como se encontraba en ese momento hubiera sido como poner una tirita sobre

una quemadura de tercer grado.

La primera sorpresa que se llevó Caitlin al llegar a Londres fue descubrir que iba a tener que alojarse en la casa de Jake durante las dos noches que iban a pasar en la capital. Al parecer todos los demás miembros de la banda tenían casas en la ciudad, y Rick también. Pero Jake no había tardado en vetarle cuando se había ofrecido a alojarla en su casa.

En ese momento ya era demasiado tarde como para organizar una alternativa, así que Caitlin no había tenido más remedio que guardarse las dudas y aceptar. Lo más importante era la actuación y definitivamente tenía que causar una buena impresión.

Cuando llegaron al emplazamiento del concierto, no obstante, situado al oeste de la ciudad, tuvo que cambiarse en el aseo porque, después del ensayo, la prueba de sonido y la reunión con el gerente del lugar, ya no había tiempo para volver al apartamento de Jake y arreglarse allí.

Frunciendo el ceño, hizo todo lo posible por maquillarse delante de los viejos espejos del servicio. El corazón se le salía del pecho y la mano le temblaba.

Unos minutos más tarde fue a reunirse con el resto de la banda en el *backstage.* Se sentía como una niña pequeña que juega a ponerse los vestidos de su madre. Rick caminaba de un lado a otro, charlando animadamente. Delante de la plataforma del escenario se agolpaba la multitud y el aire estaba cargado de tensión, como cuando un relámpago anuncia la tormenta.

Corría el rumor de que muchos de los antiguos seguidores de Blue Sky habían ido al concierto para apoyarles en su regreso con una nueva vocalista. Como era lógico, Caitlin temía no pasar la prueba de fuego.

Rick le había dicho que su estilo era muy distinto al de Marcie, pero que eso era algo positivo. Su potencia vocal encajaba a la perfección con el estilo de la banda.

«Es la combinación perfecta, divina», le había dicho con una sonrisa.

¿Dónde estaba Jake? Había estado con ellos hasta una media hora antes. Había comentado algo respecto a unos preparativos de última hora y había desaparecido.

–¿Todo el mundo está bien?

De repente estaba allí, y su sonrisa iluminaba el pequeño espacio del lateral del escenario como un faro en mitad del mar. Sus ojos la buscaron de inmediato.

–Estás impresionante.

Incluso mientras hablaba, Jake pensó que se había quedado corto con las palabras. Estaba radiante como una estrella. El top morado que habían escogido dibujaba su silueta perfecta y la larga falda negra acariciaba su abdomen plano y las curvas de sus caderas como si se la hubieran hecho a medida.

–Confía en mí. No tienes nada de qué preocuparte. Solo tienes que salir ahí fuera y cantar como cantas en los ensayos. Si te pones nerviosa, mírame a mí. Yo estaré ahí delante en cuanto salgáis.

–Muy bien. Eso haré… Eso puedo hacerlo –Caitlin logró esbozar una sonrisa a duras penas.

Rick deslizó las manos a lo largo de sus brazos y le dio un beso en la mejilla.

–Para que tengas suerte, preciosa… aunque no vas a necesitarla.

Caitlin apenas abrió los ojos durante los primeros compases de la primera canción. Era mucho más fácil olvidarse de la multitud para poder cantar. La ruidosa bienvenida de los fans la había tomado por sorpresa al salir al escenario. No esperaba tanta efusividad.

Nadie la conocía todavía y tenía muchas cosas que demostrar…

Sin embargo, no tardó en dejarse llevar por la música y por las ganas de cantar. Comenzó a llevar el ritmo dándose palmadas en el muslo y poco a poco empezó a disfrutar del momento. Estaba segura de que actuar para un público era una descarga de adrenalina increíble, y no se equivocaba. Nada de todo lo que había experimentado en su vida hasta ese momento le había parecido tan perfecto, tan placentero.

En ese momento abrió los ojos. Y fue entonces cuando vio a Jake.

Él estaba allí, dando palmas junto al resto de la gente, observando en silencio. Sus rasgos hermosos no pasaban desapercibidos para nadie y algunas chicas le lanzaban miradas furtivas. Soltando el aliento lentamente, Caitlin le dedicó una sonrisa rápida y entonces se volvió una vez más hacia el mar de rostros que tenía delante.

Mucha gente les hacía fotos con las cámaras de los teléfonos móviles. Casi podía sentir la sensación de sorpresa en el aire, el placer… Steve Bridges marcó otro redoble para darle ánimos y Mike Casey se acercó un poco.

–Les vas a tener comiendo de tu mano, Cait –le dijo al oído.

Y así fue. Para cuando terminaron la última canción, se había metido a toda la gente en el bolsillo. La gente aplaudía, gritaba, saltaba…

Ya de vuelta en el *backstage*, se vio asediada por un río de admiradores, miembros del equipo y fans que deseaban darle la enhorabuena, y se abrió camino entre ellos hasta llegar a una pequeña sala donde les esperaba una botella de champán… cortesía de Jake. Caitlin apenas pudo saborear la exquisita bebida. Todo parecía tan

surrealista. Lo que sí notó, no obstante, fue el roce del brazo de Jake alrededor de su cintura.

Aunque el gesto pudiera suscitar especulación, nadie se atrevió a hacer la más mínima insinuación. Rick, por su parte, les observó con el ceño fruncido durante un instante y entonces gritó que necesitaba otra cerveza, sin dirigirse a nadie en particular.

La sala se vació rápidamente y el equipo de montaje cargó la furgoneta. Tank y Dave habían trabajado muchas veces con Jake y sabían qué tenían que hacer en cada momento.

Rick apartó a Caitlin un momento justo cuando iba a subir al coche de Jake. Este le había dado sus llaves y le había dicho que no tardaría mucho en regresar. Aún estaba dentro, ultimando detalles para la actuación del día siguiente, la última en Londres. Le había dicho que la segunda noche habría mucha más gente porque la prensa ya se habría hecho eco del éxito de la banda gracias a los comentarios de la gente en las redes sociales y acudirían al evento en masa.

Mientras Caitlin esperaba a que Rick hablara, comenzó a llover.

–¿Pasa algo? –le preguntó, ansiosa.

–No lo sé. Dímelo tú.

–Ahora sí que estás siendo un poco críptico –Caitlin intentó esbozar una sonrisa, pero enseguida se dio cuenta de que Rick no estaba de buen humor precisamente.

–¿Pasa algo entre Jake y tú?

Caitlin sintió que el corazón se le caía a los pies.

–Y no me digas que no sabes de qué estoy hablando.

–No hay nada entre Jake y yo. Cuida de mí y me ha ayudado a encajar en la banda. Eso es todo.

–No podemos permitirnos otro tropiezo después de lo de Marcie. Si terminas marchándote del grupo porque te has involucrado demasiado con Jake, eso tendrá consecuencias para el grupo. No creo que se merezcan algo así después de lo mucho que han trabajado, ¿no crees?

–No. Por supuesto que no –Caitlin levantó la barbilla–. No te preocupes, Rick. Para mí el grupo es lo primero. Además, no tengo ganas de meterme en una relación con nadie.

«Mentirosa. Nadie quiere estar solo para siempre», dijo una vocecilla en su interior.

–Entonces veo que nos entendemos bien –dijo Rick, secándose las gotas de lluvia que le caían sobre la mejilla.

–¿Qué es lo que hay que entender exactamente? –preguntó una voz masculina.

Capítulo 8

Jake se había acercado a ellos por detrás. La tensión se podía cortar con un cuchillo.

Al ver que ninguno de los dos contestaba a su pregunta inmediatamente, les dedicó una mirada fulminante.

–¿Qué es lo que hay que entender? –repitió–. Nos quedaremos aquí bajo la lluvia toda la noche si es preciso hasta que me deis una respuesta.

Rick reprimió un suspiro.

–Muy bien, Jake. Si realmente quieres saberlo, entonces te lo diré. Le estaba advirtiendo a Caitlin acerca de involucrarse en algo más personal contigo. Marcie nos dejó en la estacada hace unas pocas semanas y hemos tenido una suerte increíble al encontrar a Caitlin. Lo último que necesitamos es que las expectativas de la banda se vayan al traste porque ella se pueda sentir herida en un momento dado y decida abandonar el grupo.

–Yo no voy a dejar la banda. ¡Ya te lo dije!

Exasperada y avergonzada, Caitlin hubiera querido darle una buena sacudida a Rick. ¿Realmente la creía tan ingenua como para poner en peligro una oportunidad tan buena teniendo una aventura romántica con el mánager?

Jake también parecía bastante molesto.

–Si hay algo personal entre Caitlin y yo, entonces eso es lo que es y es ahí donde se queda, en lo personal, entre nosotros dos. Los dos estamos de acuerdo en que la prioridad es el bien de la banda. Yo llevo mucho tiempo en este negocio y sé qué es lo más importante. Bueno, en cualquier caso, la noche ha sido muy larga y Caitlin necesita descansar para dar lo mejor mañana.

–Dadas las circunstancias, a lo mejor debería quedarse en mi casa, ¿no? –Rick apretó la mandíbula.

–Yo ya te he comunicado mi decisión y, por lo que a mí respecta, este asunto no necesita ningún tipo de debate –con cara de pocos amigos, Jake tomó las llaves del coche que Caitlin le ofrecía y se dirigió hacia el coche.

–¿Por qué has tenido que decirle eso? –le dijo Caitlin a Rick.

–Porque alguien tiene que cuidar de ti, cielo. Jake es mi mejor amigo, y también mi jefe, pero lo cierto es que no tiene muy buen historial en lo que a las mujeres se refiere. Aparte del asunto de su ex,

cosa que probablemente le ha marcado para el resto de su vida, no es de los que tienen relaciones duraderas. Sé que me entiendes perfectamente. Y tú no eres como las otras chicas con las que ha estado. Eres sensible, para empezar. Si te implicas demasiado y te deja, no serás capaz de pasar página sin más y seguir adelante.

–¿Y qué me dices de ti, Rick? ¿Tienes un historial mejor? Bueno, y a pesar de lo que puedas opinar tú, soy completamente capaz de cuidar de mí misma. Esto es como un sueño hecho realidad para mí. Cantar con este grupo es muy importante para mí y no tengo pensado estropearlo todo de una manera tan absurda.

Jake arrancó el coche y Caitlin le miró.

–Tengo que irme –dijo, volviéndose hacia Rick.

Sin decir ni una palabra más, caminó hasta el coche y subió. Unos segundos después, el vehículo se incorporó a la vía tras un chirrido de neumáticos.

Jake fue a ver a Caitlin por última vez. Cerró la puerta con cuidado y se fue a dormir. Le había cedido su habitación, así que esa noche iba a quedarse en la habitación de invitados. Se dejó caer en un butacón, se echó hacia atrás y fijó la vista en el techo.

Soltando el aliento, miró a su alrededor. El apartamento, lujoso y caro, estaba a un tiro de piedra de King's Road, pero la decoración minimalista y la sensación general de vacío dejaban claro que casi nunca pasaba por allí. Sus pensamientos divagaron hasta volver a Caitlin. Si era sincero con ella y le decía que no buscaba nada estable… ¿Accedería a acostarse con él hasta que las llamas del deseo se extinguieran por sí solas?

–Eres todo un trofeo, Jake Sorenson. Lo sabes, ¿no?

Odiándose a sí mismo, se puso en pie y comenzó a deambular por la estancia. Lo que podía ofrecerle no era gran cosa. Ella no le había dicho más que unas pocas palabras al llegar al apartamento. Se había limitado a mirarle con esos ojos grandes y llenos de alma y había comentado que la casa era muy bonita. Después había recorrido el salón y se había detenido delante de todas las imágenes que decoraban las paredes, maravillada.

La mayoría eran fotografías de los artistas con los que Jake había trabajado, y también había una o dos modelos que habían participado en la grabación de los videoclips. Recordaba haber pensado en ese momento que ninguna de ellas le hacía la más mínima sombra a alguien como ella. Debería haberle dicho lo hermosa que estaba esa noche, lo bien que había cantado, lo orgullosos que estaban todos de ella…

Masculló un juramento y se dirigió hacia el cuarto de baño. Había

caído bajo el hechizo de Caitlin Ryan y solo una ducha podía hacerle sentir algo mejor en ese momento.

Una música inesperada le despertó. Durante unos segundos, Jake se quedó inmóvil, mirando al techo. Estaba tumbado en la cama de la habitación de invitados, que apenas se usaba.

Parpadeó varias veces y entonces se dio cuenta de que era la radio de la cocina. Caitlin. Debía de haberse despertado ya.

Al bajar la vista se encontró con ese bulto tan habitual debajo de las sábanas. Soltó el aliento lentamente. Levantarse de la cama directamente no era una opción porque estaba demasiado excitado. Era mejor esperar unos minutos y concentrarse en algo mundano y aburrido.

Pero no era fácil. Caitlin acababa de empezar a cantar la canción que sonaba en la radio y su tono de voz, sexy y susurrante, le hacía sentir un hormigueo por todo el cuerpo. Era como si estuviera tumbada a su lado, cantándole al oído.

Unos segundos más tarde llamó a su puerta.

–Jake, ¿estás despierto ya? He preparado té.

Jake dejó escapar otro suspiro.

–Esa palabra no se dice en mi casa por las mañanas. Yo soy un hombre de café –dijo en un tono gruñón, golpeando la almohada y recolocándosela debajo de la cabeza.

–No hay problema. Puedo prepararte un café. ¿Cómo te gusta?

–Solo y fuerte, con un poquito de azúcar… igual que a mis mujeres.

–Ya veo que has recuperado el sentido del humor.

–Al parecer, sí.

Jake apenas podía creerse que estuviera manteniendo esa conversación a través de una puerta cerrada.

–Por cierto, gracias por dejarme tu cama. Espero que no hayas estado incómodo. ¿Has dormido bien?

Jake se frotó la mandíbula. Había pasado toda la noche dando vueltas, pero, a juzgar por su tono de voz entusiasta, ella sí había dormido como un lirón.

–No. No he dormido bien –le dijo.

No hubo respuesta.

Durante unos segundos, Jake pensó que había regresado a la cocina, pero entonces, para su sorpresa, la puerta se abrió y Caitlin entró en la habitación. Llevaba unos vaqueros gastados y una camiseta blanca y ancha. Tenía las mejillas sonrosadas y una sonrisa en los labios.

–¿Pasa algo? –le preguntó él.

–¿Dijiste que no habías dormido?

Parecía estar preocupada, o a lo mejor se sentía culpable, pero en

cualquier caso, era una oportunidad demasiado buena como para malgastarla, y Jake no era de los que dejaban escapar una buena oportunidad.

–Sí… A lo mejor me quedo aquí un rato más.

Caitlin no era capaz de apartar la mirada del pecho de Jake. Era todo fibra, músculo. Su vientre parecía duro como una piedra y tenía la piel bronceada.

–¿Por qué no vienes y te sientas a mi lado? –le preguntó de repente, dándole una palmadita en la cama.

–Yo he dormido bien. No necesito descansar más.

–¿Quién ha hablado de descansar?

Caitlin tragó con dificultad.

–Nadie, pero… No parece que haya mucho sitio –dijo, nerviosa.

De repente sintió un deseo tan grande que era inútil fingir indiferencia.

–Tú debajo de mí, yo encima… ¿Cuánto espacio necesitamos para eso? –le preguntó él. Sus ojos estaban ebrios de deseo–. Podemos hacer que funcione.

Caitlin miró hacia las ventanas. La tenue luz de la mañana se filtraba a través de las rendijas de la persiana. De pronto se vio asediada por las dudas.

–Yo nunca… –dijo, con el corazón desbocado–. Nunca he buscado sexo esporádico. Solo quería que lo supieras. ¿Tienes protección?

Él la miró fijamente.

–Tengo todo lo que necesito aquí mismo.

Jake suspiró. Podía ver sus pezones endurecidos a través del fino tejido de la camiseta blanca que se había puesto.

Con manos temblorosas, Caitlin se bajó la cremallera de los vaqueros y se los quitó. Después avanzó hacia el borde de la cama. No llevaba nada más que la camiseta y unas braguitas blancas de algodón.

–¿Por qué no te quitas la camiseta?

Caitlin se detuvo durante unos instantes y entonces obedeció.

Aunque no se diera cuenta de ello, sus movimientos fueron sensuales y provocativos cuando se quitó la camiseta por la cabeza. Sus pechos redondos y perfectos, con sus pezones oscuros y duros, apuntaban hacia él. Todas las curvas de su cuerpo exquisito estaban expuestas en toda su gloria; su cintura pequeña, la voluptuosa silueta de sus caderas, sus muslos bien contorneados…

Cuando tiró al suelo la camiseta por fin, su melena negra le cayó sobre los pechos, ocultándolos parcialmente.

–¿Me quito esto también? –le preguntó, señalando las braguitas.

–No –Jake la agarró de los brazos y la hizo tumbarse en la cama–. Ese placer en particular va a ser mío.

Con el pelo alborotado alrededor de la cara, Caitlin tomó el aliento

y lo contuvo al sentir sus manos sobre las caderas. Un segundo después, le había quitado las braguitas.

–Jake, yo…

Su boca caliente la hizo callar. Su lengua la invadía y su duro miembro masculino le apretaba el vientre.

Caitlin se dejó embriagar por el aroma de su cuerpo masculino. Sentía una de sus manos sobre el pecho. Jake frotaba y masajeaba uno de sus pezones, pellizcándola de vez en cuando y apretando hasta hacerla gemir y menear las caderas. De repente, Caitlin sintió su boca alrededor de un pezón.

–Tengo que ocuparme de una cosa… –le dijo de repente, levantando la cabeza.

Estiró una mano hasta alcanzar una silla cercana y sacó un paquete de uno de los bolsillos de su pantalón. Sin perder tiempo, lo abrió y se puso la protección. Un momento después, la hizo separar los muslos e introdujo un dedo en su sexo húmedo. Ella contuvo el aliento. Estaba más que lista, así que se colocó sobre ella y la penetró. Caitlin sintió que todo pensamiento racional la abandonaba. Un placer extático desconocido la invadía. Jake buscó la piel suave que unía su cuello con el hombro y la mordió, haciéndola gritar.

Después comenzó a besarla con fiereza, metiéndole la lengua en la boca al tiempo que llenaba su sexo, dejándose envolver por su calor. Ella se movía sin cesar, gimiendo y abrasándole la piel con su aliento caliente. De repente, levantó las caderas para permitirle entrar más adentro y entonces comenzó a temblar. Gritó una segunda vez y Jake se dio cuenta de que tenía lágrimas en los ojos. Su expresión era de absoluto asombro, como una mujer que jamás hubiera experimentado todo el impacto orgásmico de un clímax sexual.

Con solo pensar en ello, Jake perdió el control. En cuestión de segundos comenzó a empujar con más fuerza, susurrándole cosas al oído. El deseo fue en escalada y poco después se dejó arrastrar por una espiral de placer tan violenta y perfecta que era imposible describirla con palabras.

Unos instantes más tarde, se tumbó a su lado y deslizó las yemas de los dedos sobre la exquisita línea de su barbilla.

–¿Caitlin?

–¿Qué?

Jake le estaba acariciando la oreja, sujetándole un mechón de pelo detrás. Mientras contemplaba esos ojos verdes casi incandescentes, se dio cuenta de que nunca había experimentado una emoción tan profunda e intensa. De alguna manera, se sentía extrañamente privilegiado.

–Creo que eres la mujer más hermosa que he conocido jamás.

Caitlin hubiera querido perderse en esas palabras y olvidar todo lo

demás, pero era imposible.

«No me quiere. Lo único que hemos hecho ha sido disfrutar del sexo», pensó.

–Eso es un halago muy grande, viniendo de un hombre como tú –le dijo en un tono falsamente ligero.

Jake frunció el ceño.

–¿Qué quieres decir?

–Quiero decir que seguro que has conocido a muchas mujeres hermosas. No me voy a engañar pensando que soy especial.

–Oye, ¿por qué dices eso? ¿No te das cuenta de todo el placer que acabas de darme? Me hipnotizas y me intoxicas, Caitlin. Lo que acabamos de compartir ha sido maravilloso.

Caitlin no pudo evitar sonreír.

–Gracias. Me alegra que pienses eso. Yo también lo creo. Pero ahora creo que debemos volver a la Tierra, ¿no crees?

Agarró la mano que Jake tenía apoyada sobre su abdomen y le hizo retirarla. Rodó sobre sí misma y se inclinó para recoger su ropa del suelo.

–¿Adónde crees que vas?

Sin contestar inmediatamente, Caitlin se puso las braguitas y entonces se puso en pie. Se volvió a poner la camiseta y los pantalones. Sentía su mirada intensa sobre la piel.

–¿Vas a decirme qué pasa? ¿Por qué tanta prisa si tenemos tiempo? Podemos quedarnos aquí todo el día si queremos. No hay prisa.

Echándose el pelo hacia atrás, Caitlin se volvió hacia él.

–De repente he vuelto a la realidad. Eso es todo. Espero que ahora que nos hemos quitado este gusanillo podamos volver a la normalidad y concentrarnos en el trabajo. Creo que los dos deberíamos asegurarnos de que lo que ha pasado entre nosotros no va a volver a pasar, Jake. A partir de ahora nuestra relación debería ser estrictamente profesional. Bueno, ahora que he dejado claras las prioridades, creo que voy a darme una ducha rápida y entonces prepararé el café –echó a andar hacia la puerta.

–¡Olvida el maldito café! –Jake echó a un lado las mantas y se levantó–. Vuelve aquí.

–¿Para qué? –aunque no quisiera llorar, Caitlin ya sentía las lágrimas en los ojos–. ¿Para que siga haciendo tonterías?

Jake no dijo nada, sino que se limitó a negar con la cabeza una y otra vez como si no entendiera nada. Caitlin dio media vuelta y se dirigió hacia el cuarto de baño sin decir ni una palabra más.

Capítulo 9

Siento no haberte dicho lo que sentía».

Ensayando el discurso en silencio, Caitlin deseó haber dicho las palabras en alto esa mañana. Jake se había marchado abruptamente del apartamento. Se había levantado de la cama mientras ella dormía y al salir del cuarto de baño le había dicho que iba a salir un rato sin más.

Después de haber tomado algo para desayunar, Caitlin se quedó en el salón, mirando una revista musical. Un fragmento resaltado en rojo llamó su atención. Era algo sobre Jake.

¿Qué se trae entre manos el productor Jake Sorenson últimamente? Dicen los rumores que ha vuelto a sus orígenes y que está al frente de una formación llamada Blue Sky. Tras la marcha de la vocalista, Marcie Wallace, un pajarillo nos dijo que la búsqueda había comenzado para encontrar a una radiante diva que la sustituyera.

Solo sabemos que tendrá que ser alguien excepcional para poder cumplir los exigentes requisitos de Jake. No debemos olvidar que estamos hablando del hombre que llevó a lo más alto a bandas como Soft Rain y The Butterfly Net, y que después se retiró de la vida pública durante cinco años tras unas vengativas declaraciones de su ex, Jodie Parks.

Sabiendo que el señor Sorenson es experto en cazar talentos, os aconsejamos que no le perdáis la pista…

–¿Radiante diva? ¿Hablan en serio?

Mordiéndose la cara interna del labio, Caitlin dejó a un lado la revista. Se recostó en el butacón de color crema y se abrazó a un cojín. Sus pensamientos no hacían más que volver a Jake una y otra vez. ¿Dónde estaba? ¿Por qué se había marchado de esa manera tan brusca?

Ya no podía seguir engañándose a sí misma. Se había enamorado de Jake Sorenson. Llevaba mucho tiempo fuera del mercado sentimental, pero jamás hubiera esperado que el destino le pusiera a un hombre como Jake en el camino.

Comenzó a sentir un nudo en el estómago que cada vez se hacía más grande. De repente se puso en pie y fue a buscar algo para entretenerse. Finalmente, agarró un bote de limpiacristales y un trapo y se dedicó a limpiar las ventanas.

–¿Pero qué haces?

Caitlin estuvo a punto de caerse de la silla en la que se había subido. Se había entregado tanto a la tarea de limpieza que no le había oído meter la llave en la cerradura.

Se volvió hacia él.

–¿A ti qué te parece?

–¡Será mejor que te bajes de ahí antes de que te rompas el cuello!

Sin darle tiempo a reaccionar, fue hacia ella y la agarró de la cintura, levantándola de la silla.

–Deja de tratarme como a una niña, ¿quieres? Soy perfectamente capaz de limpiar unas pocas ventanas sin que tengas que vigilarme.

–A lo mejor es verdad, pero… ¿Quién te ha pedido que limpies las ventanas? Yo he contratado a alguien para que lo haga. A ti te he contratado para cantar en un grupo, no para hacerme las tareas domésticas.

–No puedo evitarlo –le dijo ella, encogiéndose de hombros–. Me pongo a limpiar cuando me pongo nerviosa. No soporto estar inactiva… sin tener algo que hacer.

–Ya veo.

–Por cierto, me he dado cuenta de que no tienes muchas fotos personales por aquí –le dijo sin pensar en lo que decía. Estaba tan nerviosa que las palabras salían de su boca sin control.

La expresión de Jake fue de absoluta incredulidad.

–Si te refieres a fotos familiares, entonces sabes muy bien que no tengo muchas.

Caitlin deseó que la tierra se abriera y se la tragara en ese preciso momento.

–Lo… lo siento mucho. Es que estoy muy nerviosa. Pero también me refiero a amigos. ¿No tenías amigos?

Él tardó en contestar y la angustia de Caitlin no hizo más que aumentar.

–¿Te refieres a amigos en el centro de acogida? En realidad, no.

Su tono de voz era gélido e impersonal. Caitlin sabía que debía cambiar de tema, pero no era capaz de hacerlo.

–¿Te importa que te pregunte cómo es que creciste en un centro de acogida, Jake?

–Mi madre me dejó allí al nacer. Se quedó embarazada con dieciséis años y decidió darme en adopción, pero nadie me adoptó. No les fue fácil encontrarme un hogar porque había nacido con ese soplo. La gente del centro me dijo que los padres potenciales tenían miedo de adoptar a un niño con problemas de salud –se encogió de hombros y esbozó una sonrisa sarcástica–. Pero a mí tampoco me importó mucho. Ellos se lo perdieron. A medida que me hice mayor me di cuenta de que era una ventaja que la gente me ignorara. Aprendí a disfrutar de

mi propia compañía y a seguir mis propios intereses sin tener que lidiar con las interferencias de la gente.

Caitlin se quedó mirándole, perpleja. Era difícil asimilar todo lo que acababa de oír.

–¿Y qué pasó con tu problema de salud? ¿Aún sigues viendo a un médico o a un especialista?

–No. Se me quitó cuando me hice mayor. Desapareció por sí solo. Ya no he vuelto a tener más problemas. Bueno, ¿vas a decirme por qué estas tan nerviosa, o tengo que adivinarlo?

Repentinamente impaciente, le quitó el trapo de las manos y lo tiró sobre el alféizar de la ventana.

Mientras Caitlin trataba de poner orden a sus pensamientos, Jake respiró profundamente.

–No quiero que te preocupes por lo que ha pasado entre nosotros.

–No me preocupo. Quiero decir que… solo estaba…

Él levantó una mano para hacerla callar. Sus ojos azules resplandecían.

–Escúchame, por favor. No quiero que te preocupes porque yo no me arrepiento de nada. Y aunque pienses lo contrario, no voy a fingir que no ha pasado.

Caitlin sintió una ola de calor que la recorría por dentro. La ansiedad que la había hecho ponerse a limpiar ventanas de forma frenética remitía poco a poco, dando paso a una sensación de felicidad tan intensa que no pudo contener la sonrisa que le tiraba de los labios.

Él no se arrepentía de ello… y eso tenía que significar algo.

–Sin embargo –Jake siguió adelante–, aunque no vaya a fingir que no ha pasado, estoy de acuerdo en que no podemos dejar que se repita. Tenías razón cuando dijiste que debemos concentrarnos en el grupo.

La efímera felicidad de Caitlin se vio reemplazada rápidamente por una gran decepción. Era tan fuerte que se sentía como si acabaran de darle un puñetazo y se hubiera quedado sin aire.

–¿Crees que eso es lo mejor?

–No es porque no quiera que volvamos a estar juntos de nuevo tal y como estuvimos esta mañana…

Agarrándola de la muñeca, Jake entrelazó los dedos con los suyos. Sus ojos azules y neblinosos la hechizaban y en ellos se reflejaba el deseo que sentía por ella, otra vez. Sin embargo, también era evidente que estaba furioso consigo mismo. No quería desearla tanto y estaba enojado porque no era capaz de resistirse.

–Te metiste en todo esto porque querías hacer realidad un sueño –prosiguió Jake –. Muy pronto esta banda va a tener muchísimo éxito… pero todos tenemos que tener clara cuál es la meta principal. Tenemos que mantener una relación profesional para no poner en peligro esa

meta. Sería una pena tirarlo todo por la borda ahora, ¿no?

Caitlin no podía negar que estaba en lo cierto. Asintiendo con la cabeza, bajó la vista. Para su sorpresa, Jake le soltó la mano. Deslizó los dedos a lo largo de su mandíbula y la agarró de la barbilla.

–He ido a ver a Rick y me voy a quedar en su casa esta noche. Tú puedes quedarte aquí. Estás en tu casa. Te recogeré a las seis. Haremos una prueba de sonido y repasaremos todas las canciones. Mañana, cuando nos vayamos a Brighton, tendrás una habitación en un hotel distinto del nuestro, un hotel mucho mejor, porque te mereces algún lujo que otro. Resumiendo, creo que el arreglo es para mejor.

Caitlin tragó con dificultad.

–¿Por qué? ¿No confías en mí, Jake? Yo preferiría estar en el mismo hotel que los demás. ¿Crees que voy a empezar a molestarte porque hicimos el amor?

Con un nudo en la garganta, Caitlin se zafó de él y caminó hasta el otro extremo de la habitación. Cruzó los brazos y contempló durante unos segundos una enorme impresión fotográfica de una preciosa pelirroja. Al recordar que no había más fotos personales porque Jake no tenía familia, se sintió aún más triste. Le rompía el corazón pensar que había crecido sin alguien que le quisiera a su lado.

–¿Pero qué dices? Es de mí mismo de quien no me fío. Es como te he dicho antes. Tengo un trabajo que hacer y no viene mal poner un poco de distancia ahora mismo… al menos cuando no estemos trabajando juntos.

Todo lo que decía tenía sentido, pero Caitlin no pudo evitar sentir una gran decepción. La esperanza era algo fútil. No tenía derecho a esperar nada de Jake Sorenson.

–Parece que te has ocupado de todo. Bien. Me alegro de ello. Rick tenía razón cuando dijo que sería una mala idea dejar que las cosas adquirieran un matiz personal entre nosotros.

–Deja a Rick fuera de esta conversación –frunciendo el ceño y con cara de pocos amigos, Jake fue hacia ella–. Lo que pase entre tú y yo no le incumbe a nadie excepto a ti y a mí. ¿Lo entiendes?

Su mirada de hielo no dejaba alternativa. Caitlin bajó la vista y asintió.

Esa noche, tras haber oído los rumores que circulaban sobre el concierto de Blue Sky, los medios musicales acudieron en masa. En el escenario Caitlin lo dio todo, pero no tuvo más remedio que lidiar con los flashes de las cámaras que la deslumbraban una y otra vez, y en el *backstage* iba a ser aún mucho peor.

Una multitud había logrado meterse en una habitación poco más grande que un ropero. La atmósfera estaba caldeada. Resultaba claustrofóbica y el olor a alcohol se mezclaba con el calor acumulado de tantos cuerpos apretados los unos contra los otros. Caitlin solo

quería regresar al apartamento de Jake y escapar.

Un pánico repentino se apoderó de ella, tomándola por sorpresa. Los reporteros le lanzaban sus preguntas como si fueran granadas, pero lograba sortearlas con discreción y reserva. Sin embargo, de no haber sido por Jake, que se enfrentaba a ellos con profesionalidad fría y distante, hubiera salido huyendo de todo aquello.

A media mañana del día siguiente, acabó sentada en el vestíbulo del antiguo hotel del paseo marítimo de Brighton, incapaz de contener un bostezo. Rick y Jake estaban conversando con el empleado de la recepción. El resto de miembros de la banda habían salido al patio. Caitlin reprimió otro bostezo mientras les observaba.

–¿Te estamos entreteniendo, Cait?

Sorprendiéndola, Rick le dio un apretón en el hombro y se sentó a su lado. El olor almizclado de su colonia la rodeó de inmediato.

–Anoche no dormí bien –Caitlin se encogió de hombros y trató de sonreír.

–La emoción te impidió dormir, ¿eh?

Rick sonreía de oreja a oreja y la miraba con ojos curiosos.

–Algo así. Sí.

Su mirada terminó recayendo en Jake. Estaba inclinado sobre el mostrador de recepción, mirándoles sin un interés aparente.

Caitlin se preguntó si también habría tenido problemas para conciliar el sueño la noche anterior.

Al sentir que buscaba su mirada, un chorro de calor la atravesó por dentro.

–Tenemos unas cuantas cosas que hacer hoy, pero a lo mejor luego puedes descansar un poco antes del concierto de esta noche.

Sonrojada, Caitlin se volvió hacia Rick.

–Eso suena bien. ¿Qué cosas tenemos que hacer?

–¿No lo sabes?

–No.

–¿No te dijo Jake lo de las fotos?

–¿Qué fotos?

–Tenemos cita en un estudio dentro de dos horas.

Jake estaba delante de ellos de repente.

–Necesitamos algunas fotos promocionales para el grupo.

Caitlin prefirió no decir nada. Se preguntaba si dos horas serían suficientes para transformar su rostro somnoliento en una cara mínimamente espabilada. Además, la idea de hacerse fotos no le hacía mucha gracia.

–Bueno, ponte algo sexy –Rick sonrió de nuevo–. ¡Las divas del *top ten* se van a echar a temblar!

Caitlin le dedicó una mirada a medio camino entre la estupefacción y el enfado.

–Ya veo que la campaña por los derechos de las mujeres es algo de lo que nunca has oído hablar, ¿no, Rick? ¿Para qué molestarse en reivindicar el intelecto si al final lo que cuenta es el denominador común de siempre?

–Porque la vida ya es bastante complicada –dijo Rick en ese tono incorregible que tan bien le caracterizaba–. Y no hay que complicarla más con tanta inteligencia. Yo soy un tipo simple. Sé apreciar la belleza. No puedo evitarlo.

–Ya lo has dejado bien claro, Rick. ¿Por qué no lo dejas ahí y ya está?

–¿Puedo irme al hotel ahora? –preguntó Caitlin–. Si estas fotos son tan importantes, me gustaría darme una ducha y ponerme presentable antes de irnos.

Se puso en pie rápidamente y se cerró un poco más las solapas de la chaqueta. Toda la testosterona que flotaba a su alrededor la estaba poniendo nerviosa.

–Claro. Yo te llevo. Volvamos al coche –Jake le dio a Rick un montón de tarjetas llave–. Id y arreglaos un poco. Yo me iré con Caitlin y os veo dentro de media hora.

Rick se levantó. Tenía el ceño fruncido.

–Vaya. Ojalá estuviera dentro de mis competencias la tarea de cuidar de nuestra «mejor baza». No parece que sea un trabajo, ¿verdad?

Aunque fuera difícil de percibir, los hombros de Jake se tensaron ligeramente. Era mejor fingir que no se daba cuenta de la tensión que crecía a su alrededor, así que Caitlin echó a andar sin más. Jake, sin embargo, la agarró por el codo de repente y la condujo hacia la salida.

Ella se soltó rápidamente.

–Soy perfectamente capaz de…

–Ahora no, Caitlin, por favor.

Sin mirarla ni siquiera una vez, fue capaz de hacerle ver que se le estaba acabando la paciencia, así que Caitlin se tragó la indignación y trató de seguirle el paso.

Jake abrió un botellín de cerveza del minibar y bebió un buen trago. Se tumbó en la cama. Los ruidos de la ciudad se colaban a través de las cortinas verde oscuro. Las había cerrado por completo para no ver la noche. Las imágenes de la televisión cambiaban con rapidez.

Había bajado al volumen del todo, pero algo captó su atención momentáneamente. Era la imagen de dos amantes que se despedían en una estación de tren. Una sonrisa le tiró de las comisuras de los labios y un sentimiento cálido ascendió por su pecho.

Le resultaba imposible no pensar en Caitlin en ese momento. Su nombre tenía el poder de suscitar emociones con las que no sabía qué hacer. Verla posar con el resto de la banda esa tarde para la sesión fotográfica había sido como un viaje al infierno y al cielo al mismo tiempo. Con aquellos vaqueros negros entallados y la camiseta blanca ceñida, su silueta voluptuosa y sus pechos gloriosos, se había convertido en el centro de todas las miradas masculinas. El fotógrafo incluso la había hecho quitarse los zapatos y los calcetines de manera que apareciera descalza en las tomas.

–¿Alguien necesita hielo para enfriarse un poco? –había preguntado Rick durante la sesión.

Pero a Jake no le había hecho mucha gracia el comentario. La sangre le hervía con solo pensar que Rick también fantaseaba con la chica que acababa de convertirse en su amante… la chica a la que no quería desear tanto.

Respirando profundamente, bebió otro trago de cerveza y volvió a mirar la televisión. De repente tenía ganas de agarrar el aparato y tirarlo por el balcón, pero tampoco quería darle ese gusto a la prensa. Con una sonrisa agria, se terminó lo que le quedaba de la cerveza, se puso en pie y tiró el botellín en una papelera cercana. Se puso la chaqueta y se marchó sin siquiera molestarse en apagar la televisión.

El estridente sonido de un timbre cercano retumbó junto al oído de Caitlin. Escondió el rostro contra la almohada, pero fue inútil. El ruido persistía.

Se incorporó como pudo y entonces se dio cuenta de que era el teléfono de la mesita de noche. Se apartó el cabello de la cara y trató de leer los dígitos que aparecían en la pantalla verde del reloj de alarma.

¿Las dos de la mañana?

–¿Hola?

–Caitlin. ¿Estabas dormida?

Jake. Al oír esa voz de bajo, grave y profunda, el corazón de Caitlin se aceleró sin remedio.

–¿Qué pasa? ¿Ocurre algo?

–No. No ocurre nada. Estoy abajo, en el vestíbulo. ¿Puedes bajar?

–Son las dos y media de la mañana.

–Lo sé.

–¿Por qué? ¿Por qué quieres que baje a esta hora? –mientras le hacía la pregunta se levantó de la cama y buscó los vaqueros y el suéter rojo que había dejado sobre una silla.

–Porque quiero verte.

Su tono de voz dejaba ver impaciencia, y sus palabras más bien

sonaban como una orden.

–Puedes verme por la mañana, tras el desayuno. No soy persona hasta que me he tomado una taza de té.

–¡Maldita sea, Caitlin! Ponte algo de ropa y baja, ¿quieres?

Jake le colgó sin más.

Caitlin se quedó perpleja durante un par de segundos y entonces se puso en marcha. Corrió hacia el cuarto de baño y se echó algo de agua en la cara. Se cepilló los dientes sin perder tiempo y se peinó un poco con los dedos.

Cruzando los brazos sobre el suéter de lana que se había puesto, salió del ascensor. Él la esperaba junto a las puertas. Le había salido una fina barba a lo largo de la noche y tenía el pelo alborotado.

–Jake… –su voz no era más que un murmullo.

–Ven a dar un paseo –le dijo él, agarrándola de la mano y llevándola hacia las puertas giratorias de la salida.

A medio camino, Caitlin se detuvo y le miró a los ojos.

–¿Quieres ir a dar un paseo? ¿Estás loco? Son las dos y media de la mañana.

Un músculo se tensó en su mandíbula, así que Caitlin prefirió no insistir más. Nada más salir al exterior, el viento la cortó como un filo helado. Jake se quitó su chaqueta y se la puso alrededor de los hombros.

–¿Qué pasa, Jake?

–Vamos. Demos un paseo. Hace demasiado frío como para quedarnos parados.

Se dirigieron hacia los muelles. Jake la agarró de la mano como si fuera lo más lógico y natural. La noche era cerrada, pero había luz suficiente. Había muchos letreros de neón en las calles y los faros de los coches que pasaban de vez en cuando daban algo de luz adicional.

Jake permaneció en silencio durante toda la caminata. Al llegar a la orilla del mar, se detuvo, y atrajo a Caitlin hacia sí. Mantenía la vista al frente.

–Has estado increíble esta noche.

Se volvió hacia ella.

–Gracias… Yo lo he pasado muy bien. El grupo estuvo genial. Sobre todo me gustó…

Jake la hizo callar con un beso caliente y fiero que la hizo tambalearse contra él.

–Me volveré loco si no te hago el amor pronto –le confesó.

–No podemos. ¿Recuerdas que…?

Jake masculló un juramento y se mesó el cabello con impaciencia.

–Ya sé lo que acordamos. Sé lo que debemos hacer. Pero la verdad es que, cuando posaste con los demás para las fotos, terminé odiándoles a todos porque te miraban, porque seguramente estaban

imaginando cómo sería hacerte el amor. Nadie tiene derecho a mirarte así, nadie excepto yo.

Nerviosa, Caitlin se humedeció los labios.

–¿Pero qué significa todo esto, Jake? ¿Qué es lo que me estás diciendo?

–Te estoy diciendo que quiero que seamos amantes. No estoy diciendo que espere que sea para siempre, pero quiero que estemos juntos.

–Lo que me estás diciendo es que, si estamos juntos, ¿no esperas que sea algo permanente?

–Sí…

La expresión de sus ojos se oscureció de repente.

–¿Eso te asusta?

–Es que los compromisos a largo plazo no suelen funcionar. Mira los ejemplos que he tenido yo.

–¿Quieres decir que no vas a cambiar de opinión? Todos hemos sufrido, Jake… yo también. Después de lo de Sean, se me hizo muy difícil volver a confiar en un hombre. Si yo soy capaz de planteármelo, ¿por qué no puedes tú?

Jake suspiró.

–Me gustaría decirte que puedo, pero, sinceramente, no albergo mucha esperanza al respecto. Me conozco demasiado bien –sacudió la cabeza–. Mira, ¿por qué tiene que ser todo tan serio? ¿No podemos divertirnos un poco juntos sin más?

–Entiendo que estás hablando de sexo, ¿no? ¿Es así como ves las relaciones, Jake, como una oportunidad de disfrutar del placer del sexo sin ningún tipo de compromiso?

–¡No! Lo estás entendiendo todo mal. Mira, Caitlin, yo te respetaré y cuidaré de ti durante todo el tiempo que dure nuestra relación. Disfrutaremos de todo el tiempo que pasemos juntos. Eso es todo lo que quería decir. Solo sé que quiero que la gente lo tenga todo claro respecto a nosotros. Es mejor eso que jugar a un juego de intriga y misterio con la gente y fingir que no pasa nada entre nosotros. En definitiva somos adultos, ¿no?

Parecía muy seguro de que la relación entre ellos no podía durar. Su pasado le había hecho rechazar cualquier posibilidad de compromiso, pero… ¿Acaso no quería cambiar eso? Por mucho que le quisiera, no podía conformarse si él no albergaba la esperanza de que las cosas pudieran cambiar.

–Lo siento, Jake –se quitó la chaqueta de los hombros y se la dio–. Si todo lo que me ofreces es una aventura, algo de diversión hasta que te canses de mí y te vayas con otra, entonces voy a tener que decirte que no. Una vez me preguntaste si estaba segura de mi compromiso con este grupo y yo te dije que sí sin dudarlo. Ahora mismo lo único

que me interesa es el grupo. Bueno, si me disculpas, tengo que irme a la cama. Si no consigo descansar al menos seis horas, no estaré en condiciones de hacer nada mañana. Buenas noches, Jake.

Justo antes de darse la vuelta, experimentó una satisfacción agridulce al ver una expresión de dolor e incredulidad en sus ojos, pero, a medida que se alejaba de él, el dolor que sentía al saber que nunca más volverían a ser amantes se hizo intenso y lacerante. Era como si le hubieran hecho un agujero de lado a lado en el corazón.

Capítulo 10

Esa noche Jake se colocó al final de la multitud. Ese zumbido eléctrico que ya le resultaba tan familiar le recorrió por dentro. Cada vez que el grupo salía al escenario, le pasaba lo mismo.

Blue Sky llevaba una semana de gira y el local en el que actuaban esa noche era un pub muy conocido situado en la costa de Kent. El concierto empezaba a las ocho y media. A sugerencia suya, habían hecho algunos cambios de última hora en la lista de canciones. Habían eliminado un par de temas y los habían reemplazado por otras canciones más lentas que Mike había escrito para la banda. Los temas le habían parecido muy buenos y quería aprovecharlos para lucir las cualidades de Caitlin como vocalista.

Además, le encantaba oírla cantar esas canciones de amor. Le encantaba oír esa emoción en su voz que le ponía la carne de gallina. Su interpretación le hacía estremecerse, pero eso nunca se lo hubiera dicho a nadie, y mucho menos a Rick, que no parecía quitarle el ojo de encima esos días. Tampoco podía enfadarse con él, no obstante. Estaba convencido de que la banda acabaría rompiéndose si llegaba a tener algo con Caitlin.

Cruzando los brazos, Jake dejó escapar un suspiro de impotencia. Odiaba encontrarse en semejante aprieto, pero… ¿qué iba a hacer? ¿Cómo iba a ignorar lo que sentía por ella? Caitlin Ryan estaba en su sangre y, si no tenía su dosis diaria de ella, sentía que se moría. De hecho, casi había llegado a pensar en algún momento que estaba…

Jake cortó el pensamiento de raíz. Un pánico repentino se apoderó de él.

–Hay mucha gente hoy.

Rick apareció a su lado de repente y le dio una pinta de cerveza negra. Bebió un buen sorbo de la suya y soltó el aliento con satisfacción.

–El barman me ha dicho que esto es como un néctar. Bueno, sin duda compensa esa pinta de lavavajillas disfrazado de alcohol que me tomé anoche.

–Me lo creo –Jake levantó su vaso para probar la cerveza. En cuanto el líquido le bajó por la garganta, sintió ese sabor amargo del lúpulo que tan poco le gustaba. Nunca había sido hombre de cerveza negra. Lo suyo era el bourbon y el refresco de cola.

–Bueno, ¿qué tal crees que va todo? –le preguntó Rick, volviéndose

hacia una rubia que pasaba por su lado en ese momento para ofrecerle su mejor sonrisa.

–Hasta ahora, todo bien –dijo Jake–. La banda suena muy bien y Caitlin no hace más que mejorar. Vamos a conseguir más críticas buenas… Eso está hecho.

–Hombre, yo no hago más que dar gracias por aquel día, cuando apareció en aquel salón de esa vieja iglesia y nos dejó a todos atónitos con su voz. Los dioses estaban de nuestro lado aquel día. Eso está claro.

–Estoy de acuerdo.

–Oye, Jake, espero que no te hayas tomado de forma personal el consejo que te di respecto a lo de no involucrarte con Caitlin. Quiero decir que somos amigos desde hace mucho tiempo. Nunca hemos dejado que una mujer se interpusiera entre nosotros.

–El consejo fue bueno.

–No te culpo por sentirte atraído hacia ella. Es una mujer preciosa.

–Sin duda –dijo Jake, bebiendo otro sorbo de cerveza.

Las luces se atenuaron de repente y la banda salió al escenario en medio de un murmullo de expectación. La emoción de Jake crecía por momentos, pero nada más ver lo que Caitlin llevaba puesto, la sonrisa se le borró de los labios. En lugar de las faldas largas y las blusas de seda que había llevado desde el comienzo de la gira, esa noche se había puesto unos vaqueros negros ceñidos y una camiseta blanca de licra.

La señorita de agujero en las medias estaba saliendo del cascarón. Consciente de las miradas de la gente, se entregó a la interpretación de un clásico de blues y deslumbró a todo el mundo con su inconmensurable talento. Jake la observaba hipnotizado, hechizado por el movimiento de sus caderas. El top blanco se le subía tentadoramente hasta la cintura. Jake no recordaba haber deseado tanto a una mujer en toda su vida.

Caitlin ya empezaba a notar que tras una descarga de adrenalina sobre el escenario llegaba el descenso a las profundidades más oscuras. En ese momento, sola en otra habitación de hotel, en pijama y albornoz y con la cena intacta a su lado, se sentía deprimida y melancólica.

Un ataque de soledad era lo último que necesitaba en ese momento, pero no podía evitarlo. Además de las caricias de Jake, también echaba de menos a su amiga Lia, y echaba de menos el día a día de la vida en la librería.

Suspirando, agarró una revista y decidió llevársela a la cama. No había dado ni dos pasos cuando alguien llamó a la puerta.

Era Jake.

–Hola. ¿Podemos hablar?

El corazón de Caitlin se saltó un latido. De manera automática, se echó a un lado y le dejó pasar.

Él era uno de los motivos por los que estaba tan alicaída esa noche. No sabía a qué atenerse con él y la situación la tenía muy inquieta. De repente se enojaba con ella y al minuto siguiente se la comía con los ojos.

Esa noche se había mostrado muy distante de nuevo. Se había dirigido a ella solo cuando había sido estrictamente necesario y su comportamiento había diferido mucho del de los chicos, que la habían felicitado por su magnífica actuación.

–No cenaste –le dijo, mirando la cena intacta.

–No tenía hambre.

–Tienes que comer para conservar las fuerzas. Actuar todas las noches cansa mucho.

–Gracias por la preocupación –sin siquiera molestarse en esconder el tono de sarcasmo que teñía su voz, Caitlin se mesó el cabello. Agarró el cinturón de la bata y lo enroscó alrededor de su mano.

–Esta noche has estado increíble. Cualquier persona hubiera pensado que llevas años haciendo esto. Los demás no han hecho más que halagarte.

–¿Y tú?

–Si empezara a decirte todo lo que realmente pienso de ti, creo que esta noche no volvería a mi habitación.

Mientras rehuía su mirada, Caitlin reparó en la botella de agua que estaba junto a la cena.

–¿Quieres algo de beber? Solo es agua, pero…

–No quiero nada de beber. Sé que estoy rompiendo todas las reglas, pero la verdad es, Caitlin, que no soy capaz de mantenerme lejos.

Sin dejar de mirarla a la cara, se quitó la chaqueta y la tiró encima de una silla. Sorprendida, Caitlin se concentró en el hoyuelo que se le hacía en la barbilla.

–Bueno, pues deberías –le dijo. Dio media vuelta y abrió la botella de agua mineral para beber un poco.

Después se volvió hacia él de nuevo.

–Porque no quiero que estés aquí.

Sin decir ni una palabra, Jake fue hacia el interruptor de la luz y atenuó la claridad hasta convertirla en un suave resplandor.

Apenas consciente de lo que hacía, Caitlin dejó la botella de agua en la bandeja.

–¿Qué haces?

–Quiero que vengas aquí.

–No –dijo, pero avanzó hacia él casi sin darse cuenta, como si no

tuviera voluntad propia.

Poco antes de llegar junto a él, se detuvo y le miró con desesperación. Jake abrió los brazos. En menos de un segundo, ella salvó el espacio que los separaba y escondió el rostro contra su camiseta. Olía a calor y a almizcle y su corazón latía a un ritmo constante.

Jake enredó las manos en su pelo y la apretó contra su cuerpo.

–¿Jake? Jake, yo… –levantando la cabeza, le miró a los ojos y vio deseo en ellos, un deseo puro y crudo que no dejaba lugar a dudas.

Poniendo sus manos a ambos lados del rostro de Caitlin, Jake le robó un beso hambriento que les dejó aturdidos. Gimiendo, ella le invitó a darle un segundo beso, entreabriendo los labios para jugar con su lengua. Deslizó las manos a lo largo de su espalda y le levantó la camiseta para trazar la línea de su columna con las yemas de los dedos. Estaba loca de deseo por él.

Jake retrocedió hasta la pared y la acorraló contra ella.

–¿Sabes qué quiero hacer? –le preguntó mientras le quitaba el albornoz para después desabrocharle los botones de la parte de arriba del pijama.

–¿Qué? –la voz de Caitlin no era más que un susurro.

Llevaba toda la vida pensando que apenas tenía impulso sexual, pero se había equivocado. En ese momento lo único que quería era quitarle la ropa y disfrutar de su cuerpo hermoso y fornido. Jadeando suavemente, cerró los ojos mientras él le quitaba la camiseta del pijama.

–Quiero hacerte el amor aquí mismo… y quiero que sea lento, caliente y profundo… hasta que los dos perdamos el juicio a base de placer.

Jake bajó la cabeza y comenzó a chuparle un pecho. Empujando contra él, Caitlin enredó los dedos en su pelo y dejó escapar un grito. Un deseo frenético se propagaba por todo su cuerpo, recorriéndole el vientre hasta llegar a su sexo. Él la lamía y la mordisqueaba, jugueteando con sus pezones. Un momento más tarde volvió a besarla en los labios. Su mandíbula sin afeitar la pinchaba, marcándola, dejando el rastro de su aroma.

Tras dejarla temblando de placer, volvió a ponerse erguido y le dedicó la mirada más pícara que había visto jamás. Sus pupilas se oscurecieron y entonces colocó las manos en la cintura del pantalón de su pijama. Le dio un tirón y el tejido sedoso cayó a sus pies. Con las mejillas encendidas, Caitlin le vio sacarse un paquete de preservativos del bolsillo y entonces se fijó en su cinturón. Él se lo desabrochó y se bajó los pantalones hasta descubrir los calzoncillos tipo bóxer que llevaba. Se los bajó también y abrió el paquete que contenía la protección. Se colocó el preservativo y fue entonces cuando Caitlin

dejó escapar un largo suspiro. Le rodeó el cuello con ambos brazos y se apretó contra él, sintiendo al mismo tiempo sus manos sobre la curva del trasero. La masajeaba y le apretaba las nalgas hasta volverla loca de deseo.

Después volvió a besarla en los labios y la colmó de besos húmedos y calientes por todas partes; en las mejillas, en la frente, sobre los párpados. Sus manos expertas la palpaban sin tregua, llevándola a un punto en el que ya no habría vuelta atrás. Caitlin no pudo evitar susurrar su nombre al sentir el roce de su mano en su sexo húmedo. Apretó los labios contra la unión entre su cuello y su hombro y le besó con pasión y abandono, mordisqueándole de vez en cuando.

Su cuerpo estaba listo para recibirle. Sabía que lo que estaba a punto de ocurrir era inevitable. A lo mejor Jake estaba cansado de los compromisos y le costaba confiar, pero ese no era el momento para pensar en ello. Caitlin anhelaba sus caricias como el aire que respiraba y estaba dispuesta conformarme con lo que le diera. Disfrutaría de esos momentos con él y los aprovecharía al máximo.

–Abre la boca –le dijo él en un tono imperativo y profundo.

Ella obedeció y entonces recibió un beso fiero. Jake la agarró de la cadera y la levantó un poco hasta que quedaron a la misma altura. En cuanto le rodeó con sus largas piernas, la penetró con una embestida firme y segura.

–¡Oh, Jake!

Caitlin se aferró a él con fuerza mientras la llenaba una y otra vez. Cada vez que la penetraba, su avance era más urgente, más profundo, y al mismo tiempo le robaba besos sin cesar; en los labios, en el cuello, el lóbulo de la oreja…

–Llevo todo el día fantaseando con esto –le susurró él contra el cuello.

Justo en ese instante Caitlin sintió que llegaba a lo más alto. El éxtasis más sublime la golpeó como una ráfaga de viento y Jake no tardó en alcanzarla. En el momento del clímax empujó contra ella con frenesí y masculló su nombre entrecortadamente. Su cuerpo fibroso y duro temblaba como una vara de acero.

Unos segundos más tarde, dejó caer la cabeza sobre el pecho de Caitlin y esta enredó los dedos en su cabello alborotado. Se tenía que morder el labio para no confesarle que le amaba. Su mente divagaba tanto que incluso se le pasaba por la cabeza la idea de casarse con él, tener niños…

No podía estar más segura de todo ello, pero sabía que no podía decirlo en alto, porque, si lo hacía, él acabaría huyendo. Jake Sorenson había sido un nómada del sexo durante toda su vida y lo seguiría siendo.

–Muy bien, paramos un momento, chicos. Cait, quisiera hablar contigo un momento.

Rick se subió al escenario de un salto. Caitlin había entrado mal varias veces en la introducción de una canción y la mano derecha de Jake no era capaz de esconder su exasperación.

Sonrojándose, ella se volvió hacia los miembros de la banda para disculparse.

–¿Qué te pasa esta mañana? –Rick no se cohibió a la hora de expresar su irritación–. ¿No dormiste bien ayer?

Caitlin suspiró. Las mejillas le ardían y no sabía qué excusa dar.

Sorprendentemente, Jake había pasado la noche con ella y no había vuelto a su habitación hasta el amanecer. Por ello ninguno de los dos había dormido mucho.

Esa noche actuaban en un club de jazz muy íntimo y acogedor y habían llegado pronto para dar un último repaso al repertorio. Nada más llegar, sin embargo, Rick les había dicho a todos que Jake iba a llegar un poco más tarde y que él se ocuparía de todo hasta ese momento.

–Nunca duermo bien en una cama que no es la mía.

Rick arrugó los párpados.

–¿Estás segura de que esa es la razón?

Al echarse el cabello hacia atrás, sintió que la mano le temblaba. Los dedos se le enredaron en el aro de plata que llevaba en la oreja y estuvo a punto de arrancárselo.

–¿Qué otra razón podría haber?

–No lo sé. Dímelo tú, cielo.

Caitlin se sentía acorralada y culpable al mismo tiempo. ¿Por qué no estaba Jake allí, cuando más le necesitaba?

–No sé adónde quieres llegar, Rick. Te dije que me llevaría un tiempo acostumbrarme a este estilo de vida. No es un crimen estar cansada, ¿no?

–No. No lo es –suspirando, Rick se colocó detrás de ella y comenzó a masajearle los hombros–. Estás muy tensa. Ese es el problema. Relájate, ¿quieres? Baja esos hombros. Vamos… Hazle caso al viejo Rick.

Caitlin no podía negar que el masaje de Rick le estaba haciendo mucho bien. Al llegar al ensayo estaba tan tensa como si tuviera la columna hecha de cemento.

Bajando la cabeza, gimió de placer al sentir la presión de los dedos de Rick en un lugar especialmente sensible situado entre sus omóplatos.

–Se te da bien –murmuró–. Podrías ganarte la vida con esto.

–Me lo han dicho muchas veces.

Caitlin oyó la sonrisa en su voz.

–Me lo han dicho un par de señoritas muy agradecidas que sucumbieron a los placeres de estas manos.

–Eres todo un Casanova, ¿no?

–Sí, bueno… cuando hay oportunidad.

Rick dejó de masajearla un instante y le dio un beso tímido a un lado del cuello.

–¿Es así como ensayáis, Rick? Si es así, tenemos un serio problema, ¿no crees?

Jake acababa de entrar en el club en ese preciso momento.

Capítulo 11

Sin darse cuenta, Jake había cerrado los puños. Trataba de contener la furia, pero cada vez le costaba más.

Avergonzada y sonrojada, Caitlin avanzó hacia el borde del escenario.

–Estábamos ensayando, Jake. He tenido un problema con una de las canciones y Rick me estaba ayudando.

–¿Ah, sí? ¿Desde cuándo Rick es el masajista del grupo? Es evidente que me he perdido algo.

–¡Por favor, la chica está cansada! Cansada y tensa… Solo la estaba ayudando a soltar la tensión antes de seguir con el ensayo. Los chicos han salido fuera un rato. Creo que voy a buscarles.

–No. Quédate ahí donde estás.

Jake se dirigió hacia el escenario. Sus botas golpeaban el suelo sin piedad.

–No vamos a hacer nada más hasta que llegue al fondo de todo esto.

Caitlin metió las manos en los bolsillos de los vaqueros y respiró profundamente. ¿Acaso estaba celoso? ¿Era por eso que estaba tan enfadado?

El corazón se le aceleró. No podía evitar fijarse en lo guapo que estaba ese día. Llevaba unos vaqueros negros combinados con una camisa marrón y una chaqueta oscura de raya diplomática que le sentaba como un guante. Le recordaba a uno de esos modelos italianos que aparecían en las portadas de las revistas.

–¿De qué estás hablando, Jake? –Rick bajó del escenario y se paró frente a él–. Será mejor que te expliques.

–¡Te estoy hablando de que te he visto besarla! –Jake le fulminó con la mirada.

Rick estaba perplejo.

–Solo le estaba dando un masaje y me dio por coquetear un poco. Ya me conoces… Nunca he podido resistirme a una cara bonita.

–Esa no es excusa para ponerse a flirtear con mi…

–Sigue… ¿Tu qué, Jake?

Jake se dio cuenta de lo que había estado a punto de decir y guardó silencio.

–Te estás acostando con ella, ¿no, Jake?

Caitlin montó en cólera. De repente parecía haberse vuelto invisible. Jake levantó la vista en ese momento y la miró un instante.

–Simplemente no fuiste capaz de dejarla en paz, ¿no? –el tono de Rick era corrosivo.

–Bueno, ¿no se supone que ese es mi estilo?

–¡No te pongas así conmigo, Jake! Contesta a la maldita pregunta y ya está.

Jake se encogió de hombros y cruzó los brazos.

–Sí. Caitlin y yo tenemos una relación, pero no saques conclusiones precipitadas. Eso no significa que vaya a repercutir negativamente en la banda.

–¿Ah, no? Entonces, ¿cómo es que hemos llegado a este punto? Contéstame a eso. ¿Cuánto tiempo llevamos trabajando juntos? En todo ese tiempo no hemos discutido ni una sola vez, y eso es algo extraordinario en este negocio. Es una pena que tenga que pasar ahora. ¡Y todo por una mujer!

–¿Y qué significa eso? –bajando del escenario, Caitlin se frotó las manos y se las limpió en los vaqueros–. Por si no te habías dado cuenta, soy una persona, igual que tú. ¿Pero a ti qué te pasa con las mujeres, Rick? Te gustamos mucho cuando te conviene, pero algo me dice que desconfías mucho de nosotras. Solo para que te quede claro, te diré que yo no tengo ningún propósito oculto. No me traigo nada entre manos y no tengo intención de dejar el grupo. Por todo eso, no tienes motivos para dudar de mí. Cuando doy mi palabra, la mantengo.

–Ahora mismo, cielo, no es tu palabra lo que más me preocupa.

–Muy bien, Rick… Si quieres seguir discutiendo este tema, será mejor que nos reunamos en el hotel cuando terminemos aquí. No tengo ganas de perder tiempo de ensayo peleándome contigo. La banda tiene un concierto esta noche y esa es la prioridad.

Jake miró el reloj y se volvió hacia Caitlin.

–Quiero que esta noche lo des todo, por favor. No te lo había dicho, pero esta noche va a venir un A&R de uno de los sellos más importantes. No te puedo prometer nada, pero, si le impresionáis, a lo mejor conseguimos un buen contrato discográfico. Kenny Swan sabe que yo no llevo a perdedores y hemos captado su interés gracias al material audiovisual que ya está circulando por las redes sociales. Cuento contigo, así que no me defraudes.

Caitlin asintió sin pensar. La posibilidad de conseguir un contrato discográfico de esa magnitud tan pronto era algo increíble. Sin embargo, en ese momento lo que más le importaba era volver a estar en los brazos de Jake. No podía evitarlo.

Jake sonrió.

–Trabajad duro, por favor. Os veo luego. Tengo un par de llamadas muy importantes que hacer.

–¿Jake?

Caitlin le hizo detenerse un instante. Su mirada ansiosa se desvió hacia Rick un momento.

–No quiero que te pelees con Rick por todo esto. Mi compromiso fundamental es el de esta banda. Yo sé que eso ya lo sabes, pero solo quería recordártelo.

La expresión de Jake fue tan implacable como siempre.

–Me alegra oírlo. Simplemente concéntrate en dar lo mejor de ti esta noche y, con un poco de suerte, las cosas despegarán a partir de ahora –dijo, y se alejó sin más.

Jake tenía el peor dolor de cabeza que recordaba en mucho tiempo. El dolor era tan intenso que terminó recorriendo las estrechas calles de la ciudad a las cinco y media de la tarde en busca de una farmacia.

Unos minutos más tarde, ya con el paquete de analgésicos en la mano, sacó dos tabletas blancas y se las tragó con un trago de refresco de cola caliente. Haciendo una mueca tiró la bebida a una papelera cercana y se mordió el labio para aguantar el dolor que palpitaba en sus sienes.

Al llegar al hotel, cerró las cortinas para eliminar la poca luz que quedaba y se tiró en la cama por fin. Solo tenía una cosa clara. No podía seguir así. Solo sufría migrañas tan severas cuando se veía entre la espada y la pared y su cabeza le estaba dejando claro en ese momento que nunca se había visto tan acorralado.

No había duda de que deseaba a Caitlin con locura. La situación no hubiera tomado ese cariz si no la hubiera deseado tanto. Pero el deseo sexual no tenía nada que ver con… el amor.

Jake contuvo el aliento y pensó en ello un momento.

¿Era amor lo que sentía por Caitlin? Si era así, ¿qué debía hacer a partir de ese momento? Para la mayor parte de la gente el amor significaba compromiso… pero él siempre había huido de eso. Además, para colmo de males, las cosas se habían complicado con la actitud de Rick y no podía negar que su amigo tenía motivos para enojarse. Había roto su propio código de normas y lo había puesto todo en peligro debido a su fascinación con Caitlin Ryan.

Intentaría arreglar las cosas en cuanto Kenny Swan viera actuar a la banda esa noche. Si conseguían un contrato, sería mucho más fácil tomar decisiones a partir de ese momento y a lo mejor así llegaría a tener la paz que tanto necesitaba.

–¿Puedes venir? Lia, es fantástico.

Recostándose en la cama, Caitlin apretó el móvil contra la oreja. Su amiga acababa de decirle que iba a verla actuar con el grupo en el

próximo concierto y esa era la mejor noticia que podían darle en ese momento, además de la posibilidad de conseguir un contrato discográfico a través de Kenny Swan.

No había sido capaz de dejar de preocuparse desde aquel desagradable encontronazo entre Rick y Jake, no obstante, y las cosas no parecían haber mejorado mucho en ese sentido. Rick seguía de muy mal humor y la amistad entre ellos parecía deteriorarse sin remedio.

–A lo mejor llego un poco tarde si el tráfico es muy denso –le estaba diciendo Lia–. Pero allí estaré. He alquilado una habitación en ese hotel en el que te hospedas, como me sugeriste, así que podremos charlar un rato después del concierto. ¡Estoy tan emocionada que estoy deseando ir para allá! Oye… ¿Y sabes qué?

–¿Qué?

Mirándose la mano izquierda, Caitlin frunció el ceño al ver lo estropeado que estaba su esmalte de uñas color morado. ¿Tendría tiempo de arreglárselo para esa noche?

–Hoy miré tu horóscopo. ¿Y sabes lo que ponía?

–Dime.

Lia respiró profundamente.

–Bueno, Saturno se encuentra con Venus hoy, y sé que sabes que Venus es el planeta del amor y del dinero, ¿no? Es la conjunción perfecta. Saturno se encuentra con Venus bajo los auspicios de un encuentro entre Marte y Júpiter, así que, si anhelas algo que tenga que ver con el amor o con el dinero, hoy es el día para pedirlo. ¿Qué te parece?

Caitlin no pudo evitar concentrarse en el aspecto sentimental. ¿Qué hacía falta para que Jake se diera cuenta de que iba en serio, que quería pasar el resto de su vida con él?

–Bueno, acaban de pagarme, así que lo del dinero lo llevo bien por ahora. En cuanto al amor, yo… –se detuvo.

–¿Ha pasado algo?

–¿Qué quieres decir? –apoyándose contra las almohadas, Caitlin comenzó a enroscar un mechón de pelo alrededor de uno de sus dedos.

–¿Tienes algo con alguien del grupo? Espera un momento. Apuesto a que es con el mánager, Jake Sorenson –Lia parecía emocionada–. Es él, ¿no?

–Y ahora me dirás que eres adivina.

Riéndose de la broma mala que acababa de hacer, Caitlin guardó silencio. Empezaba a dolerle la cabeza y lo último que necesitaba era recibir una lección de sabiduría. Además, ya era demasiado tarde para poner en práctica algún consejo en ese sentido.

–Esa no es una buena noticia precisamente. No sé si se lo merece o

no, pero no tiene muy buena reputación después de aquel escándalo con su ex. ¿Es que quieres meterte en líos o qué? Estás en una situación muy vulnerable y ahora vas y haces lo peor que podías hacer. ¡Tener algo con él! Oh, Cait… ¿Cómo has podido hacerlo?

Caitlin cerró los ojos un instante y pensó en Jake, en el daño que podía llegar a hacerle…

«¿Cómo podría no haberlo hecho?», pensó.

–Te he estado buscando.

Era Jake.

Al oír esa voz profunda que tan familiar le resultaba, Caitlin empezó a sudar. Tras colgar su abrigo en el viejo perchero del vestuario, se volvió hacia él.

–Salí a respirar algo de aire fresco, pero llevo aquí una media hora.

La habitación del grupo, con su mobiliario de estilo francés y acabados dorados, tenía un glamour de otra época. Las paredes estaban llenas de fotografías y pósters de las bandas y los músicos que habían pasado por allí a lo largo de los años. Algunos de ellos eran muy conocidos, y Caitlin había pasado un buen rato contemplando aquellas imágenes y preguntándose cómo la había llevado allí el destino.

–Rick acaba de irse al bar para traerte algo de beber.

–Gracias –Caitlin retorció la pulsera rígida de plata que llevaba puesta y después se mesó el cabello–. Hace mucho calor aquí, ¿no crees?

Jake sonreía con pillería, como siempre.

–Siempre hace calor cuando estamos juntos en una habitación, Caitlin.

–Sí, bueno…

–Por cierto, hoy estás fabulosa.

Jake no pudo evitar mirarla de arriba abajo, admirando su escultural figura. Estaba vestida de negro de los pies a la cabeza, con unos vaqueros con corte de bota y una camisa ceñida de cintura alta.

–Espero que hayáis solucionado las cosas Rick y tú.

Jake se encogió de hombros.

–Las solucionaremos. Siempre lo hacemos.

Un momento después, fue hacia ella y le tocó la mejilla. Caitlin sintió que le temblaban los labios y no pudo contener un suspiro.

Jake deseaba besarla en ese momento. Quería probar su sabor, hacerla suya… Pero ella le negó ese placer. De pronto le agarró la mano y le hizo apartarla.

–Tengo que hablar contigo, Jake.

–Después del concierto de esta noche. Entonces tendremos una

conversación como debe ser.

–No. Tengo que decirte algo ahora. Alguien viene a verme esta noche, alguien de mi pueblo.

La decepción cayó sobre Jake como una pesada losa.

–¿Alguien?

–Es Lia –le dijo ella, encogiéndose de hombros–. La dueña de la tienda donde trabajaba.

–La recuerdo. ¿Era ella a la que le tenían que quitar una muela del juicio?

Jake sonrió. Le levantó un mechón de pelo y se quedó contemplándolo durante unos segundos. Ella abrió los ojos.

–Jake, ¿todo va bien?

Mientras le hacía la pregunta, sintió que un nudo se formaba en su estómago. De alguna forma sabía que las cosas no iban bien. Él le ocultaba algo, algo que podía hacerle daño, algo que no quería saber hasta que fuera estrictamente necesario.

–Deja de preocuparte. Todo está bien.

Jake acababa de inclinarse para darle un beso cuando Rick abrió la puerta. El asistente de producción dejó la bandeja de bebidas sobre una mesita de café y les miró con unos ojos acusadores.

–Ya veo que sigues cuidando muy bien del negocio, Jake –comentó en un tono cáustico.

–No le eches la culpa a Jake –levantando la barbilla, Caitlin se enfrentó a la mirada de Rick–. Es culpa mía. He sido yo quien…

–Ahórratelo, cielo –su sonrisa era de resignación, pero no era hostil–. No eres la primera que se encapricha de Jake y, si no me equivoco, no serás la última.

–Si estuviera en tu lugar, lo dejaría ahí –dijo Jake, lanzándole una afilada mirada a Rick.

–¿Por qué? –preguntó Rick–. ¿Porque no quieres que oiga la verdad?

–¿Qué verdad? –preguntó Caitlin. La boca se le había secado de repente como si hubiera comido arena.

–Jake no tiene un buen historial en lo que a mujeres se refiere. En este negocio muy pocos hombres lo tienen… las tentaciones a veces son demasiado grandes como para poder resistirse. Pero, si queremos ser justos… –Rick taladró a su amigo con la mirada–. Su ex le machacó y después de aquello juró que nunca más se comprometería con otra mujer. Me sorprendería mucho que hubiera cambiado de idea de la noche a la mañana. En cualquier caso, no obstante, sea lo que sea lo que te haya dicho, yo no me lo tomaría muy en serio, Cait.

Caitlin sintió que algo revoloteaba en su estómago. Un frío glaciar la invadió de repente. ¿Cómo había sido tan estúpida? ¿Cuándo iba a aprender la lección? Los hombres nunca daban nada. Solo tomaban

aquello que querían una y otra vez… hasta cansarse.

–Muy bien, Jake –aunque tuviera los ojos llenos de lágrimas, Caitlin se volvió hacia Jake y le miró a los ojos–. Pienses lo que pienses, no soy tan ingenua como crees. Nos hemos acostado. Hicimos el amor… pero siempre he sabido que no tenías intención de llevar las cosas mucho más lejos. No te preocupes. No voy a hacerte una escena. Y, aunque puedas pensar otra cosa, Rick, no voy a romperme en mil pedazos porque las cosas hayan terminado entre Jake y yo. Seguimos teniendo una relación profesional… una buena relación, espero. Y ahora que eso ha quedado claro, creo que voy a buscar a los demás – dio media vuelta.

–No. Así no, Caitlin.

Jake se pasó una mano por el cabello, incapaz de ocultar su impotencia. Estaba furioso con Rick por haberle puesto en una situación tan difícil, pero también estaba furioso consigo mismo. De repente, era como si la hubiera utilizado, pero no había nada más lejos de la realidad. Estaba loco por ella. Lo que sentía por ella no se parecía a nada de lo que había experimentado en toda su vida, y el poder de ese sentimiento le quitaba la respiración. Tragó con dificultad. Los ojos color esmeralda de Caitlin brillaban, llenos de lágrimas.

–Nunca he querido hacerte daño –le dijo, deslizando la yema de un dedo sobre su mejilla para secarle las lágrimas.

Ella retrocedió inmediatamente.

–Olvídalo –miró a Rick un instante–. ¿Los chicos están en el bar? –le preguntó.

Rick asintió.

–Muy bien. Voy para allá.

Se dirigió hacia la puerta, pero justo antes de salir oyó lo que Rick estaba a punto de decir.

–Menos mal que estoy por aquí para recoger los pedazos –dijo.

Capítulo 12

Jake no podía creerse que Caitlin hubiera aceptado que Kenny Swan la llevara de vuelta a la casa de huéspedes en la que se alojaba. El hombre había resultado ser un donjuán engatusador que le doblaba la edad. ¿Pero qué se le había pasado por la cabeza para aceptar semejante ofrecimiento? Tras la actuación se había pegado a ella como una mosca y, si no hubiera sido por Rick, Jake hubiera terminado haciendo una escena. Lo único positivo era que Swan les había ofrecido un jugoso contrato.

Pero Jake no podía olvidar que el hombre tenía fama de no tener escrúpulos y, aunque Lia les acompañaba, el productor podía ingeniárselas para deshacerse de ella fácilmente.

Los miembros de la banda le habían asaltado de repente, entusiasmados con la noticia del contrato, y no había podido sacar a Caitlin de la trampa de Swan. El viejo la había atrapado en la barra del bar y, la próxima vez que había mirado hacia allí, ya habían desaparecido.

Había salido al exterior a toda prisa, pero solo le había dado tiempo a ver cómo se alejaban los faros traseros del coche de Swan.

–He pensado que te vendría bien esto –Rick puso una taza de café cargado y caliente sobre la barra y acercó un taburete para sentarse junto a Jake.

El local se estaba vaciando gradualmente y los empleados limpiaban las mesas y amontonaban las sillas.

–Gracias.

–Se lo pedí a una camarera preciosa… La engatusé con mis encantos irresistibles y mi ingenio agudo.

–Bueno, no esperaba otra cosa –comentó Jake sin mucho entusiasmo.

Los dos guardaron silencio durante unos segundos.

–Seguramente Kenny la dejó en la pensión. Cait es una chica lista. Si intentó algo en algún momento, estoy seguro de que ella le puso en su lugar.

–¿Tú crees? Tampoco podría echarle la culpa si hubiera decidido irse con él, ¿no? –Jake mantenía la vista fija en el contenido de la taza.

–Ella te importa de verdad, ¿no?
–¿Es tan difícil de creer?
–Lo siento, chico. Es que…
Jake suspiró.
–Lo que sentía por Jodie hace años no era amor, Rick. Solo estaba cansado de estar solo y me engañé a mí mismo pensando que era importante para mí. Albergaba la esperanza de que mis sentimientos se hicieran más profundos con el tiempo. No hace falta que te diga que eso pasó a ser imposible en cuanto me di cuenta de que solo me quería por todo lo que podía conseguir a través de mí. Teniendo en cuenta cómo salió todo después… me alegro. Hubiera preferido que se llevara todo mi dinero y no que me rompiera el corazón. Ese es un dolor que no se puede superar tan fácilmente –Jake hizo una mueca y sacudió la cabeza–. Pero lo que siento por Caitlin es… Bueno, no se puede comparar a nada que haya sentido antes. Sé que tiene el poder de romperme el corazón.
–A mí me parece que eso es amor, Jake.
Jake guardó silencio durante unos segundos y trató de asimilar lo que su amigo acababa de decirle.
–Mira, sé que la banda debería ir primero, pero, si te digo la verdad, he pensado en pedirte que seas el mánager de la banda a partir de ahora. He pensado que quizás sea mejor que salga ahora que van las cosas bien. Así no habrá posibilidad de decepción o de malestar en el grupo. Las cosas empiezan a despegar y tú sabes muy bien qué es lo que hay que hacer para sacarle el máximo partido a su potencial y llevarles a lo más alto. Ellos confían en ti, Rick. Estaréis muy bien sin mí.
–¿Por qué ibas a querer dejar tu puesto, Jake? ¿Es porque tienes miedo de hacerle daño a Caitlin?
–Ella se merece tener esta oportunidad tanto como los demás. Lo que no se merece es que yo lo estropee todo porque haya tenido una relación con ella. No sé si seré capaz de mantener la distancia profesional a partir de ahora. Me siento como una casa de naipes que se ha venido abajo. No es propio de mí perder la cabeza por una mujer. Pero desde lo de Caitlin, he perdido el apetito, no puedo dormir y apenas soy capaz de concentrarme. A este paso no voy a serle útil a nadie, y mucho menos a mí mismo.
Jake esbozó una sonrisa triste y se llevó la taza a los labios.
–Créeme cuando te digo que abandonar no es la solución. Cait no querría que lo hicieras, y los chicos tampoco. Y yo tampoco, ya que estamos. ¡Si la quieres, entonces ve a por ella, hombre! ¿A qué estás esperando? Si ha vuelto a la casa de Kenny…
–Te había entendido que eso era muy poco probable –Jake dejó caer la taza sobre el platito, derramando algo de café.

De repente se vio invadido por una horrible duda. ¿Acaso Kenny habría logrado convencerla para que se fuera a casa con él?

–Oye, frena un poco. Claro que no es muy probable –dijo Rick–. Mira, lo siento si no te he apoyado todo lo que debía. Creo que soy demasiado sobreprotector cuando se trata del grupo. Simplemente tendré que aceptar el hecho de que Cait y tú estáis juntos ahora. La conozco un poco a ella, y a ti te conozco lo bastante bien como para saber que ninguno de los dos permitirá que esa relación afecte al grupo de alguna forma. Si te digo la verdad, me alegro de que por fin hayas encontrado a alguien que te importe. En mi opinión, no podrías haber encontrado a nadie mejor que Caitlin. Es una persona muy especial. Si realmente quieres saber si se encuentra bien, ¿por qué no vas al hotel e intentar hablar con ella?

Alentado por las palabras de su amigo, Jake miró el reloj.

–Son las dos de la mañana. La alojé en esa casa de huéspedes porque me insistió en que no quería verse de nuevo en otro de esos hoteles impersonales y fríos. La pensión la lleva una señora que es igual de amigable que Atila. Cuando reservé la habitación, eso me tranquilizó un poco. La buena señora tiene horarios muy estrictos de llegada y le gusta que sus huéspedes lleguen antes de la medianoche. La idea de llamar a su puerta a esta hora de la noche solo para decirle a Caitlin que…

–¿Que la quieres? –Rick esbozó una sonrisa de oreja a oreja.

Jake frunció el ceño.

–¿Se llama así cuando no dejas de pensar en ella y estás que te subes por las paredes cuando no puedes estar con ella?

Rick asintió.

Jake soltó el aliento lentamente.

–Entonces, supongo que tienes razón. Pero, si ella piensa que eso significa que vamos a mudarnos a una casa adosada de estilo georgiano en las afueras, entonces vamos a tener nuestra primera pelea. Yo no podría. Es por eso que nunca me he establecido en ningún sitio. Soy un nómada por naturaleza. Me pongo muy impaciente cuando permanezco demasiado tiempo en un mismo sitio… Lo sabes.

–Sí, y también sé que ni siquiera le ha preguntado a ella qué es lo que quiere. Primero tienes que decirle que la quieres. Caitlin es una gran chica, Jake. Es tan apasionada como tú, Jake, y le encanta la banda. Le encanta cantar. ¿Crees que hubiera hecho la prueba si hubiera querido establecerse en las afueras? A mí no me lo parece.

Mirando a Rick, Jake sintió que el rayo de esperanza que había surgido antes se hacía mucho más brillante de repente.

–Oye, si alguna vez te cansas de estar en la carretera, puedes ganarte la vida como psicólogo matrimonial.

–¿Tú crees?

–No, no lo creo –Jake le dio un pequeño puñetazo en el hombro y se echó a reír–. Nunca jamás.

–Dejando eso a un lado, ¿qué vas a hacer con Cait? ¿Vas a intentar verla esta noche?

–No… Esta noche no. Hemos tenido unos días bastante difíciles y ella necesita descansar. Tendré que confiar en que regresó a la casa de huéspedes con Lia e iré a verla por la mañana. Mientras tanto… –se sacó el móvil del bolsillo de atrás–. Le voy a mandar un mensaje de texto para asegurarme.

–A mí me parece un buen plan. Bueno, y ahora que hemos arreglado eso, ¿qué te parece si nos tomamos una copa de verdad?

Haciéndole señas a una de las camareras, Rick le dedicó una de sus sonrisas de ganador.

Tras pedir un café con leche y una magdalena de arándanos, Caitlin miró a través de la ventana. Hacía frío y el cielo estaba encapotado. Definitivamente, iba a llover, pero tampoco le importaba mucho. Ya estaba deprimida de todos modos.

El mensaje de texto, frío e impersonal, que había recibido la noche anterior no era nada tranquilizador.

Espero que hayas disfrutado del concierto de anoche y que hayas llegado bien a la casa de huéspedes. Te llamaré por la mañana.

Ni siquiera había incluido una «x» para indicar que le mandaba un beso. Se lo había ganado, no obstante. Aceptar el ofrecimiento de Kenny Swan sin siquiera avisarle no había sido una buena decisión. Lo había hecho así porque Jake estaba ocupado hablando con el resto de la banda y había sentido unos celos horribles. Se había sentido ignorada. Sabía que era absurdo, porque él era el mánager del grupo, pero en ese momento no hubiera querido tener que compartirle con nadie. Ni siquiera había encontrado consuelo en la presencia de Lia.

La noticia de lo del contrato discográfico no podía ser mejor, pero la alegría que sentía se veía enturbiada por la certeza de que el hombre al que amaba no la amaba a ella.

–Anímate, cielo. A lo mejor no pasa nunca –el apuesto dependiente que le había tomado nota regresó con su café y su magdalena.

–¿Qué has dicho? –le preguntó Caitlin, sin entender nada.

–Parecías un poco triste… Solo trataba de animarte un poco. Bueno, disfruta de tu café –le guiñó un ojo y volvió a entrar detrás de la barra silbando alegremente.

De repente, Caitlin se dio cuenta de que había perdido el apetito.

Bebió unos cuantos sorbos de café, dejó algo de dinero sobre la mesa y se marchó a toda prisa.

¿Cómo iba a comer cuando no hacía más que pensar en Jake?

–¿Dónde has estado?

Él la estaba esperando fuera, delante de la pensión. La expresión de su rostro era tan inflexible como siempre. Protegiéndose contra la fría ráfaga de viento que la golpeó en ese instante, Caitlin se quitó el pelo de los ojos y le miró fijamente.

–Yo también me alegro de verte –murmuró.

–Estaba preocupado por ti. Incluso le pedí a la encargada de la pensión que mirara en tu habitación. No fue fácil. Te lo aseguro. Me dijo que tu cama estaba hecha, pero que no sabía si habías dormido aquí o no –dando un paso hacia ella, frunció el ceño–. ¿Qué sucede, Caitlin?

–Nada… Solo fui a tomarme una taza de café. Eso es todo.

–Entonces, ¿anoche sí dormiste en tu cama?

–Claro que sí.

–¿Por qué no contestaste a mi mensaje?

–Eran las dos de la mañana cuando me lo mandaste. Por eso no contesté. Estaba cansada y me quedé dormida rápidamente. Espera un momento… ¿Dónde pensabas que había dormido si creías que no estaba en la casa de huéspedes?

–Te faltó tiempo para irte con Kenny.

–El hombre se ofreció a traernos, y como tú estabas muy ocupado hablando con Rick y con los demás, yo acepté. Estaba cansada, Jake. Todavía soy una novata en este juego y gasto mucha energía y esfuerzo tratando de hacer las cosas bien.

–Lo estás haciendo muy bien, Caitlin. De hecho, nunca dejas de sorprenderme cuando veo cómo te entregas en cada actuación. Anoche estuviste impecable. ¡Excepcional!

–Gracias.

Jake se dio cuenta de que su sonrisa era cautelosa. ¿Acaso la había hecho esforzarse demasiado?

La miró con atención y por primera vez se dio cuenta de que estaba demasiado pálida. Tenía oscuras ojeras bajo los ojos.

–Deberíamos hablar –le dijo tranquilamente.

–Ahora no. Tengo que entrar, hacer la maleta y despedirme de mi amiga. Se estará preguntando dónde estoy. No la desperté para decirle que iba a salir.

Caitlin avanzó hacia los escalones que llevaban a la puerta de entrada de la casa. Jake la observó durante unos segundos, pero finalmente la agarró del brazo.

–¿Estás intentando ocultarme algo, Caitlin?

–¿Qué quieres decir?

–Dime la verdad. ¿Te quedaste anoche en casa de Kenny? –era incapaz de esconder la furia que se apoderaba de él con solo pensar en ello.

Los ojos de Caitlin relampaguearon.

–Ya te he dicho que no. Ese hombre es una serpiente. Sé que quiere firmar el contrato con nosotros, pero, si el contrato pasa por tener que aguantar sus desagradables insinuaciones una y otra vez, entonces será mejor que te busques otra cantante, y no te lo digo de broma. Me encanta este grupo, y quiero hacer las cosas bien. Pero ya he jugado a ser el cordero sacrificado en el pasado y no pienso hacerlo de nuevo. ¡Nunca más!

–¿Te insultó? ¿Te hizo daño?

¿Cómo había sido capaz de poner a Caitlin en una situación tan delicada? Cuando volviera a ver a Kenny Swan tendría que contenerse para no darle un puñetazo en la cara.

–Claro que no. No intentó nada, aparte de hacer unos cuantos comentarios acerca de sus virtudes sexuales y de invitarme a tomar un baño con él. Bueno, en cualquier caso, Lia estaba conmigo. Además, como te dije antes, soy más fuerte de lo que parezco. Es una suerte llevar los moratones por dentro.

–Lo siento –dijo Jake, sintiéndose culpable por algunos de esos moratones invisibles–. Nunca debí dejarle llevarte a casa. Deberías haber venido a buscarme y yo os hubiera traído. Bueno, ¿por qué no vas y te despides de Lia y vienes al hotel conmigo?

Caitlin apenas podía esconder el resentimiento que la invadía. Se zafó de él y se frotó el brazo.

–¿Qué sentido tendría eso, Jake? Si quieres hablar de nuestra relación, no creo que haya mucho que discutir, ¿no crees? ¿Para qué vamos a prolongar la agonía? Tuvimos algo… una aventura insignificante. Pasa constantemente, sobre todo en este negocio. Tú deberías saberlo mejor que nadie.

–¿Insignificante? ¿Eso es lo que piensas?

–Como te he dicho ya, me has dejado muy claro cuáles son tus sentimientos –Caitlin suspiró–. Fui yo quien enredó las cosas con mis estúpidos sueños y esperanzas. Debería haber aprendido algo después de lo de Sean, pero al parecer no ha sido así. De todos modos, la banda es lo más importante… y no lo que pase entre nosotros. Al menos estuvimos de acuerdo en eso.

–Te equivocas. ¿Sabes?

Dándole la espalda todavía, Caitlin soltó el aliento.

–¿En qué me equivoco?

–La banda no es lo más importante para mí.

Caitlin se quedó helada, inmóvil. Se volvió lentamente y se encontró con una sonrisa sexy y cálida.

–¿Ah, no?

–No. No lo es. Eres tú, Caitlin. Eres lo más importante en mi vida. No estoy orgulloso de la forma en que he manejado las cosas entre nosotros, pero decir que nunca me he sentido así en toda mi vida es muy poco decir. Es como si un terremoto me hubiera removido por dentro, y aun así me quedo corto.

–Me preguntaba dónde estabas, Caitlin, y ahora entiendo por qué tardabas.

La puerta de entrada se abrió y Lia apareció ante ellos, vestida con una sudadera rosa y unos vaqueros. Sus ojos se clavaron en Jake como si acabara de ver al mismísimo diablo.

–¿Qué está haciendo él aquí? A menos que haya venido para hablarte de trabajo, creo que deberías decirle que se fuera. No va a hacer más que alterarte, y ya has sufrido bastante por su culpa.

–Espera un momento, Lia. Yo…

Caitlin no pudo terminar la frase porque Lia bajó los peldaños rápidamente y la echó a un lado para pararse delante de Jake. Apoyó las manos en las caderas y le dedicó un buen discurso.

–Anoche terminó con el corazón roto por tu culpa, Jake Sorenson. Lloró hasta quedarse sin lágrimas. Nunca la he visto llorar así desde lo de Sean, y él también le tomó bastante el pelo, haciéndole promesas que nunca iba a cumplir. Bueno, espero que estés orgulloso de ti mismo. Y por si no te hubieras portado lo bastante mal con ella, encima vas y la dejas a merced de ese viejo verde con un horrible pestazo a colonia. Menos mal que yo estaba con ella anoche. No sé qué hubiera pasado si no hubiera estado allí. Si él y tú sois ejemplos de la clase que abunda en la industria de la música, entonces sin duda Caitlin estará mejor cantando en el pub de nuestro pueblo todos los sábados por la noche. Allí por lo menos estará a salvo de granujas.

Jake sintió que un filo le cortaba por dentro al darse cuenta de que no había protegido a Caitlin como debía. La idea de haberle causado tanto dolor se le hacía insoportable. La reacción de Lia era completamente comprensible.

–Por favor, no me metas en la misma categoría que a Kenny Swan. Al menos líbrame de ese horrible insulto. Te aseguro que Blue Sky no hará ningún negocio con él. Además, me aseguraré de que Caitlin trate con otra persona de la discográfica. Hay mucha gente agradable trabajando allí. Y en cuanto al resto, creo que eso es asunto de Caitlin y mío, ¿no crees?

–¿Caitlin? –Lia la miraba con afán protector.

Caitlin asintió.

–Me gustaría hablar a solas con Jake unos minutos. Creo que es

necesario.

–Siempre y cuando no dejes que te convenza para hacer algo que no quieres hacer… Tienes libre albedrío, ¿recuerdas? Superaste lo de Sean y puedes superar esto también.

Tras dedicarle una mirada de advertencia a Jake, Lia volvió a subir las escaleras y entró en la casa.

–¿Siempre se comporta como un torero a punto de empezar la lidia con el toro? –le preguntó Jake en un tono sarcástico.

Caitlin esbozó una sonrisa tentativa.

–Por alguna razón, me protege mucho.

–Me alegro.

–¿Vienes al hotel conmigo un rato? Me gustaría poder decirte todo lo que tengo que decirte en privado.

Alisándose el frente del chubasquero, Caitlin respiró profundamente.

–Yo también quiero decirte algo, Jake, pero no voy a esperar a llegar al hotel. Será mejor decirlo aquí fuera, al aire libre. Tú me has dicho que soy importante para ti, pero la verdad es… la verdad es que no sé si puedo ser suficiente para ti.

Caitlin tragó con dificultad. Un resplandor rojo teñía sus mejillas.

–¿Qué pasará con la próxima chica bonita que se encapriche de ti? A ti te gusta tu estilo de vida tal y como está. No quieres comprometerte con nadie y yo no quiero otra cosa más que eso.

Caitlin sintió un alivio profundo. Por fin, había logrado decirlo. Había puesto las cartas sobre la mesa, sin que importaran las consecuencias.

–¿Es eso lo que crees? ¿Que no eres lo bastante buena para mí?

Para sorpresa de Caitlin, se echó a reír.

–No sé si podría lidiar contigo si fueras mejor de lo que ya eres, pero… ¡Moriría intentándolo! ¿De qué va todo este asunto de no ser suficiente? Caitlin, tú eres mi fantasía hecha realidad, mi sueño más profundo hecho realidad. ¿Por qué iba a interesarme por otra mujer? Es verdad que siempre habrá mujeres guapas en este negocio, pero eso no significa que yo vaya a estar interesado en ellas. ¿Por qué iba a estarlo si te tengo a ti? En cualquier caso, todo mi tiempo y mi energía se la dedico al trabajo. Así lo he hecho siempre… hasta ahora. Claro.

Haciendo una pausa a propósito, Jake la miró intensamente. En sus ojos había una promesa con la que Caitlin no se había atrevido a soñar hasta ese momento.

–Y ahora estoy pensando en usar parte de ese tiempo y de esa energía para hacerte feliz, Caitlin Ryan… durante el resto de tu vida.

–¿Qué es lo que me estás diciendo, Jake?

–¿Es tan difícil de entender? –sonrió–. Te estoy pidiendo que te cases conmigo.

–¿Me hablas en serio?
Caitlin contuvo el aliento. La cabeza comenzaba a darle vueltas, como si girara en un carrusel.
–Hablo muy en serio.
Jake fue hacia ella y le agarró las manos.
–¿No lo entiendes? Te quiero y quiero que seas mi esposa. Creo que ya sabes que esta es una vida errante, de nómadas, estar todo el tiempo en la carretera con una banda… Nunca va a ser una vida convencional… Te estaría mintiendo si te dijera lo contrario.
–Eso es un alivio, porque jamás querría algo así. Ahora soy una auténtica chica rockera, ¿recuerdas? Tengo una reputación que conservar –la sonrisa de Caitlin fue totalmente desenfadada–. Mi hogar siempre estará allí donde estés tú, Jake. Hay un mundo enorme ahí fuera y quiero ver todo lo que me sea posible. Si tú estás dispuesto, puedes enseñármelo, ¿no?
–Nada me gustaría más.
Repentinamente impaciente, Jake la estrechó entre sus brazos y le dio un beso hambriento. Ella dejó escapar un gemido tímido cuando se apartó por fin.
–Pero no quiero que pienses que no estoy dispuesto a considerar la posibilidad de tener una residencia más estable –le dijo, deslizando la yema del dedo sobre su mejilla–. Me gustaría tener niños algún día… tener una casa en el campo, quizás… un lugar donde tengan mucho espacio para jugar y crecer.
Caitlin no pudo evitar conmoverse ante sus palabras.
–Te quiero, Jake –le dijo, suspirando–. Te quiero con todo mi corazón. No querría a nadie más para que fuera el padre de mis hijos. ¿De verdad quieres casarte conmigo?
–Ahora mismo no hay nada que desee más… Bueno, tal vez desee más tenerte desnuda en mi cama, pero nada más.
–Y si nos casamos… ¿No crees que eso arruinará tu sonada vida de estrella del rock and roll?
Jake hizo una mueca.
–Esa vida de la que hablas no es tan bonita como parece. Para empezar, uno termina muy solo al pasar tanto tiempo en la carretera, y después de un tiempo todas las habitaciones de hotel empiezan a parecerse entre ellas. Da igual que sea en Islington, o en Estambul… Nunca voy a poder ser un marido convencional de esos que salen a las ocho de casa y llegan a las cinco, pero siempre estaré ahí cuando me necesites. Eso te lo prometo.
–Entonces, supongo que mi respuesta a una propuesta tan sincera y sentida tiene que ser afirmativa.
–¿Afirmativa?
Lia asomó la cabeza por detrás de la puerta.

Sonriendo, Caitlin se lo contó todo.

–Jake acaba de pedirme que me case con él.

La cara de Lia fue un poema de repente. Parecía que se debatía entre dos opciones. Podía dedicarles una reprimenda o esbozar una sonrisa.

–Oh. Supongo que eso está muy bien entonces –dijo finalmente.

Jake alzó las cejas.

–¿Quieres decir que tenemos tu permiso?

–Sabes muy bien que Caitlin no necesita mi permiso –Lia salió al exterior para mirarles bien–. Pero, cuando la gente te importa, quieres lo mejor para ellos.

–Estoy de acuerdo. Quiero a tu amiga, Lia, y si tienes la amabilidad de dejarnos solos un rato, se lo demostraré enseguida.

En cuando Lia cerró la puerta tras de sí, Jake reclamó los labios de Caitlin con un beso avaricioso. Nada más sentir el roce de su boca, Caitlin tuvo la sensación de estar en casa. Ese era su hogar. Entre sus brazos se sentía segura y amada, y no necesitaba nada más. Las dudas se disiparon de golpe y ese triste sentimiento de desarraigo que la había acompañado durante tanto tiempo se esfumó como una mota de polvo en el aire.

Unos segundos más tarde, Jake se apartó de ella y la miró a los ojos.

–Solo hay un pequeño inconveniente.

–Oh. ¿Qué es?

–¿Sabes que tendremos que vérnoslas con Rick porque seguramente querrá cantarnos una canción en la boda?

–¿Hay alguna manera de evitarlo o de hacerle cambiar de idea?

–Podemos pedirle un favor a Tina, la camarera del Pilgrim's Inn, a ver si nos echa una mano y le distrae un poco.

–¿Crees que lo haría?

–¿Cómo iba a resistirse?

Aún reían cuando comenzaron a subir los peldaños que llevaban a la entrada de la casa. Tenían mucho que celebrar y compartir un brindis con Lia era una buena forma de empezar.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.

